

INFAME TURBA

POESIA EN LA UNIVERSIDAD CATOLICA
1917 - 1992

SELECCIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS DE EDUARDO CHIRINOS



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1992



EN ESTA INFAME TURBA EDUARDO CHIRINOS HA CONVOCADO VEINTITRÉS POETAS DE DISTINTAS PROMOCIONES A LOS QUE UNE EL HECHO DE HABER CURSADO ESTUDIOS EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA.

MUCHOS DE LOS POETAS AQUÍ PRESENTES SE DIERON A CONOCER EN LOS RECITALES, REVISTAS Y CONCURSOS QUE HASTA HOY SE ORGANIZAN EN SUS CLAUSTROS, LO QUE OTORGA A ESTE VOLUMEN UN CARÁCTER SINGULAR: EL DE SER UN TESTIMONIO DEL QUEHACER POÉTICO DE UN SECTOR REPRESENTATIVO DE LA POESÍA PERUANA ACTUAL A LA VEZ QUE UN RETO A LAS PROMOCIONES FUTURAS.

REUNIDA EN LAS PÁGINAS DE ESTE LIBRO, LA INFAME TURBA RETORNA A LA UNIVERSIDAD PARA CELEBRAR SUS SETENTA Y CINCO AÑOS Y CONFIRMAR SU LUGAR DETERMINANTE EN EL PROCESO DE LA POESÍA PERUANA E HISPANOAMERICANA DE ESTE SIGLO.

WASHINGTON DELGADO

LEOPOLDO CHARIARSE

PABLO GUEVARA

LUIS HERNÁNDEZ

JAVIER HERAUD

ANTONIO CISNEROS

JULIO ORTEGA

MARCO MARTOS

MIRKO LAUER

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

LUIS LA HOZ

RICARDO GONZÁLEZ VIGIL

GIOVANNA POLLAROLO

MARIO MONTALBETTI

EDGAR O'HARA

PEDRO GRANADOS

RAÚL MENDIZABAL

MAGDALENA CHOCANO

ROSELLA DI PAOLO

EDUARDO CHIRINOS

JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI

RODRIGO QUIJANO

JORGE FRISANCHO

INFAME TURBA

Infame Turba
Poesía en la Universidad Católica 1917-1992

Infame Turba

Poesía en la Universidad Católica
1917-1992

Presentado por el Dr. José María Gálvez
de la Biblioteca de la Universidad Católica del Perú

BOULEVARD UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO ESPECIAL 1992

Infame Turba

Poesía en la Universidad Católica
1917-1992

Presentación, selección y notas de Eduardo Chirinos

De la Soledad Confusa, prólogo de Luis Jaime Cisneros



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1992



Primera edición diciembre de 1992

Carátula: Silvia Blume (sobre una idea del autor)
Composición de textos: Yoryina León Mejía
Cuidado de edición: Eduardo Chirinos
Carlos Garatea
Víctor Vich

Infame Turba.

Poesía en la Universidad Católica 1917-1992

Copyright © 1992 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18. San Miguel. Apartado 1761. Lima, Perú, Tlfs. 626390; 622540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN 84-89309-29-9

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Quiero expresar mi agradecimiento a tres de los mejores amigos que la Universidad me ha dado. A Luis Jaime Cisneros, a quien tanto debemos todos, mirada atenta y sagaz cuyo entusiasmo hizo posible este proyecto; a Roberto Criado, cuya preocupación por la creatividad de los alumnos ha traído nuevos aires a la Facultad; y a Alberto Hernández, a quien sin duda le hubiera gustado este libro.

Infame turba de nocturnas aves
gimiendo tristes y volando graves...

LUIS DE GÓNGORA, *Fábula de Polifemo y Galatea*

Estamos aquí,
juntando aquellas palabras
que nunca nos cansaron,
que dolieron un momento
y han partido.

LUIS LA HOZ

Indice

DE LA SOLEDAD CONFUSA	19
PRESENTACION	23
WASHINGTON DELGADO	25
Poética	27
Para vivir mañana	28
Historia del Perú	29
El alba	30
Arbol de familia	31
Madrid, la lluvia y el eterno retorno	32
Poetas	34
Monólogo del habitante	35
Globe Trotter	37
El hijo del Gran Conde	40
Canción para Artidoro	41
LEOPOLDO CHARIARSE	43
La poesía	45
Al final del otoño	46
Habla el invierno	47
Tithonus a la aurora	50
La cena en el jardín	53
Amor despierta	54
La palabra	55
El desconocido	56
Los magos	57
El verano y la casa	58
Fugaz crepúsculo	59

PABLO GUEVARA	61
Advertencia	63
La ciencia de Lu	64
Hombres	65
Guita Brüner	66
En una de la las ciudades más crueles de la tierra	68
En la noche	69
Cuando la avestruz, el humo del cigarro o el humo del fusil y el conocimiento del hombre son uno	70
Palacio de Minos	72
LUIS HERNANDEZ	77
En bateau	79
Géminis	80
Difícil bajo la noche	81
Galileo	82
Ezra Pound: cenizas y cilicio	83
El bosque de los huesos	85
Apolo azul	86
A un suicida en una piscina	87
<i>Soy Luisito Hernández...</i>	88
Chopin	91
Sonetti a Shakespeare	92
Historia de la música	93
La canción	94
Tetrailiada Cannabinol	95
<i>Antes de sonreír...</i>	96
<i>La misma soledad...</i>	97
Dedicatoria	98
JAVIER HERAUD	99
Arte poética	101
Elegía	102
Entierro del verano	104
Poesía de otoño	106
Viajes por los bosques perdidos	108
Viaje por las calles	109
Krishna o los deseos	110
La vida escandalosa de César Moro	113
Iniciación	116

ANTONIO CISNEROS	117
Arte poética 1	119
Crónica de Lima	120
Entre el embarcadero de San Nicolás y este gran mar	123
Crónica de viaje / Crónica de viejo	125
Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado	127
Oración	128
Y antes que el olvido nos	129
Entonces en las aguas de Conchán	130
El viaje de Ulises (con Silvana Mangano & Kirk Douglas)	132
Una vieja serie de televisión	133
Un perro negro	134
JULIO ORTEGA	135
Página blanca	137
Arte de combatir a los animales	138
Pablo y los muchachos	141
Comienza el año	144
Rockaway point	148
Embarcadero del Sur	151
MARCO MARTOS	153
Contra Critias	155
Diccionario de calamidades	156
Poema	157
Poema	158
Muestra de arte rupestre	159
Monólogo de Humareda	160
Naranjita	162
Correspondencias	165
Ultima hora de Abderramán III	166
Retablo	167
MIRKO LAUER	169
Recitativo	171
Jack Kerouac	173
Leit motiv: ¡Oh Gran Ciudad de Lima!	174
Conquistadores	176
6	178
7	181
12	183

ABELARDO SANCHEZ LEON	187
De cal y de arena	189
<i>Del roce de nuestras piernas...</i>	190
La hora de los poemas	192
Salón de armas	194
La última comida	196
Lechos baldíos	198
IX	200
El lamento	202
LUIS LA HOZ	205
<i>Poesía es ardor, sangre hirviendo...</i>	207
El poeta	208
Nocturno	209
4	210
6	211
3-83	212
<i>Nadie es serio cuando se tiene diecisiete años...</i>	214
<i>Escapa del colegio...</i>	215
<i>Los deseos son como jóvenes caballos...</i>	216
<i>En La Colmena camina la gente...</i>	217
Y la muchacha me amó como si yo fuese alguien	218
RICARDO GONZALEZ VIGIL	219
Creando noches	221
Acaso la esperanza	222
Paisaje	223
La viña	224
A oscuras y segura	225
Retrato en carne viva (1967-1968)	226
¿Laberinto de amor?	230
GIOVANNA POLLAROLO	233
<i>Tengo un secreto...</i>	235
<i>Bien difícil es ser la musa...</i>	236
Reencuentro	237
Otro sueño parecido	239
Confesión	240
<i>Desde el pequeño hueco descubierto...</i>	242
<i>Se suicidó Marilyn Monroe...</i>	243

MARIO MONTALBETTI	245
Bastante menos que una idea	247
Lleva al marrano más allá de los cerros	248
Una realidad que subyace a todo lo que se ha venido señalando	250
Después de por supuesto mi mujer yo	253
Quasar / El misterio del sueño cóncavo	254
EDGAR O'HARA	259
Solo de guitarra	261
Una ciudad, sílabas	262
Noche irlandesa	264
Cometa malherido	266
Sobre un tema de Updike y Mc Cullers	268
Destinatarios	269
PEDRO GRANADOS	277
<i>Acaso escribir sea un puente...</i>	279
A Tilsa Tsuchiya	280
Vida doméstica	281
A mis padres, in memoriam	282
<i>El discípulo no es más que su maestro...</i>	283
<i>Ahora que el aire es un cuerpo querido...</i>	284
<i>No conozco Nueva York...</i>	285
RAUL MENDIZABAL	287
No es sexo en abundancia...	289
Prima Julianne	290
Sira dijo hoy...	293
Pobre París de la gente	294
Piura	296
Mi país es la infancia	298
MAGDALENA CHOCANO	299
<i>Cuidate de mi poema...</i>	301
<i>Siempre estoy mirando a una niña...</i>	302
<i>Errante</i>	304
A Vermeer de Delft	305
XXI <i>Véngate...</i>	306
XXIV <i>Yo soy intratable</i>	308
XXVII <i>Instante final de la conciencia</i>	310

ROSELLA DI PAOLO	311
<i>Ah de los mares empujados hasta el crepúsculo...</i>	313
El ungido	314
De encantación	315
El dios del acantilado	316
El sueño	317
Mi Gauguin	318
Miliquinientas	319
Sal si puedes	320
EDUARDO CHIRINOS	321
<i>Páginas antiguas se han grabado...</i>	323
Ridiculus mus	324
Fragmentos de una alabanza inconclusa	325
La tranquilidad es un campo de arena / Recita a Garcilaso en las playas del sur	327
Biografía de una noche cualquiera	329
Retorno de los profetas	331
Canciones del Herrero del Arca	333
Canto de esperanza	336
JOSE ANTONIO MAZZOTTI	339
Los amores imposibles, los poemas	341
Visión de Guevara	342
Yegua es la hembra del caballo	343
Cuismancu	344
M.	347
Bucólica / IV	348
Pampas de Nazca	350
Castillo de popa	353
RODRIGO QUIJANO	357
Un acercamiento a S. Colonia	359
Una ola reventando contra el mundo/In memoriam caídos en Yungay	360
XII: Corazones y diamantes: Puruchuco primero de enero de 1991	364
Sobre los larguísimos desiertos	366

JORGE FRISANCHO	371
Falsa poética (recitativo)	373
Primera migración / las aves	374
I.M. Juan Ojeda	375
Plato vacío (algo está obligándonos a recomenzar)	376
Décima danza (una metáfora del mar)	379
Cuerpo abandonado (escena prima)	381

1	Introduction	1
2	1.1. The problem	2
3	1.2. The objectives of the study	3
4	1.3. The scope of the study	4
5	1.4. The organization of the study	5
6	2. Literature review	6
7	2.1. Theoretical background	7
8	2.2. Empirical studies	8
9	2.3. Summary of literature	9
10	3. Methodology	10
11	3.1. Research design	11
12	3.2. Data collection	12
13	3.3. Data analysis	13
14	3.4. Ethical considerations	14
15	4. Results	15
16	4.1. Descriptive statistics	16
17	4.2. Inferential statistics	17
18	4.3. Discussion of results	18
19	5. Conclusion	19
20	5.1. Summary of findings	20
21	5.2. Implications for practice	21
22	5.3. Limitations and future research	22
23	References	23
24	Appendix A	24
25	Appendix B	25
26	Appendix C	26
27	Appendix D	27
28	Appendix E	28
29	Appendix F	29
30	Appendix G	30
31	Appendix H	31
32	Appendix I	32
33	Appendix J	33
34	Appendix K	34
35	Appendix L	35
36	Appendix M	36
37	Appendix N	37
38	Appendix O	38
39	Appendix P	39
40	Appendix Q	40
41	Appendix R	41
42	Appendix S	42
43	Appendix T	43
44	Appendix U	44
45	Appendix V	45
46	Appendix W	46
47	Appendix X	47
48	Appendix Y	48
49	Appendix Z	49
50	Index	50

De la soledad confusa

De la estricta soledad confusa a que el tiempo suele condenar a veces a los textos literarios, rescata hoy Eduardo Chirinos una selección de poemas que no solamente ilustran la actividad propicia a la poesía de quienes, hace cuarenta años, se iniciaron desde la Universidad en este quehacer, sino que constituyen al mismo tiempo testimonio elocuente de los caminos, siempre inspirados, por los que han transitado la lengua poética en el Perú. Su *Infame turba* nos salva precisamente los acertados pasos de una poesía que ha logrado marcar claras etapas en la evolución del ejercicio poético entre nosotros.

Cuando se me pide prologar estas páginas de Chirinos no ha pensado ciertamente la Facultad en mi nula autoridad como crítico literario sino en otras circunstancias, para mí ciertamente no desdeñables. En el fondo, yo soy solamente un profesor de filología, lector ferviente de textos poéticos; la poesía pone siempre al filólogo en trance de comprobar la riqueza expresiva de un idioma y de auscultar (y reconocer) los infinitos resquicios por los que puede abrirse paso en el *discurso* la creatividad del hablante. Esta es indudablemente una excusa primera. Otra excusa (y tal vez la más significativa) es que todos estos poetas fueron alumnos míos en la aulas universitarias, y a cada uno de ellos debí especiales horas de reflexión cordial y de serenidad espiritual: en los iniciales borradores de muchos de ellos aprendí a comprender que la creación poética se reclamaba de un ardido tiempo operativo. De muchos de estos textos fui testigo en el momento del goce o del desconcierto inicial. Releerlos hoy ha sido un tiempo de extraordinaria catarsis, de esas que un profesor no olvida. Releerlos es, de otro lado, una manera de reeditar la creación: todo lector inventa nuevamente a los poetas en el tramado sutil de la lectura. Leer estos

textos, a tantos años de haberlos leído por vez primera, en horas en que el país está cercado por las sombras, da a muchos de ellos vivencia singular, y cada vez se hace más cierta la afirmación de Wáshington Delgado; pues

No hay un pasado
sino una multitud
de muertos

Y todo parece confirmar que autores y lectores de estricta poesía no somos sino seres (tal vez excelsos) "a una extraña tarea consagrados" (Leopoldo Chariarse). La vida entera del Perú ha cambiado en estos últimos cincuenta años, y un largo escalofrío nos recorre (como a Pablo Guevara)

• Cuando vengo de reunirme con los que no poseen
otro fuego que un fuego imaginado
y otro frío que la desesperación

Pero sí es posible construir sobre el dolor la esperanza buscando en la palabra poética el sosiego, y lo recuerda Lucho Hernández en estas páginas, porque

... en la poesía
no hay orden
ni desorden

sino luz intensa que nos permite gozar del sosiego y el horror a un tiempo mismo y descubrir así las fuentes bautismales del decir. Porque —con el dolor o sin él, son la perplejidad a que la audacia de los unos suscita en los otros el aplauso inconsulto— todo en este país ha sido posible en la medida en que ha estado a merced del verbo. No ha podido nadie vedarnos el esplendor de la maravilla; por eso puede Antonio Cisneros proclamar:

En este país un perro negro sobre un gran prado verde
es cosa de maravilla y de rencor

Al paso de los años (lo recordaba Javier Heraud desde sus tristes ojos melancólicos) esta colección permite comprobar que la poesía no ha dejado de ser

un relámpago maravilloso,
una lluvia de palabras silenciosas

Pocos países como el nuestro pueden ofrecer una ascendente línea de preocupada creación poética como la que esta antología manifiesta. Y no quiero negarme que los poemas aquí reunidos confirman además la historia del Perú en la medida en que nos revelan cómo la han vivido poéticamente quienes, desde las aulas universitarias, presintieron su verdadera esencia. De algún modo, por tanto, en estos poemas se halla también parte de la historia del Perú, la del dolor auténtico del poeta que usa su idioma para decir su sorpresa, ante la persistencia con que la muerte repite en las sombras las injusticias de la vida, porque en la voz de Marco Martos confirmamos que

... los hombres de la costa cuando mueren
tienen un nombre, una lápida,
recuerdos, flores; los campesinos
cuando mueren son números asesinados.

Infame turba de poesía auténtica es ésta en que mezclan sus voces hombres que fueron jóvenes, y que hoy siguen gozando de esa juventud que la poesía renueva cada día en la palabra y que todavía hoy, canceladas todas las utopías de la política y la ciencia, desecha la tentadora posibilidad de vivir aplicando diariamente el psicoanálisis.

Porque nunca como hoy es cierto que "pocos pueden vivir diciendo aquello que no pueden decir" (Mirko Lauer). Viendo bien, éste ha sido siempre el hilo conductor de nuestro lenguaje poético (repito que soy apenas un lector y no un crítico profesional). Horas de encendido lirismo y de presunta calma han ido elaborando la secreta trama que desde Eguren y Vallejo vienen alimentando el 'aura' de la lengua poética nuestra. Con cada promoción vamos descubriendo el afán del poeta por estar presente en su tiempo, la lúcida conciencia de que ese tiempo no se hace sin el hombre que piensa y sufre: el escritor ha ido ensanchando el mundo y junta ahora a los dioses paganos con los de la imaginería metálica que la ciencia moderna ha ido modelando; y es Rimbaud compartiendo la gloria con Groucho Marx, o Virgilio y los Beatles, o Shakespeare proponiendo a los ingenieros de la Nasa el viejo dilema de su príncipe danés. El mundo es un antiguo caos, y eso necesita hoy el poeta porque como nos dice Luis La Hoz:

Poesía es silencio, y es después la música.
El estruendo y la calma, y otra vez el estruendo.
Poesía es ardor, sangre que hiere.
Un muerto no escribe Poesía.

Infame turba, pues, ésta. Nunca pudo Góngora presentir cuán bienvenido sería este título. Infame turba, pero de poetas vivos. Heraud y Hernández no pasan lista de presente en esta galería, pero su voz prolonga y enriquece el prestigio de los que aseguran la vigencia del furor poético que tanto elogiaban los antiguos.

Leer poesía es siempre un buen ejercicio hermenéutico: afina la inteligencia, "aviva el seso y despierta", depura los sentimientos, perfecciona la ardida curiosidad que alimenta nuestra mirada interior. Nos deja ver que el alma tiene vida y existe. Esta antología que Eduardo Chirinos ha ordenado para celebrar los 75 años de la Católica, es por eso un reto para las promociones nuevas, que han de prolongar el quehacer y enriquecer el destino de nuestra lengua literaria. Todos los poetas aquí reunidos supieron —por sobre los inevitables modelos de la hora inicial— organizar su propia voz y modelar una fisonomía singular para nuestra poesía contemporánea. Otros los seguirán para superarlos y para así mostrar las riquezas que la lengua encierra, como promesas realizables, y lo que puede conseguir el ejercicio constante del discurso poético cuando lo animan el aliento que los griegos supieron descubrir. Es éste un libro para que los antiguos lectores nos reconfortemos con lo hecho y para que los nuevos aprendan a arriesgar lo que nadie ha intentado todavía.

Luis Jaime Cisneros

Presentación

“Infame turba de nocturnas aves”, escribió Góngora aludiendo al I averío que sobrevolaba la gruta del gigante Polifemo. Así he querido titular este volumen que recoge algunos de los mejores poemas escritos por autores que han estudiado en la Universidad Católica. No se trata de señalar diferencias respecto de los poetas provenientes de otras casas de estudio, tampoco de un recuento más o menos objetivo de poetas que han pasado por la Universidad: tal empresa demandaría un trabajo de investigación cuyos resultados estarían más cerca de la historiografía que de la literatura.

En verdad más fueron las satisfacciones de la relectura que las inevitables decisiones acerca de qué poemas debían o no estar. Escribo deliberadamente “poemas” y no “poetas”, pues más que un índice de autores consagrados me interesa mostrar la aventura del discurso poético en un segmento delimitado por los 75 años de la Universidad Católica. El lector comprobará que muchos de los autores elegidos ocupan un lugar determinante en el proceso de la poesía peruana e hispanoamericana actual. Y eso no es poco decir.

Dos han sido los criterios empleados en la elaboración de este libro. El primero es obvio y está advertido desde el título. El segundo es menos obvio, pero más determinante: he elegido los poemas que más me gustaban. Y como el gusto es insobornable, me he dejado seducir por aquellos que como lector me han conmovido. He procurado no incluir los poemas que ya tienen un puesto asegurado en las antologías, pero confieso mi debilidad al no haber podido prescindir de algunos. Ya se me había advertido: hay que aceptar la inexcusable presencia de los clásicos.

Sobre los poetas debo decir que no todos culminaron sus estudios en la Universidad Católica. Algunos, aves de paso, estuvieron una breve temporada; otros, aves nocturnas y díscolas, optaron por migrar a otros lugares. También hubo los que murieron en el camino: son los héroes que los más jóvenes veneran. De los que se quedaron no todos lo hicieron en el Programa de Literatura: hay entre ellos un sociólogo, una historiadora y un lingüista que también es abogado. El curioso lector puede consultar la ficha bibliográfica de cada uno: allí se menciona, además de los datos de rigor, el título de la memoria o tesis con la que se recibieron; quizá ello sirva para hacer un índice de gustos y preferencias comunes. Otro dato: el primero de los poemas de cada autor es siempre una *Poética*. A ella debemos remitirnos para iluminar sus poemas.

* * *

Rechazaba don Pedro Salinas la tentación de escribir un prólogo a sus versos recordando que algunos lectores le dan tanta importancia "que se desaniman a leer lo que sigue, que es sólo poesía". Invoco el recuerdo de Salinas para rechazar la tentación de proponer una lectura "generacional" de este volumen. Es verdad que un segmento de 75 años permite en estas páginas la convivencia de cinco promociones poéticas. Es verdad, también, que cada una exhibe particularidades que la distinguen de las otras. Pero prefiero abandonar al lector la responsabilidad de establecer sus propias coordenadas de lectura. De este modo podrá zambullirse en la corriente subterránea que atraviesa las obras de estos veintitrés poetas.

No quiero dejar de señalar el carácter *abierto* y parcial de este libro. Sé que la Universidad está viviendo una suerte de renacimiento literario: son muchos los jóvenes que escriben y publican en revistas y libros de regular tiraje. Sé también que muchos de ellos están dotados de un talento que los singulariza, pero es al tiempo a quien le corresponde decantar ese desbordante entusiasmo. Ojalá algún día alguien se encargue de tomar la posta y le añada a este libro los poemas que necesita para cubrir su parcialidad. La infame turba le quedará agradecida.

Eduardo Chirinos

Wáshington Delgado

Wáshington Delgado Tresierra nació en Cuzco el año 1927. Cursó estudios en la Universidad Católica y en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Crítico literario y profesor universitario, también es un notable narrador (en 1979 obtuvo el primer premio en el concurso *Copé* de cuento).

Premio Nacional de Poesía en 1952.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Formas de la ausencia, Lima, Letras Peruanas, 1955.

Días del corazón, Lima, Cuadernos de Composición, 1957.

Para vivir mañana, Lima, Edición del autor, 1959.

Parque, Lima, La Rama Florida, 1965.

Formas de la ausencia, Trujillo, Cuadernos Trimestrales de Poesía, 1965.

Tierra extranjera, Lima, Ediciones Perú Joven, 1968.

Destierro por vida, Lima, Carlos Milla Batres Editor, 1969.

Un mundo dividido (Poesía 1951-1970), Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1970.

Reunión elegida (Antología personal), Lima, Seglusa Editores/Editorial Colmillo Blanco, Colección Astrolabio, 1988.

Poética

*Describo el aire
porque en el aire vivo
y porque el sol me alumbra
el sol describo.*

*Mi voz cautivan
espinos y retamas
porque las vi de niño
y son mi infancia.*

*Amo la vida
y sus dones me llaman.
Dejo por testimonio
estas palabras.*

(De Parque)

Para vivir mañana

Mi casa está llena de muertos,
es decir mi familia, mi país,
mi habitación en otra tierra,
el mundo que a escondidas miro.

Cuando era niño con una flor
cubría todo el cielo.
¿De qué cuerpo sacaré ahora sombra
para vivir con un poco de ternura?

Escucharé a los muertos hablar
para que el mundo no sea como es,
pero debo besar un rostro vivo
para vivir mañana todavía.

Para vivir mañana debo ser una parte
de los hombres reunidos.
Una flor tengo en la mano, un día
canta en mi interior igual que un hombre.

Pálidas muchedumbres me seducen;
no es sólo un instante de alegría o tristeza,
la tierra es ancha e infinita
cuando los hombres se juntan.

Historia del Perú

No hay un pasado
sino una multitud
de muertos.

No hay incas ni virreyes
ni grandes capitanes
sino un ciento
de amarillos papeles
y un poquito de tierra.

Un señor hubo y decía
a sus esclavos: El oro es bueno
y Dios está en el cielo.

Un soldado hubo y decía
a quien le oyera:
Mato porque me pagan
y no sé lo que es el cielo.

Pero ésta no es una historia
sino veinte palabras
que nada dicen.

(De *Para vivir mañana*)

El alba

Neblina, amor dormido
de la noche cercana,
húrtale a la mañana
tu leve olvido.

Al parque amanecido
asoma, luz temprana.
Canción, vuela liviana,
sal de tu nido.

(Ya en el aire destella
un sol niño y dorado,
casi una estrella).

(Respiro un aire amado:
amor, dulce querella,
sin enfado).

(De *Parque*)

Arbol de familia

El árbol crece en medio de la casa:
con su tibia madera y sus húmedas hojas
preside la mesa abandonada,
el patio poblado de moscas y geranios,
el cuarto donde alguien como yo se descalza
en un tiempo dormido e infinito.

Crece el árbol en la sombra
agitada por los muertos y a la luz
que ya nadie se atreve a soportar.
Atravesando tristezas, hambres,
amores, soledades, crece continuamente
el árbol de la sabiduría y abre
como una flor su más vieja enseñanza:
no hay nada que hacer, nada
que hacer para mañana.

Arbol crecido en medio de la casa
como sombra, como sueño,
como inevitable vertiente que me lleva
al fondo de la vida o a una tierra
poblada de recuerdos, tibia madera,
húmedas hojas y enterradas
raíces familiares.

Arbol al que subí en la niñez o el deseo
y que en mi edad adulta es el apoyo
de un lugar, de una casa, de unos cuerpos perdidos
y de tantas palabras de mi boca.

Madrid, la lluvia y el eterno retorno

Bajo la lluvia caminé. Cómo existe
el agua cuando cae: el húmedo,
apagado redoble de las gotas
en la calle mojada, el cielo gris,
el viento rebotante de perfumes terrestres.

Cesó la lluvia. El museo abrió
sus anchas puertas: qué descanso
de muerte y hermosura.
Aprisionaron las alfombras el alma
de mis pasos, reposaron mis ojos
en el aire de los siglos pasados.
En un río interminable de encendidas
carnes, de borrosos o nítidos perfiles,
de infinitos espacios, encontré
un sentimiento vivo, una canción que hablaba
del presente, del pasado y el futuro.

Volvía la calle: El sol tendió mi sombra
delante de mis pies, la ciudad se detuvo
bajo la luz intensa
y caminé con el alma vacía.
Entré en mi cuarto. Me senté en mi cama,
en el tiempo medité que se retuerce y agría
y abrí mi libro de Azorín:
contemplé el desfile de exactos sustantivos
erguidos en el tiempo
y al tiempo encadenados.

Casi dormido escuché a lo lejos
las notas del romántico
Claro de Luna: dura torre de cristal
en un instante edificada, destruida en un instante.
Contemplé un moscardón desesperadamente atado
a su oscuro zumbido.
Pensé en la mariposa y en su intocable círculo:
huevo, larva, crisálida, gusano,
mariposa de un día.

Ya dormido, conversé con Leonardo
rodeado de inacabadas obras,
respiré en el aire negro de los inacabables
fusilamientos de la Moncloa
y repetí los versos que comparan
al hombre con el río:
distinto sin cesar y sin cesar el mismo.

Poetas

Disecan flores en sus gabinetes
o cuentan pelos
o enumeran los nombres de mujeres
que amaron o quisieron amar
o hubieran amado de haberlo querido.

Se asoman a sus ventanas,
contemplan el mundo y sonríen
porque la soledad es confortable.
O lloran porque es melancólica.
O maldicen porque si no
¿qué sentido tendrían sus vidas?

A menudo se emborrachan
con tabaco y aguardiente
y placeres sexuales y otros placeres
igualmente nerviosos
o simplemente con el aire de la primavera,
pero si alguien los toca
estallan miserablemente y entonces
su melancolía es incurable.

A veces abren sus puertas,
salen a la calle,
conversan con sus vecinos,
comprenden algunas verdades,
sufren y esperan
como todo el mundo
y escriben unas líneas,
o un libro o muchos libros
que el mundo recuerda
días, meses, años
o siglos.

Monólogo del habitante

Mi habitación se abre como una flor
en el verano, se enrosca como una sierpe
en el invierno, se balancea
al compás de los meses y las horas.
En mi habitación leo los documentos
de Bakunin y Bebel y de Sem Tob
o crujen los periódicos y humea
la taza de café donde mojo mi pan
al compás de viejos pensamientos.

Me construyo un alma en mi habitación
y la arrojo por la ventana
o la deposito en el cesto de papeles,
en espera de la posteridad.
A veces derrumbo las paredes de mi habitación
y recibo todos los aires: el de la montaña
y el del mar y el de las bocas
que beso con placer.

Cierro a veces las puertas
de mi habitación y permanezco solo
durante días, meses, años y siglos,
pero no hay posteridad que me levante
y abra la puerta: qué inútiles
son las palabras y las melodías.

El paso del tiempo qué inútil es.
Abro y cierro las puertas, edifico
y derrumbo las paredes, hojeo todos los libros,
escucho todas las palabras,
recojo el más menudo

granito de polvo: se repite la historia
y espero
la posteridad en vano.

Qué inútil es el amor
ciego, individual y melancólico,
refugiado en los parques, hundido en los versos,
de Bécquer o arrinconado en una cama
tan inútil como el amor, como la soledad.

¿Para qué se hizo mi habitación?
¿Para que la habiten soledad
y recuerdos, soledad y esperanza?
¿Para brillar a la vera de los pinos?
¿Para resbalar bajo la lluvia?
¿Para que me la lleve al hombro,
de país en país, de viento en viento?
¿Para que la hunda de un puntapié
en los inagotables basurales de la tierra?

Mi habitación de nada sirve.
La posteridad me espera en la calle.
Mi monólogo ha terminado.

Sobre arenas tan interminables como el día,
imaginando nubes, palmeras, aguas, noches de luna,
he caminado por los desiertos, toda mi vida.

Bajo luces de neón, atravesado
por el estruendo de los automóviles,
implacablemente gobernado por señales rojas y verdes,
he caminado por los desiertos, toda mi vida.

A menudo soñé con dulces samaritanas
y siempre he despertado en un autobús:
ajadas oficinistas me rodeaban, muertas de sueño, encadenadas
a una vida polvorienta y sin una gota de agua
en el corazón. Con insaciable sed
he caminado por los desiertos, toda mi vida.

Sin cesar he subido las escaleras del hotel.
Nunca vi la palmera ni el manantial soñado
ni el arco iris de la paz ni la paloma del perdón.
Angeles despiadados me miraban sin verme,
me preguntaban por mi nombre y mis señas,
me echaban el humo en la cara
y me indicaban con desdén
el camino del paraíso que nunca era un paraíso
sino las mismas arenas, el desierto
por donde he caminado, toda mi vida.

Si entraba en el salón vetusto
el viejo inquisidor se atragantaba,
lanzaba al aire el humo, el café, la sonrisa
y me preguntaba por Mariena.
¿Mariena, Mariena? ¿Quién es Mariena?

Suspendida está en el aire, lejos de este desierto
y yo nunca la he visto.

Vivirá en su isla rosada, en su casa pequeña,
en su granja con gansos y conejos o se habrá ahogado
en las aguas azules del mar Mediterráneo.

Ese oasis no me sirve,
el viejo inquisidor se marchó hace tiempo y me ha dejado
una angustia inútil, un nombre
que he de llevar a cuestas para nada
mientras camino por los desiertos, toda mi vida.

Las estrellas de los policías brillan y tintinean,
los estudiantes pasan con libros o muchachas bajo el brazo,
la niebla ligera se levanta para que se duerma en la calle
esta primera noche primaveral del año.

De buena gana leería una novela de Voltaire,
conversaría con mis viejos amigos,
tomaría un café, fumaría un cigarro.

En el arenal interminable todo es un sueño tan desesperado
como la niebla, las palmeras y la dulce samaritana.
He caminado por los desiertos, toda mi vida
y nunca me acompañó nadie.

A veces se dibujan ante mis ojos historias de fantasmas:
aposentados en lujosos palacios ahuyentan
a los encopetados compradores durante el día,
en la noche alimentan y consuelan a las pobres gentes.

Otras veces son ladrones: después de años de cárcel y miseria
roban con fortuna una casa opulenta
y disfrutan los goces de la vida
o reparten limosnas a la puerta del templo.

En la soledad del arenal no hay palacios ni opulentas casas
ni pobres gentes ni fastidiosos compradores
ni puerta ni templo ni limosna
ni goces de la vida.

Toda mi vida he caminado por los desiertos
y ahora estoy triste.

Una vendedora de claveles canta o llora en mi oído.
¿Qué haría yo con un clavel en el desierto?
He caminado solo y sin equipaje toda mi vida,
estos claveles son también un desesperado sueño
aunque la melodiosa vendedora me contemple
con lastimados ojos
como si ella fuera el fantasma y yo la pobre gente
llegada en la gran noche a las puertas del palacio lujoso.
He caminado por los desiertos, toda mi vida
y nunca llegué a ninguna parte.

(De *Destierro por vida*)

Toda mi vida he caminado por los desiertos
y ahora estoy triste.

Una vendedora de claveles canta o llora en mi oído.
¿Qué haría yo con un clavel en el desierto?
He caminado solo y sin equipaje toda mi vida,
estos claveles son también un desesperado sueño
aunque la melodiosa vendedora me contemple
con lastimados ojos
como si ella fuera el fantasma y yo la pobre gente
llegada en la gran noche a las puertas del palacio lujoso.
He caminado por los desiertos, toda mi vida
y nunca llegué a ninguna parte.

(De *Destierro por vida*)

El hijo del Gran Conde

La última nieve invernal se precipita mientras me crecen bigotes para que yo sea el hijo primogénito del Gran Conde y pueda heredar el Franco Condado. El aire se corrompe, invadido por todas las corrupciones de la primavera, los arroyos tienen lengua de serpiente, las arenas se precipitan a los hormigueros, cargadas de increíbles briznas de hierba, el polvo se reúne, le crecen pies, agita las alas, lanza su trino de ruiseñor bajo la luna, el cielo se viene abajo con ligera ilusión de doncella o aterciopelado vuelo de murciélago. Tanta luz es increíble, insoportable tanta sombra, tanto amor sobre la tierra sólo dura un instante. Mi automóvil no puede detenerse, no importa lo que venga: bosques, montañas, desiertos, mugidos de vacas, altos hornos, escuelas dominicales, horcas y cuchillos, yo debo llegar a Abilene, debo dormir entre las piernas de Sweeney, debo comprar cigarrillos. ¡Oh, el ron! ¡Viva el ron! ¿Dónde está el cofre del muerto? En mi desesperación agito periódicos, pañuelos, alas de gavilán. Desde estas montañas cuarenta siglos os desprecian, la patria espera vuestro silencio, no pronunciarás el nombre de dios en el baño. Todas las palabras cantan la misma canción. De los verdes árboles dorados de la vida caen las grises teorías, flores de los suburbios, primeras piedras de monumentos perdidos. Los viejos bebedores de cerveza saludan al señor que cojea, el vino brota del tablero de la mesa, del techo llueven panes y pájaros fritos, prepara bruja tu brebaje, dános la juventud ahora que la canción más tonta nos inunda el alma de ternura y soledad. No desesperes, no, no desesperes. Los molinos no prevalecerán, ni los duques ni los yangüeses. Sobre la candente tierra castellana, el viejo caballero cabalga y atraviesa tabernarias astucias, teológicos eructos, venias cortesananas. El brazo, la paciencia y el ánimo nos pertenecieron mucho tiempo y están llenos de moho. Sobre una puta vieja cabalga yo, el hijo del Gran Conde.

Canción para Artidoro

Los rosales de la Avenida Abancay nunca existieron.
Todo lo tiñó el humo de los autobuses y no hay jardín,
viejo Artidoro, donde repose el amor
que ronda tu memoria o tu esperanza
o tu melancolía. ¡Qué lejos
qué ausente, qué triste y nonata
rosa primaveral! ¿Dónde tu aroma,
tu lluvia de pétalos,
la verde dureza de tu espina?

Hay quien ama la rosa que es así
y no se ve o la rosa que se huele y se toca.
En el aire colmado de esta calle inhumana,
se hace humana la rosa
inexistente, enajenada por el humo y las bocinas
de un río interminable de tristeza
y tiembla la canción, acaso en vano,
breve tizne en tu alma que no será salvada
por recuerdo ni amor ni por género alguno
de ventura o desventura humana.

Como humo o desamor u olvido, sin ojos
ni memoria ni desdén ni ternura, huérfano
de primaveras cae el tiempo
y quiebra vidrios, piedras, periódicos,
palabras, promesas de buen comportamiento,
inocentes vicios (pobre Alberto, mañana
dejaré el cigarrillo, dijo y lo dejó,
como también la vida). Cae el tiempo y desgarras
tu corbata nueva, viejo Artidoro,
y no hay un clavel en tu solapa porque definitivamente
el hollín es un asco, la ciudad es un asco

y esta vieja oficina es un asco también. Y es así como
pasa toda la vida. Y yo dejo caer esta canción cerca
de tu sueño, lejos de tus ojos abiertos.
De estas palabras no quedará sabia enseñanza:
mi canto no es verdad
ni es engaño sino apenas
un temblor en el aire y allí queda.

(De Reunión Elegida)

Leopoldo Chariarse

Leopoldo Chariarse Koster nació en Lima el año 1928. Estudió en la Facultad de Letras de la Universidad Católica entre 1946 y 1951. Actualmente reside en Europa.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Los ríos de la noche, Lima, Editorial Rímac, 1952.

La cena en el jardín, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1975.

La Poesía

*Tú que llenas el cielo de la memoria y los sueños
más allá del pensar y el sentir
que sonreías sin responder
porque tú eras la respuesta
doy testimonio de lo que fuiste en tu hora
propicia cuando animabas un cuerpo
y tu huella sangraba en castos sentidos
creciendo como dorada herida en la tarde
Dime ¿fue menos una palabra
que volvió sombra junto a tu imagen
menos que el aire irreparable
lo que deshizo el tiempo en un grito?*

Al final del otoño

¿Adónde llegarás, otoño, con tus tardes,
con tus glorietas tristes, con tu voz?
¿Adónde con tu amargo silencio,
con tus mañanas frías y rotas?
Doblándote, tropezando,
golpeándote contra las casas y árboles.
Como un niño escondido entre los pinos, tiembles,
huyes a tus rincones sordos, tras la sombra
de paredes y huertos, o a los días
dados a mala muerte, con la lluvia,
con los vocablos súbitos, con todo
lo que el reflejo triste de un cielo retuviera.
Y comprendes, persistes y te miras llegar, cuán torpemente,
cuán desolado y turbio entre los veraneantes.
¿Cómo llorar, cómo salirte afuera y gritarlo?
Si tú, como un insecto en un vaso te debates,
bebes lo que no es tuyo, en silencio, y a la brisa
das tu mirada honda de amor mal avenido.
Quédate en calma, no prosigas
con tus cuatro paredes de espanto en todas partes.
Cede, deja al olvido
cuanto supiste día de sol, claro quebranto
y enseñanza de amor, en tu costado.

Habla el invierno

*...Y solitario
bajo el cielo, como siempre
estoy yo*

HOELDERLIN

En tal soledad de animales muertos y telarañas esparcidas me inclino, hacia montañas de hierbas y blandas nubes que ahora cubren mis estancias.

Me consume una fiebre antigua con playas fugitivas, con ciudadelas en el alba devorado nocturno como un rojo olivar en cuyos bordes nace el miedo.

No espero el alba, ni busco bajo las alfombras, ni miro las grietas de los zócalos, porque nadie va a venir.

Con la lengua en cisternas secas, con un solo fósforo, encerrado, siento crecer la sombra y proliferar toda una arcaica vegetación en mis espaldas.

—De mi simiente rodando por valles y ríos, de mis fragmentos en el aire de las tardes y de mi sombra, aún descendiendo de los montes, nadie sabe—. Los días, los andenes dormidos donde la nieve me rodeaba, todo ahora

sólo es gas subterráneo, cálida belladona que de la noche va brotando.

¿En qué celda, bajo qué trucas espadañas está tendida mi memoria?

Hace siglos que acecho en los arcos y dormito entre la hiedra, hace siglos que el viento hincha mis ojos y dispersa las escamas con que las estaciones me recubren.

En mis cuartos vacíos crece el musgo mientras los astros llueven, pálidos

como polvo de insomnio, cubriendo los muebles y pululando sordamente.

Pero las noches son largas y ruedan blancas páginas y máquinas de coser y tiernos brazos.

Pero las noches son largas y la muerte por agua duerme aún en estanques y piscinas hasta la llegada del verano:

el mar y la marisma de incandescentes caracolas siempre desliziándose

hacia espacios abiertos, hacia brumosos prados, nada puede detenerse.

Con los primeros días cálidos tomarán los niños a sus baldes y descenderán dulcemente a las tinieblas líquidas.

Y todos se reirán del viejo ebrio con sus infusorios y de la mujer que hablaba de aquel tiempo.

Así como de los que decían haber visto una gigante abeja gris absorbiendo sus cadáveres.

Nada puede detenerse, malecones de frutas alegres y bellas gargantas,

ni el carbón pútrido en el viaje sin regreso de navíos venturosos,

ni las palabras distraídas, al caer la tarde, ni las manos juntas. Nada.

Ni los muertos pinares, ni las hastiadas bocas de la espesura en los pantanos,

ni aún la hora profunda en que el universo silenciosamente se delata.

Todo madura en su noche como un germen o un canto, y se abandona

y pasa y muere como un olor de almohadas y cartas o una antigua navidad.

Nadie sabe ya nada, ni las cosas

ni los hombres se acuerdan del terrible solitario a cuya muerte amanecieron

y cuyos cálidos despojos amorosamente los sustentan.

Nadie habla de todo esto: todos tienen trabajos y transcurren y ni yo mismo sé su nombre, ni podría ya resucitarlo.

Mas todavía muchas veces han de volver mis brazos a la tierra.

Todavía han de cubrirla y estremecerla mi amargura de siglos y mi agonía en aeropuertos y mi supervivencia vergonzosa.

Y la ceniza de alegres jardines y antiguas mañanas dará testi-
monio de mí, de mi inútil amor,
y de la inmólación de mi sangre derramándose eternamente
entre las piedras.

Tithonus a la aurora

*...Let me go: take back thy gift:
Why should a man desire in any way
To vary from the kindly race of men,
Or pass beyond the goal of ordinance
Where all should pause, as is most meet
for all?*

TENNYSON

Hace ya muchos años que vivo
y que me duele tu mirada en los ojos.
Año tras año sin descanso la lluvia me roe,
¡oh, si pudiera ahogarme bajo la dulce tierra
bajo su cabellera oscura, de árboles poblada!
Pero tú me abandonas en brazos del viento
que me envuelve en aromas nuevos
a mí, el irremediamente lejano,
el sombrío y olvidado, de cuyos escombros se alimentan las horas
como cuervos venidos para la venganza divina.

Ah, los dioses son justos: de nuestros propios insensatos
deseos
hacen nuestro castigo, colmándolos
en su exacta medida. Inmortal,
inmortal como ellos anhelé ser, y me ha sido otorgado
y ya ni tú podrías deshacer el designio
que alentara en mi pecho, un día favorable
a la sangre joven. Tú me amabas entonces
y tus húmedos labios, al despertar, venían
a posarse en mis ojos que el llanto no velaba
como ahora, que en vano vienes a despertarme,
a querer infundirme sopro de nueva vida,
y despiertas mis ruinas, la sombra de mi sombra en el Este

Alegría es para el que vive la vista de lo amado:
sus cosas familiares, sus lugares y rostros que guarda
celosamente la memoria. Pero yo ya estoy ciego, ¿por qué
cuando vuelves
a disipar la sombra hermosa del mundo
no me alegras como antes? ¿O es acaso tu cuerpo, cada vez más
distante,
un fresco y amoroso rocío sobre las tumbas?
Tú amas a los mortales. ¿Cómo puedes amarme
a mí, que renuncié a su efímera condición adorable
para hacerme un residuo de eterna servidumbre?
Encadenado a las ruedas del tiempo,
abandonado de la gloria estival de los días
que ilumina a los hombres y luego los cubre
con un manto dulcísimo, salvándolos
de vivir más allá del término que ennoblece sus breves gozos
y embellece y les hace más llevadero el dolor
y un día, como el mar, al detener su curso
los torna libres para siempre.

Sólo yo, lento río de cenagosas aguas
no podré ver mis cauces abrirse al límite profundo,
ni gozaré del sueño tejido bajo el césped
que verdece el olvido, bajo tus ojos puros.
Bajo tus ojos puros que me lloran en vida
con lágrimas de un fuego que no logra encenderme.
Oh, ¿por qué no me dejas partir?
Si ya nada te pido, si ya para todo
cuanto pudieras darme es muy tarde;
si ahora tan sólo deseo morir, tornar al abrigo
de la fértil morada lejana de los hombres
y caer sobre el áureo suelo
que a tus pies se estremece.
Allí te sentirían brotar cada mañana
mis párpados de tierra cerrados por la tierra
con cálida y amorosa presión. Y a través de las hojas
de la yerba reciente, de nuevo aspiraría

aquel soplo fragante que viene de tu pecho,
y otra vez te amaría, con sangre nueva
latiendo en las ocultas venas terrestres,
alimentando el sueño fugaz de los vivientes.

La cena en el jardín

Desesperadamente vuelvo siempre a la cita
a veces me esperan un patio y dulces costumbres
ceniza de alamedas en el parral azul

la niña tan alhaja de pobre tan olvido
se desnuda y su falda de flores dora la hierba
mientras la madre la busca loca en los claustros
y nadie sabe dónde están las llaves
la entrada de la huerta como un milagro
veo la mesa

las sillas que el viento dispersa
los árboles

por tierra los restos de una comida inconclusa
cuando nadie nos dijo que era la última
que no habría otra y nos abrazábamos riendo
blanco mantel intacto

blancos platos

blanco arroz

te harían daño otras manos si aún te desdoblaran
mantel de llanto
al cielo también blanco y vacío de esta tarde

Amor despierta

Amor despierta ya la ciudad fue desarraigada
y plantada en otro sitio y están inmóviles
sus miembros corrosivas tenazas
amor despierta ahora nadie respira
aún es tiempo para el encuentro justo
y tu aliento aún no se ha transformado en estatua
ahora los tentáculos son oxidadas puertas
y las ventosas como pantanos casas tranquilas
cadáveres que flotan libres en una música de flautas
y tambores cuyo fondo es la faz de la luna
ahora las grietas que abre el relámpago
dejan entrar la luz del otro lado del cielo
y la tierra cabe en las ramas de un árbol
y el cielo en sus raíces oscuras
y toda la lluvia en el alero de una ventana
y en las manos de una mujer todo el pan del mundo
semejante a nuestra nostalgia que grita
para que despiertes amor

La palabra

Cuando escucho el llamado
no puedo ocultarme ni apagar la luz
miro el canasto sin frutas y los zapatos
vacíos de par en par golpeando sobre la noche
y debo prepararme antes que vuelvan
a oírse los pasos tras la puerta
me esperan listas
sumisas las valijas con abandono
y ansiedad en los labios por despertar
veo tras las paredes la curva amiga
de los trenes que siempre suben
de los troncos que siempre suben
y el mar más alto
allá lejos en las aciagas
máscaras de su rocosa añoranza
y comprendo cuánto hay de hastío
en decir lo que debió ser inefable
me recojo un instante en brazos extraños
miro la noche
mi casa en llamas
y me dispongo a partir

El desconocido

Hoy como de costumbre ha llegado el desconocido
 en lo más sombrío de la noche
ha entrado
hasta en las últimas tabernas del puerto
ha encontrado a una joven pálida
con huellas de llanto en los ojos
 y violencia en los adorables muslos
le ha dicho te amo en mil formas
le ha recogido las manos
en el remanso del lecho
 la ha besado en su aldea
todo el verdor de infancia de sus ojos agrestes
ha recorrido en silencio
 le ha hablado mucho
ha atravesado con ella aurales campiñas
 al abrigo del mar
y al fin la ha despertado

a Juan Sánchez Peláez

Los magos

A una extraña tarea fuimos consagrados
 infinitamente lejana
luz todavía invisible acaso extinguida
infatigables días y noches buscándote
en cielos de turbias fauces
en el viento ecuestre de las mañanas
tú que alegre galopas en nuestras venas
 y en ríos de luminosas piedras te ocultas
si te llegara el fervor del relámpago
 como aliento de animal tranquilo
si viniera de ti esta mirada
 embriagante en el fuego azul del verano
si fuera tuya esta nostalgia
inconsolable ofrenda
como tu sangre en ávidos surcos
cuando nos dejaste ser mensajeros de lo perdido
 solo eco de más exaltados días
cuando a la deriva deshabitados templos
arrastrados por nuevos sueños volvíamos
hacia donde debieron estar nuestros dioses
o al menos tú inolvidable
en lugar del abismo

El verano y la casa

La casa blanca hasta en sueños
traía la yedra
barca irrumpiendo a través de las flores
como una nube en el calor del verano
la habrán hundido
le habrán arrancado los ojos

Fugaz crepúsculo

No quiero ya ser más que instrumento en tus manos
tú que tañes una canción en la lluvia
pastor lejano ir contigo
conduciendo el rebaño solar de tus veleros
y beber de tus dedos la frágil luz
como un árbol temblando en el esplendor de la tarde.

(De *La cena en el jardín*)

Pablo Guevara

Pablo Guevara Miraval nació en Lima el año 1930. Ensayista, cineasta y crítico de cine, estudió en la Facultad de Letras de la Universidad Católica el año 1952.

Premio Nacional de Poesía en 1954.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Retorno a la creatura, Madrid, Cooperación Intelectual, 1957.

Los habitantes, Lima, La Rama Florida, 1965.

Crónicas contra los bribones, Lima, Carlos Milla Batres Editor, 1967.

Hotel del Cuzco, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1972.

Index

This Index is a list of the names of the persons mentioned in the text of the book. It is arranged in alphabetical order of the surnames of the persons mentioned. The names of the persons mentioned in the text of the book are given in the Index in the following order: first the surnames, then the given names, and finally the initials.

Printed in London by the University Press, 1954

OXFORD UNIVERSITY PRESS

Printed in the United Kingdom by the University Press, Cambridge, 1954.
The paper used in this book is made from wood-pulp free from acids.
Copies of this book are available from the University Press, Cambridge, 1954.
Printed in Great Britain by the University Press, Cambridge, 1954.

Advertencia

*No, no voy a salvar al Perú con palabras (ni lo pretendo)
yo mismo no me salvo (y temo no poder hacer gran cosa
con ellas: p.e. ayudar a soportarlo mejor...)*

pero escribo... escribo... escribo... escribo...

*Imaginemos la fantástica imagen del mundo
girando como un melón o una colosal media naranja
soportada por 4 virtuosos elefantes (animales entre los más
plásticos del planeta revestidos de diversos
colores...) (bajo los cielos del crepúsculo monumentos
al amor, en vías de extinción...)*

*Ellos no impedirían a nadie el fin'amors provenzal
(un oasis esencialmente erótico donde el cuerpo de la
dama es tan deseable como su corazón... sobre todo
su radiante desnudez antes de ir al lecho...)
tanto como el imperecedero amor stil novo
(gratia plena de la dolcissima Beatrice "angelicata"
para toda la vida o la de Donne Ch'avete intellecto d'amore)*

*Se trata del Mundo y de sus acomodos en el cuerpo
y la mente de los hombres (algo que ni cabe suceda
en estos tiempos bestiales donde "libres de Pisístrato
elegimos un canalla o un eunuco para gobernarnos" (Pound)
felizmente AMOR todavía es para muchos abrazar
tierna y frenéticamente a una mujer
seguir sus evoluciones y revoluciones
en cada estación: que es lo que hace todo agricultor
inspirado al mismo tiempo que cultivar lo Absoluto
La—Tierra—El—Cielo / a lado de unos cuencos de arroz /
unos trajes bien raídos / una soledad completa
y un misma manera de tratar igual a todos...*

PAX ANIMA MEA.

(En *Harai* Nº 64, marzo 1983 - fragmento)

La ciencia de Lu

Soy los ojos del sol en el corazón del emperador
soy el ruiseñor que armoniza los cielos con sus más bellas continencias

los dioses de occidente desordenan mis trinos
los de oriente me escuchan y me reverencian
Mi Señor cuando está triste —ello también le arriba—
aparta a un lado todo trabajo y dice
“sublime entendedor, canta
sin tener idea de mis ideas”

y yo canto mientras afina sus laudes
sobre las más agudas cuerdas y las más graves
armonizando su voz con el alrededor;
después vuelven a desfilarse delante de él
las gentes que son los innumerables problemas
de las regiones de Yu, Long y Ki
donde moran el Terrible junto con el Feliz.

Todos padecen nacimiento, enfermedad, vejez, muerte y conocimiento!

y yo soy así la suerte de las gentes de Yu, Long y Ki.

Hombres

Nuestro corazón frente al de los alfareros,
o profetas, o sabios, significa muy poco!

Ellos hicieron excavaciones prolongadas hasta la aurora,
fatigáronse por hallar una fuente de agua inviolada;
interrogaron su juventud como a un espejo
y la juzgaron con más rigor que a un cónsul enemigo;
aún en su vejez veían desde 10.000 ventanas!

Vieron muchas ciudades bajo soles verticales!
vieron muchas ciudades al levante y poniente!
al nadir las comprendieron y amaron;
después al cenit tiraron por última vez
una línea desde el centro de la tierra
y otra a los más remotos cielos,
y anotaron o confeccionaron o calcularon...

En los desiertos sabían qué grados del solsticio
los llevaba de un trópico al otro
así como el león no ataca en línea recta
sino dando poderosos zigzagueos
conocían todo lo que podían conocer del día
y de la noche qué noches conservan más de una noche su ne-
grura!

entonces ellos sabían vivir
la más difícil de las vidas
la de la humildad junto con la sabiduría

Dentro de relaciones de vida y no de muerte
hicieron luz de eternidades
capaz de entrar en las casas
y a ninguno hacer daño profundo.

(En *Harauí* N^o 1, Septiembre 1963)

Guita Brüner

Sobre una roca
su habitación troglodita
brilla bajo el sol;
sus pulmones están dispersos en toda la ciudad
donde la conocí un verano
sobre un tren
que bajaba de los Pirineos,
un gusano verde
lleno de feriantes y de quesos.

Yo no juré amarla
y ella en cambio me amó,
más risueña de lo que se puede esperar
de una muchacha que ha perdido padre y madre
en la guerra, y sus hermanos hacen contrabando
de carbón, de cigarrillos y medias de mujer.

Me contó cómo eran los amaneceres de Berlín
cuando el III Reich quiso sustituir al sol
aquellos días vio a tres amigos
ser trinchados como frutas
y casi despellejados
en una hora.

Ella tenía catorce años
y nunca había sido invitada al cinema,
además se temía lo peor en los lugares
más inofensivos,
ella me contó cómo tuvo que luchar
contra su corazón cuando se enamoró
de un nazi que tenía cara de ángel,
la cara —palabras suyas—
de "un bello de película vienesa".

Y en tanto me contaba, ella se desvestía,
las olas, afuera, arrasaban las calles,
en las paredes cuadros sin rostro,
los dioses de bronce se derretían,
náufragos de mil mundos el Faro,
los Roquedales, las Islas, la Caverna,
¡y espumas, nuestro amor reventaba!

(De *Los Habitantes*)

En una de las ciudades más crueles de la tierra

Ciudad conocida por sus hábiles mercaderes
del Cenit y del Nadir,
en una ciudad donde la noche cae
con su espada,
sin que ningún presagio advirtiera a las gentes,
ha surgido una isla.

Cuando surge una isla
hay convulsiones terráqueas,
remolinos, levaduras, gases,
como los movimientos del alma,
infinito en transformaciones,
muchos peces muertos,
otros empavorecidos,
y de pronto...
yo no pude explicarme,
el monte de Venus estaba ante mí
cubierto por el rocío de la mañana,
al centro del Caos
las trompetas cantaban
la lenta floración de las flores,
las venidas de nuevas especies
y de nuevos géneros,
los ojos girando en atmósferas claras,
el sol —el buen salvaje— dando espacio
a los espacios, a las noches calladas,
a la luz poderosa, al Amor.

En la noche

Cuando vengo de reunirme con los que no poseen
otro fuego que un fuego imaginado
y otro frío que la desesperación,

allí donde mi oído reposa
y en donde la destrucción también puede ocurrir,
está tu cuerpo,
profundo y alto como un violín,
con cuerdas celestes y rosadas
que llevan a la mañana.

Yo, que llego a sentir oscilar el edificio humano
azotado más bien que acaricado
por un pasado lleno de lamentos,
yo, que llego a percibir
tras tus ojos enamorados
la Venida de la Madre,
siento mecerse nuestra habitación,
oigo surgir de ti, mi más bella música,
a través del aire en agitación
poseo un orden terrenal en mis extremidades
¿dormimos? ¿no dormimos? ¿navegamos?

El candor luchará a muerte con la astucia,
y ninguno de los dos morirá.

(De *Crónicas contra los bribones*)

Cuando la avestruz, el humo del cigarro o el humo del
fusil y el conocimiento del hombre son uno

I: LEVANTANDO LA CABEZA POR ENCIMA DEL HOMBRO VI LA
TIERRA

Levantando la cabeza por encima del hombro vi la tierra.
Supe que era una hiena redonda como una cacerola, y en ella el
hombre
rondando hace años por mis zonas. Supe también que más allá
de mis locas carreras me había reservado
el desprestigiado papel de no ser un ave agorera, en cambio
un pajarraco cobarde que no anuncia nada sino el miedo,
un ser que apenas si puede vencerse a sí mismo para poder
sobrevivir.

pobre valentía, pero valentía al fin.

Entonces,

no pude desear que del horizonte llegaran también sus gruñi-
dos

pero éste impaciente

—cuya sombra moviente es la más bella escultura al Ser que
conozco—

inmodesto e indiscreto como siempre ya estaba por allí dando
vueltas y vueltas en los giros solares

y yo, Avestruz

hice lo que la naturaleza me dijo que hiciera:

luchar a patadas con la Sombra hasta la extenuación

—la avestruz tiene una patada mortal, parte un ternero en tres,
pero tiene una debilidad, no puede nada contra todo lo que está
horizontal—

y que mi sagaz enemigo —cómo lo sabría— se había adhe-
rido

indestructiblemente a la tierra, acurrucado en el suelo

en postura fetal como un bebé avestruz,

mi pata engarrada fue impotente

para destrozarle.

II: Y MI PATA ENGARRADA FUE IMPOTENTE PARA DESTROZARLE

En el suelo no era más la Sombra que había admirado,
nos caía el sol a los dos por igual, y sentí semejanza.

Me enternecí, tuve curiosidad: dos errores...

Yo no quería acercarme, sólo quería... no sé bien qué quería...

pero en esos momentos no llegué a precisar

si se puso a fumar —en mi desesperación—

o fue una agresión o un disparo impensado...

Solo sé que he sentido para siempre el Gran Dolor Desconocido,
el Dolor del Hombre,

y he dado voces —sí, voces yo— y he gritado —sí, gritos yo—
por esta ferocidad

mayor que patadas de avestruz sobre el corazón.

Y he llorado diciéndome que no quiero ser más un papá-aves-
truz

ni quiero ser más ave corredora que tiembla hasta el fin de sus
días,

quizá si el mono parlante y cantor que ahora contemplo

me podrá salvar, pues no sé si ha sido otra operación

de los hombres esta herida en mi cráneo,

esta herida de plomo el Hundimiento

que es mi Salvación

NO LO SE.

Palacio de Minos

De lo que se trata es de no engañar
de no decir "no es nada del otro jueves"
porque sí que lo es:

EL DESEO SEXUAL

su acción liberadora y revitalizadora
sin alienaciones ni afectaciones
por casas respetables y casas menos respetables
cae la tarde y
Mi Sexo, Tu Sexo
no tienen instituciones contemporáneas que los avalen
pobres huérfanos caminando presurosos por las calles
no tienen padres y sí muchos jueces
cae la noche y
la Gran Ley Seca del Sexo
la Gran Prohibición y la Gran Prostitución
y yo, joven enamorada
desaparecida misteriosamente en el Laberinto
triste y más triste
no he querido jugar con muñecos
niños muertos enriquecimiento impune de
comerciantes
y llegaste tú
no he querido entrar a la Placenta Social
a este horrendo Mercado de Cuerpos
ni a ningún otro que se le parezca
no quiero pisar las horrendas puertas de hierro
cargada de tules y de flores blancas como en los entierros
como una artista sudorosa ante los públicos
representando un papel mal avenido y muriéndose de hambre
y luego repartición de premios si un coracero
blande su sexo golpea el suelo impaciente
su estandarte lo inclina lo reclina en el reclinatorio

sonríen los sacerdotes
y sonríen las vírgenes
sonríe el marido
o mira desavorido
al coracero

y a las letras que caen del Libro Sagrado
etc. etc.

De lo que se trata es de no engañar
 pero las mujeres crecen como los Ogros en Navidad
 saben que no tienen muchas posibilidades de
 ser algo más
 de hacer mucho más en esta sociedad patriarcal
 y estimulan a sus hombres a jugar a ser dioses
 reyes, emperadores, jueces, comisarios, pontífices, capitanes
 de los periódicos, de los jamones, de los helados, de los etc. etc.
 a quienes en realidad son pajes, enanos bufones, mayordomos
 escoltas y ordenanzas y reclutas
 de las Empresas
 Imperiales
 de S.M.

(Y viniste tú: que no eras dios)

Pobres papeles o grandes papeles —dicen pasarlo bien—
 en realidad forman partes aquiescentes

DE LA PIRAMIDE DE GIZEH

2'500,000 bloques de piedra perfectamente ensamblados,
 cada uno de 2.1/2 toneladas
 consecuencia de un hábil y portentoso
 evangelio taurino.

III

DE LO QUE SE TRATA ES DE DE NO ENGAÑAR
la Familia es la Casa del Pan y la Casa del Sueño
mientras siga siendo la Familia la Casa del Pan
y la Casa del Sueño
y escasee el pan y se perturbe el sueño
habrán Marido y Mujer
Gran Buey
y Gran Vaca
Sagrados
se hablará de ritos y de dioses en los templos
—aunque tú no quieras ser dios—
pero en realidad oh realidad
cayendo la noche en la Ciudad de Caín
se hablará de una Cama
y hombre y mujer en ella
en el desierto, en la montaña, en el mar, en la selva
en las ciudades de Babel
taurolatría o culto bovino
Fuerza y Fertilidad
Hombre Fuerte y Mujer Fecunda
los ideales supremos semíticos
y después de 1,000 años
viñas y pámpanos,
agregaron los griegos

(De *Hotel del Cuzco*)

Luis Hernández

Luis Hernández Camarero nació en Lima en 1941 y murió en Buenos Aires el año 1977. Médico de profesión, estudió inicialmente en la Facultad de Letras de la Universidad Católica.

Segundo Premio "Poeta Joven del Perú" en 1965.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Orilla, Lima, Cuadernos del Hontanar, 1961.

Charlie Melnik, Lima, El Timonel, 1962.

Las Constelaciones, Trujillo, Cuadernos Trimestrales de Poesía, 1965.

Vox Horrisona, Lima, Editorial Ames, 1978.

Vox Horrisona, Lima, Hueso Húmero Ediciones, 1981.

Obra Poética Completa, Lima, Editora Punto y Trama, 1983.

En bateau

*Si supieras
Que en la poesía
No hay orden
Ni desorden*

(De Vox Horrisona)

Géminis

Es extraña nuestra canción. Es demasiado triste y antiguo lo que cantamos. Nuestra canción no nos pertenece. Y si se nos oye en las noches, en las ferias, es porque no somos ajenos al cansancio y la gloria, porque la paz que encontramos alcanzará a cubrir por un día el deseo.

Hemos llamado en ayuda a la fatiga. Hemos subido los muros. Hemos dejado en casa al hermano, al mismo hermano que guarda —quizá sea que volvamos— el gastado cuaderno de sus labios.

Hemos ascendido los mares, uno a uno llegado. Y es que Nave, lo más sur y vencido, nos aguarda. Y tal vez este juego que inventamos, este juego en que ardemos confundidos, ha venido de sus manos a las nuestras.

Y en nuestro corazón, que jamás fue duro, es poniente ahora. Porque pese a que fuimos simples e inalcanzables, hemos sobrevivido al hermano. Lo hemos dejado, ciego y amargo, en sus viajes no emprendidos, sólo trazos de los dedos silenciosos sobre el mapa.

Difícil bajo la noche

1

Alguna vez existió un hombre marcado por estigma crudelísimo de la música. Durante sus primeros años vivió solitario en sus espíritu, demasiado difícil bajo la noche.

Una tarde, sin embargo, escuchó que sus manos jamás se habían posado sobre algún mortal. Abandonó entonces su habitación y su flauta, y dijo: Noche ondulante, húmedo viajero. Hace ya tiempo que desde el silencio de mi corazón te acechaba. Sin deseo he vagado de ventana en ventana. Debo ahora ascender en tus brazos incontables, noche gemela de las muchas noches.

2

Una melodía inimitable lo colmó, y no fue más la luna presagio de desdichas. Los altos muros de granados, los densos muros lo acogieron en sus sombras. Dijo su alma a los astros, los jamás solitarios e infinitos: muchas veces soñé con la marea, con el lento reflujo de las rosas en el dulce planeta inconcebible. Sé que de mi corazón y su luz brotarán los días nuevos, sé que la lluvia habrá de negarme para siempre el infortunio.

Galileo

Galileo:

Deberías poseer a Gloria Swanson
En un set de palmeras.

Galileo:

El ario errante, Federico,
Te persigue
Y no sabe ni boliche de los astros.

Galileo:

En Japetus construyeron
Una pira de lirios para ti.

Ezra Pound: cenizas y cilicio

1

Tower of Pisa
Alabaster and not ivory. Y eterno,
Para ferias de fascistas
Quien la canta.

Y ebrio ya de belleza y en demencia
(Puede ser que sus ojos sean nuestros)
Rojo mar y el adriático crepúsculo
Y dos guerras herrumbradas en su frente:

Frente a la lívida amenaza de la historia:
Ezra Pound,
Ezra
Y su ejército perenne en pie
De muerte.

Torre de Pisa
Et cinis et cilicium

2

Ezra:
Sé que si llegaras a mi barrio
Los muchachos dirían en la esquina:
Qué tal viejo, ché su madre,
Y yo habría de volver a ser el muerto
Que a tu sombra escribiera salmodiando
Unas frases ideales a mi oboe.

El milagro se oculta entre lo oscuro
Donde olvido y memoria son tan sólo
Los reflejos de lo áspero y amado,
La ilusión que ha surgido del enebro.

Duramente recuerdo tus poemas,
Viejo fioca,
Mi amigo inconfesable.

El bosque de los huesos

Mi país no es Grecia
Y yo (23) no sé si deba admirar
Un pasado glorioso
Que tampoco es pasado.
Mi país es pequeño y no se extiende
Más allá del andar de un cartero en cuatro días,
Y a buen tren.

Quizá sea que ahora yo aborrezca
Lo que oteo en las tardes: mi país
Que es la plaza de toros, los museos,
Jardineros sumisos y las viejas;
Sibilinas amantes de los pobres,
Muy proclives a hablar de cardenales
(Solteros eternos que hay en Roma),
Y jaurías doradas de marocas.

Mi país es letreros de cine: gladiadores,
Las farmacias de turno y tonsurados,
Un vestirse los Sábados de fiesta
Y familias decentes, con un hijo naval.

Abatido entre Lima y La Herradura
(El rincón de Hawai a diez kilómetros
De la eterna ciudad de los burdeles),
Un crepúsculo de rouge cobra banderas,
Baptisterios barrocos y carcochas.
Como al paso senil del bienamado, ahora llueve
Una fronda de estiércol y confeti:
Solitarios son los actos del poeta
Como aquellos del amor y de la muerte.

(De *Las Constelaciones*)

Apolo azul

Te asemejas a algunos poetas,
Siempre cercano al cielo,
O, si se quiere, a los techos,
Como Claudel. Y algo ligeramente cabro
Como Rimbaud. Apolíneo algunas veces
Y otras simplemente en onda;
Cuando danzas seguido por las musas
Esas nueve pamperas
De las cuales mi favorita
Es la de la Astronomía.

Te pareces a algunos músicos,
A Strawinsky, por ejemplo,
Que compite en belleza contigo
Y es un poco más inmortal,
O a Carlos Ives, quien te gana
En misterio.

Tienes un aire a algunos gimnastas,
A ciertos dioses,
A ningún político,
A ningún papa.

En una palabra:
Eres Apolo
Y eso nadie te lo quita.

A un suicida en una piscina

No mueras más
Oye una sinfonía para banda
Volverás a amarte cuando escuches
Diez trombones
Con su añil claridad
Entre la noche
No mueras
Entreteje con su añil claridad
Por lo que Dios más ame
Sal de las aguas
Sécate
Contéplate en el espejo
En el cual te ahogabas
Quédate en el tercer planeta
tan sólo conocido
Por tener unos seres bellísimos
Que emiten sonidos con el cuello
Esa unión entre el cuerpo
Y los ensueños
Y con máquinas ingenuas
Que se llevan a los labios
O acarician con las manos
Arte purísimo
Llamado música
No mueras más
Con su añil claridad.

SOY LUISITO HERNÁNDEZ

CMP 8977

Ex campeón de peso welter

Interbarrios; soy Billy

The Kid, también,

Y la exuberancia

De mi amor

Hace que se me haga

Un nudo en el pulmón.

Y el Amor lo vierto.

Algo de común hay

Con el Agua el Amor.

Algo existe en H₂O

Que es más que espejos

Acequias, ríos,

Albercas, estanques y

¿Por qué no? océanos.

Soy materialista:

J'appelle un chat, chat

O, mejor aún, creo escribir

Sin segundas intenciones

Más bien por llevar

Un ideal. Cierta Ideal

Que podría ser

El no tolerar

Ante mí el sufrimiento

Y he ahí la flor

No permitir ante mí...

Mejor cantemos una melodía

Que proviene de nosotros,

Y es muy nuestra,

Puesto que esta canción

Tiene en sí existencias
Como toda canción
"Qué es aquella flor
Que llevas
Pueda ser ya marchita
Una flor de lejanos días
Y te dirá de mí"
Los malos no tienen canciones
Y creo que La Poesía
Es entregar al Universo
El propio corazón
Sin desgarrarse
"O make me a mask"
Únicamente un ejemplo:
La poesía conduce
Hacia la propia destrucción
Poor Dylan Thomas!
Now Say nay
Ahora si no
Pero el sufrimiento
Es un camino
Plagado de peligros

E innecesario, no llores
Dylan, no llores Paul Verlaine
Soy materialista
"En el corazón tenía
La espina de una ilusión
Logré arrancármela un día
Ya no siento el corazón"
Quizá por ello diría
¡Ay, no sufrir, Poetas!
Mejor escribir algo
Que sea el mundo
A través de tus ojos
And Through your eyes
To your heart

Que diré entonces
Qué es la Lírica
Creo que el ser humano
Está hecho a imagen
y semejanetc.
Visto así, la Poesía
Sería creación.
Mas no. Poesía
Es evitar el dolor
A quienes en tu camino etc.
Juro por Apolo Musagetae
Citaredo, Dios de la Medicina
Y la Poesía
No tolerar ante mí
El dolor: Los cromáticos
Yates tiene un tenue
Tacto de belleza
Oder - Dichtung und wahrheit
Los policromos barcos
Llevan un impalpable
Amor, Amor que basta
Para que la bóveda celeste
Y los parques
Y tantas cosas
Así es; que si Dios
No existe
Qué importa
Pues de todas formas
Existe
Esta es la soñada coherencia.

Chopin

Se sintió primero
Con la tristeza
De un niño solitario
Y luego
con la grandeza
De un niño solitario
Y escribió
Aquella Música
De su alma
Que es lo único
Que pudo
Bajo un sol
Que no era el suyo
Dar su Amor.

AH, TRISTE tañedor
Del laúd:
Ese era tu secreto
Y lo he olvidado.

Sonetti a Shakespeare

Cuando en la calma que no existe leo
Los versos tuyos que peor los canto
Pienso en tu rostro bigotudo y feo
Imperfecto y atroz como un quebranto

Pero en tu ruda complexión yo veo
Tus sonetos, oh cisne, y el espanto
Que los astros dispensan. No poseo
Las ramas estivales del acanto

Con que Apolo, el áureo concubino
Nueve veces de las musas te donara
Más desnudo que dios danzas sin sueño
Auspiciando en las playas el salino
Don del mar que en tus manos se compara
A los vuelos de la hierba y el beleño.

Historia de la música

Hay compositores sin pelo:
Prokofieff, Schömberg, Hindemith.
Hay compositores con pelo:
Grieg, Liszt, Lennon.
De otros no se sabe
Pues usaban su peluca
Bach, Häendel, Lully.
Pero lo terrible
Es el enigma nórdico:
Sibelius,
Que en algunos discos
Tiene el cabello largo
Y en otros
Tan sólo una sonrisa.

La canción

Dicen que soy un soñador
Que sueña
Y otros dicen de mí

Adiós. Me voy a otro lugar
Y si la tristeza
Me alcanza
Y si la tristeza me alcanza
me cubriré con el agua
De la mar. Y no he más
De morir
Y no he más.

Tetrailiada cannabinol

Era un gordo y tímido
Violinista niño.
Luego creció y tornóse
En el adolescente
A quien ninguna mujer
Rechazara:
Atlético, vivaz, analfabeto.
Sólo alguien lo rehusó:
Una que en su corazón
Soñaba
Con un lento y músico gordo.

Así perdió Menelao a Helena,
La chicoyita de Troya.

ANTES DE SONREÍR
Sonríes
Preparando
Tu sonrisa
Antes de mirar
Abres los ojos
Para llenar la luz
De tu luz, amor
Antes de cantar
No, para qué mentir
Nunca te he oído.

LA MISMA SOLEDAD
Del Desierto
Lo salvará
De ser solitario
Su misma arena
Azul lo libraré
De ser el mar
Gracias Desierto.

Dedicatoria

A todos los prófugos del mundo, a quienes quisieron contemplar el mundo, a los prófugos y a los físicos puros, a las teorías restringidas y a la generalizada.

A todas las cervezas junto al mar.

A todos los que, en el fondo, tiemblan al ver un guardia.

A los que aman a pesar de su dolor y el dolor que el tiempo hace florecer en el alma.

(De *Vox Horrisona*)

Javier Heraud

Javier Heraud Pérez nació en Lima en 1942 y murió en Puerto Maldonado el año 1963. Estudió en la Facultad de Letras en 1960 y 1961.

Premio "Poeta Joven del Perú" (compartido con César Calvo) y Primer Premio de Poesía en los Juegos Florales de San Marcos en 1963.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

El río, Lima, Cuadernos del Hontanar, 1960.

El viaje, Trujillo, Cuadernos Trimestrales de Poesía, 1961.

Poesías Completas y Homenaje, Lima, La Rama Florida, 1964.

Poemas, La Habana, Casa de las Américas, 1967.

Poesías Completas, Lima, Campodónico Ediciones, 1976.

Poesía Completa de Javier Heraud, Lima, Editorial Peisa, 1989.

Arte poética

*En verdad, en verdad hablando,
la poesía es un trabajo difícil
que se pierde o se gana
al compás de los años otoñales.
(Cuando uno es joven
y las flores que caen no se recogen
uno escribe y escribe entre las noches,
y a veces se llenan cientos y cientos
de cuartillas inservibles.
Uno puede alardear y decir
«yo escribo y no corrijo,
los poemas salen de mi mano
como la primavera que derrumbaron
los viejos cipreses de mi calle»).*
*Pero conforme pasa el tiempo
y los años se filtran entre las sienes,
la poesía se va haciendo
trabajo de alfarero,
arcilla que se cuece entre las manos,
arcilla que moldean fuegos rápidos.
Y la poesía es
un relámpago maravilloso,
una lluvia de palabras silenciosas,
un bosque de latidos y esperanzas,
el canto de los pueblos oprimidos,
el nuevo canto de los pueblos liberados.
Y la poesía es entonces,
el amor, la muerte,
la redención del hombre.*

(De Poesía Completa)

Elegía

Tú quisiste descansar
en tierra muerta y en olvido.
Creías poder vivir solo
en el mar, o en los montes.
Luego supiste que la vida
es soledad entre los hombres
y soledad entre los valles.
Que los días que circulaban
en tu pecho sólo eran muestras
de dolor entre tu llanto. Pobre
amigo. No sabías nada ni llorabas nada.

Yo nunca me río
de la muerte.
Simplemente
sucede que
no tengo
miedo
de
morir
entre
pájaros y árboles.

Yo no me río de la muerte.
Pero a veces tengo sed
y pido un poco de vida,
a veces tengo sed y pregunto
diariamente, y como siempre
sucede que no hallo respuestas
sino una carcajada profunda
y negra. Ya lo dije, nunca
suelo reír de la muerte,

pero sí conozco su blanco
rostro, su tétrica vestimenta.

Yo no me río de la muerte.

Sin embargo, conozco su
blanca casa, conozco su
blanca vestimenta, conozco
su humedad y su silencio.

Claro está, la muerte no
me ha visitado todavía,
y Uds. preguntarán: ¿qué
conoces? No conozco nada.

Es cierto también eso.

Empero, sé que al llegar
ella yo estaré esperando
yo estaré esperando de pie
o tal vez desayunando.

La miraré blandamente
(no se vaya a asustar)
y como jamás he reído
de su túnica, la acompañaré,
solitario y solitario.

Entierro del verano

Abril es el mes más bello. Desprende
árboles inmensos al compás de vientos extranjeros,
y al compás de músicas triunfales
desprende árboles enteros.

Abril destierra soles
y alimenta tibios fríos otoñales.

Abril,
¡qué tiempos transcurren en tu advenimiento!

Empieza el otoño y todo vuelve a su proporción,
nos metemos las manos al bolsillo
y disimuladamente nos cerramos la camisa.

Empezaba el otoño y empezaban
también nuestras clases escolares.

—Javier, Javier, no olvides tu gorra al salir,
cuida tu maleta,
fijate bien al cruzar el tranvía—

Empieza el otoño y dulces vientos nos despeinan,
nos hacen correr detrás

de sombras pasajeras,
recojemos hojas amarillas

y consolamos troncos,
parques, bancas, plazuelas.

El otoño nos sacude las gargantas,
nos sacude de los días

y nos ofrece variadísimos caminos para andar.

Caminamos con algunos amigos

bajo el sol de otoño

and drank coffe and talked for an hour.

Mi hermano (el otoño)

me llevó a pie por las ciudades
y ahí conocí a los parques.

Leo mucho en el día y por la noche
me siento a esperar al otoño.

Poesía de otoño

¿Por qué me acechas de este modo, poesía?
¿Por qué me persigues insistentemente?

Bien sabes tú que nunca te he llamado
y menos ahora en que espero el otoño
sentado entre pardas bancas de marzo.
¿Pero qué sabes tú de las cosas?
Nada te puedo explicar.
Si te he amado y poseído entre las noches
ha sido porque tú me lo pedías
y porque venías hacia mí, no te buscaba.

Sí, lo sé, no me lo digas,
yo accedí blandamente a tus llamados
y entre tus manos era un títere
ridículo y viejo
sumergido en las montañas y en los mares.
Nunca te he buscado, poesía,
ya no te busco,
te siento ahora en mi garganta.

Ya no puedo librarme de ti,
y no es que esto me haga llorar,
ay,
pero sucede que te vuelves excluyente
y ya no puedo poseer a la noche ni a la luna,
ya no puedo poseer a los ríos ni a los mares
como los poseía de niño:
acariciándolos y dejándolos partir.

Hoy los retienes entre tus finas manos,
y cada noche

y cada luna,
y cada río,
y cada monte,
es diferente al que grabaste en los árboles,
diferente al que escribiste,
diferente al que ahora imaginamos.

Y es así cómo llenas centenares
de páginas sobre el invierno,
o sobre la primavera,
o contra el verano
o a favor del otoño.

Y siempre repito los mismos mares,
los mismos ríos, las noches,
pero que nunca son iguales para mí.
(Para otros pueden ser idénticos
las lunas o las noches,
o los días del otoño y del verano).

En estos días, por ejemplo,
nos hemos sentado calladamente
a cantar el advenimiento del otoño.

Y qué se va a hacer,
el canto ya está escrito
y no puedo ahogarlo ni destruirlo,
porque contra ti, poesía, nada puedo,
porque contra ti nunca he podido,
porque contra ti nunca podré.

Viajes por los bosques perdidos

Quise penetrar en los bosques y allí encontré asilo para mi soledad. Luego de caminar días enteros entre árboles y árboles, llegué a la explanada que se junta con el río y ahí me eché a vivir por un tiempo.

Todas las mañanas, temprano, cortaba leña para calentar mi cuarto. Yo lo había levantado con mis manos. (Fue mi primera experiencia, todavía recuerdo cómo temblaba el débil techo con la inmensa lluvia de invierno). Yo tenía conmigo algunos libros que repasaba de noche junto a mi pequeña lámpara. (Mi antigua gramática inglesa, Keats, Thomas, Fray Luis).

¡Era hermoso dormirse y no pensar en nada, y despertar con el canto de los pájaros, y sentarse al mediodía junto al río, a pescar y a saltar entre las piedras!

¡En las tardes, a eso de las cinco, sentábame a tocar mi rondín y a escribir con mi cuchillo en la corteza de los árboles!

¡Vivir con las estaciones, cada estación algo diferente, mucha luz en primavera, y muchos peces en verano, y muchas hojas en otoño, y mucho frío en invierno junto al fuego!

Yo ya estaba totalmente acostumbrado. Una golondrina cayó enferma cerca de mi cabaña. Yo la curé, la alimenté tres días seguidos y la dejé partir. Otra vez me interné en el bosque durante cuatro días y no supe cómo volver. Otra caí enfermo y la fiebre me persiguió infatigablemente ocho meses. Mi pelo y mi escasa barba anunciaban dos años de reposo y de castigo.

Pero una tarde, no sé cómo, me hallaron en los bosques. Y tuve que regresar a la ciudad.

Viaje por las calles

Hay calles hermosas como cántaros de agua. (Hay que saber pesarlas, hay que saberles extraer toda el agua que llevan consigo).

Ultimamente he estado caminando por ellas. Todas son iguales y aún recuerdo, (¡oh!, cómo se me parecen) la calle sin árboles de mi casa, y la pequeña calle sin salida de Barranco, y aquella otra calle, ascendente, de Chauvinillo.

Luego de este viaje inútil, a veces, me entran ganas de empezar otra vez. Aún quedan otras calles por conocer, mis pies no han tocado todas las calles del mundo. Días hay en que se me acumulan los deseos, y anhelo partir, dejar todo abandonado y seguir caminando. Pero me debo decir: ¡aguarda! Otras calles vendrán. Alguna hermosa calle de Venecia, otra más bella aún en Londres, o en Sidney, o en Yungay, o en el barrio donde vivo.

Pero cuando diariamente regreso a la calle de mi casa, me digo que el tiempo de partir definitivamente ya debe acercarse. Estas tristes veredas me son insuficientes y aún no he acabado de romper todos los cántaros del mundo.

Krishna o los deseos

A C.B., interminable amigo.

Keshava, ¿con qué objeto mataría a los míos? No deseo la victoria, los reinos ni los placeres.

BHAGAVAD-GITA I,31

I

No deseo la victoria.

La victoria es siempre pasajera,
no queda después sino la muerte,
el regocijo, el gozo falso de la vida:
una hierba caída sobre el hombro,
un refugio que aguarda su retorno,
un escondido llanto después de la
batalla y la victoria.

Un vaso palpitante,
un cuerpo en perpetuo movimiento,
un cenicero vacío eternamente
son más efímeros que la victoria,
efímera y vana, cansada y agotante.

Difícil es remar a remo suelto,
difícil llenar el vaso lleno,
difícil cambiar el tiempo ajeno.

No deseo la victoria ni la muerte,
no deseo la derrota ni la vida,
sólo deseo el árbol y su sombra,
la vida con su muerte.

II

No deseo los reinos.

Un reino es siempre mensurable:

tantos metros y distancias,

tantos bueyes y caballos lo

separan de otros reinos pasajeros.

No deseo ningún reino:

mi único reino es mi corazón cantando;

es mi corazón hablando,

mi único reino es mi corazón llorando,

es mi corazón mojado:

mi reino es mi seco corazón (ya lo dije)

mi corazón es el único reino

indivisible,

el único reino que nunca nos traiciona,

mi reino y mi corazón,

(ya tengo el corazón)

no deseo los reinos si tengo mi pecho y mi garganta

no deseo los valles ni los reinos.

III

No deseo los placeres.

No existe el placer sino la duda,

no existe el placer sino la muerte,

no existe el placer sino la vida.

(El mar lavará mi espíritu en las arenas,

lo lava todos los días en el recuerdo,

lo ha lavado con palabras,

el mar no es un placer sino una vida).

El mar es el reino de la soledad y el naufragio.

IV

No deseo sino la vida,
no deseo sino la muerte.

V

Descansar en el valle
que baña el río todas las tardes,
en las arenas que cubre el mar
todas las noches,
en el viento que sopla en los ojos,
en la vida que alienta ya sin fuego,
en la muerte que respira el aire lleno,
en mi corazón que vive y muere diariamente.

La vida escandalosa de César Moro

- O.— Si llegaran dos personas y ocuparan el diván sin decir palabra.*
- M.— No volvería a comer pan los domingos.*
- O.— Si el agua se decidiera a salir del vaso que la contiene.*
- M.— Qué delicia matar sin descanso todos los niños nacidos en el mes de noviembre.*

CÉSAR MORO, JUEGO SURREALISTA

He querido decir unas breves palabras sobre César Moro, pues hoy lo he imaginado un señor alto con sombrero y ha pasado sobre mi almohada ensuciándola con su aliento.

Cuando anoche lo vi caminar sobre mi cabeza, sentí que su sombrero caía. Al agacharse a recogerlo lo he mirado a los ojos y he visto que no tenía ojos y me miraba con ellos. Sentí un odio y una compasión tan grande por él que lo podría explicar muy fácilmente.

Al instante lo he insultado y le he dicho que tuviera más cuidado la próxima vez de no dejar caer su bastón.

Su bastón me ha golpeado la cabeza. Me ha vuelto a mirar y ha dicho:

“Dispérsame en la lluvia o en la humareda de los torrentes
que pasan

Al margen de la noche en que nos vemos tras el correr de
las nubes

Que se muestran a los ojos de los amantes que salen

De sus poderosos castillos de torres de sangre y de hielo...”

Lo he visto luego montar en un elefante blanco, llevándose en sus ojos una visión de pianos apolillados cayendo en ruinas. Me ha mirado (sin ojos) dentro de su animal y no ha vuelto a decir nada.

He abierto un libro en que dice:

“Corro en el peinado de tranvía aéreo de los hipocampos relapsos y homicidas transitando la terraza sublime de las apariciones en el bosque solemne carnívoro y bituminoso...”

Resuelto estoy a no volver a abrir ese libro. Ha de quedar cubierto de nidos de arañas y polvo.

El bosque viviente de César Moro se llenará de lluvia luminosa de verano. La aves blancas y sus elefantes, sus pianos y sus tigres hermosos se elevarán sobre lo nunca dicho. Los leones (varios de ellos) al crepúsculo lamerán la corteza rugosa de la tortuga ecuestre.

“los árboles vuelan a ser semillas y el bosque desaparece miríadas de insectos ahora en libertad ensordecen el aire al paso de los dos más hermosos tigres del mundo...”

Ha vuelto a pasar sobre mi cabeza César Moro y ha vuelto a dejar caer su sombrero.

Ni su tortuga ni su elefante lo esperaban.

No tenía ni bosque, ni árboles que volaran a ser semillas, ni veía pasar a los dos tigres más hermosos del mundo.

Me he sobresaltado dos veces en mi cama.

Ya no era alto como la primera vez, ni tenía ya sombrero.

He corrido a traer la franela para limpiar el libro olvidado y he pedido por favor que aquel hombre me esperara. Lo he

abierto, y he leído delante de él, del bosque, de los elefantes, de las tortugas, del zoológico con los leones y las semillas, con las axilas y el alcohol lentamente, con el alcohol y las piernas blancas y rojas envolventes:

“El río que corona tu aparición terrestre saliendo de madre se precipita furioso como un rayo sobre los vestigios del día falaz hacinamiento de medallas de esponjas de arcabuces un toro alado de significativa alegría muerde el seno o cúpula de un templo que emerge en la luz afrentada del día en medio de las ramas podridas y leves de la hecatombe forestal...”

M.— Si la luz terminara para siempre

O.— El despertar enmudecería humillado

M.— Si este mes fuera largo como un año y esta noche larga como un siglo

O.— No valdría la pena hablar más.

(1959)

Iniciación

Hoy más que nunca quiero ser sencillo
como el río que a veces se detiene.
Quiero ser sencillo
como las hojas que morían al caer
en los parques, en pleno otoño,
(como el agua estancada de Illiers,
como los adoquines de la Plaza Roja).

Quisiera contarles de todo:
he realizado un largo viaje
y estuve en muchas tierras
que nunca había soñado.
Y ahora todos me preguntan
y no sé cómo responderles.
Pero he escrito pequeñas palabras,
insuficientes palabras que aquí dejo.

(De *Poesía Completa*)

Antonio Cisneros

Antonio Cisneros Campoy nació en Lima el año 1942. Periodista, guionista, cronista literario y traductor. Cursó estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Católica entre 1960 y 1962.

Entre las muchas distinciones obtenidas destacan el Premio Nacional de Poesía (1965) y el Premio de Poesía Casa de las Américas (1968).

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Destierro, Lima, Cuadernos del Hontanar, 1961.

David, Lima, El Timonel, 1962.

Comentarios reales, Lima, la Rama Florida y la Biblioteca Universitaria, 1964.

Canto Ceremonial contra un oso hormiguero, La Habana, Casa de las Américas, 1968. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969. Barcelona, Ocnos, 1972. Lima, Ruray, 1982.

Agua que no has de beber, Barcelona, Carlos Milla Batres Editor, 1972.

Como higuera en un campo de golf, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1972.

El libro de Dios y de los húngaros, Lima, Editorial Libre 1, 1978.

Crónica del Niño Jesús de Chilca, México, Premiá Editores, 1981.

Monólogo de la casta Susana, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1986.

Propios como ajenos. Antología Personal, Lima, Editorial Peisa, 1989.

Por la noche los gatos, Poesía 1961-1986, México, FCE, 1989.

Las inmensas preguntas celestes, Lima, Jaime Campodónico/ Editor, Colección del Sol Blanco, 1992.

Arte Poética 1

1

*Un chanco hincha sus pulmones bajo un gran limonero
mete su trompa entre la Realidad
se come una bola de Caca
eructa
pluajj
un premio*

2

*Un chanco hincha sus pulmones bajo un gran limonero
mete su trompa entre la Realidad
—que es cambiante—
se come una bola de Caca
—dialécticamente es una Caca Nueva—
eructa
—otra instrumentación—
pluajj
otro premio*

3

Un chanco etc.

(De Como higuera en un campo de golf)

Para Raúl Vargas

*Para calmar la duda
que tormentosa crece
acuérdate, Hermelinda,
acuérdate de mí*

"Hermelinda". Vals criollo.

Aquí están escritos mi nacimiento y matrimonio, y el día de la
muerte

del abuelo Cisneros, del abuelo Campoy.

Aquí, escrito el nacimiento del mejor de mis hijos, varón y her-
moso.

Todos los techos y monumentos recuerdan mis batallas contra
el Rey de los Enanos y los perros
celebran con sus usos la memoria de mis
remordimientos.

(Yo también
harto fui con los vinos innobles sin asomo de vergüenza o de
pudor, maestro fui en el Ceremonial de las Frituras).

Oh ciudad
guardada por los cráneos y maneras de los reyes que fueron
los más torpes —y feos— de su tiempo.

Qué se perdió o ganó entre estas aguas.
Trato de recordar los nombres de los Héroes, de los Grandes
Traidores.

Acuérdate, Hermelinda, acuérdate de mí.

Las mañanas son un poco más frías,
pero nunca tendrás la certeza de una nueva estación
—hace casi tres siglos se talaron los bosques y los pastos
fueron muertos por fuego.

El mar está muy cerca,

Hermelinda,
pero nunca tendrás la certeza de sus aguas
revueltas, su presencia
habrás de conocerla en el óxido de todas las ventanas,
en los mástiles rotos,
en las ruedas inmóviles,
en el aire color rojo-ladrillo.

Y el mar está muy cerca.
El horizonte es blanco y estirado.

Piensa en el mundo
como una media esfera —media naranja, por ejemplo— sobre 4
elefantes,
sobre las 4 columnas de Vulcano.

Y los demás es niebla.
Una corona blanca y peluda te protege del espacio exterior.
Has de ver

4 casas del siglo XIX
9 templos de los siglos XVI, XVII, XVIII.
Por dos soles 50, también, una caverna
donde los nobles obispos y señores —sus esposas, sus hijos—
dejaron el pellejo.

Los franciscanos —según te dirá el guía—
inspirados en algún oratorio de Roma convirtieron
las robustas costillas en dalias, margaritas, no-me-olvides
—acuérdate, Hermelinda— y en arcos florentinos las tibias y los
cráneos.

(Y el bosque de automóviles como un reptil sin sexo y sin espe-
cie conocida
bajo el semáforo rojo).

Hay, además, un río.
Pregunta por el Río, te dirán que ese año se ha secado.
Alaba sus aguas venideras, guárdales fe.
Sobre las colinas de arena
los Bárbaros del Sur y del Oriente han construido
un campamento más grande que toda la ciudad, y tienen otros
dioses.

(Concerta alguna alianza conveniente).

Este aire —te dirán—

tiene la propiedad de tornar rojo y ruinoso cualquier objeto al
más breve contacto.

Así,

tus deseos, tus empresas

serán una aguja oxidada

antes de que terminen de asomar los pelos, la cabeza.

Y esa mutación —acuérdate, Hermelinda— no depende de
ninguna voluntad.

El mar se revuelve en los canales del aire,

el mar se revuelve,

es el aire.

No lo podrás ver.

Mas yo estuve en los muelles de Barranco

escogiendo piedras chatas y redondas para tirar al agua.

Y tuve una muchacha de piernas muy delgadas. Y un oficio.

Y esta memoria —flexible como un puente de barcas— que me
amarra

a las cosas que hice

y a las infinitas cosas que no hice

a mi buena o mala leche, a mis olvidos.

Qué se ganó o perdió

entre estas aguas.

Acuérdate, Hermelinda, acuérdate de mí.

Entre el embarcadero de San Nicolás y este gran mar

*For you my son
I write what we were*

HORACE GREGORY

Queda un poco de sol, crujen los cables y el lomo de las aguas
una y otra vez se bambolea entre las blancas rejas.

En San Nicolás he visto a dos muchachos apretarse contra una
grúa roja.

El viento soplabla y resoplaba desde el Sur como el chillido de
quinientos demonios.

¿Quién me llama? ¿He apagado la luz de la cocina? ¿Qué olvidé
entre mis libros?

Y la respuesta no llega como nunca el palmoteo amable de los
dioses.

Ella era muy delgada y revolvía sus manos bajo la negra chompa
del muchacho.

Mar de San Nicolás, olas de aceite.

Día que me sorprendes muros adentro de Jerusalén y en deuda
con mi hermano:

poco aviso fue el semáforo de Delfos. ¡Oh gran remordimiento!
no acicalé mi casa para el día.

¿Ya rechina la viola de los muertos contra una grúa roja?

Perdóname.

—¿Qué polvo de hierro se arremolina en nuestro corazón?

—Perdóname.

Los muchachos subieron hasta un bosque de latas y encendie-
ron la luz

Y la Osa Mayor era brillante y su peludo rabo colgaba desde el
cielo.

Perdóname.

Yo andaba por los muelles más informe que una medusa muerta.

Y el viento soplaba y resoplaba sobre ti, nuestro recién nacido: cáscara de plátano donde pastan las moscas.

Perdóname.

Después, aullaron las sirenas de San Juan y Acarí, y a las siete nos hicimos a la mar.

Queda un poco de sol, crujen cables y el lomo de las aguas una y otra vez se bambolean entre las blancas rejillas.

Ni un pájaro me sobrevuela, Diego mío, y antes que la noche apriete pienso en ti.

Perdóname, perdónala.

(De Canto ceremonial contra un oso hormiguero)

Crónica de viaje / Crónica de viejo

1

En todas las ciudades obeliscos, leones, gorros frigos por los muertos en guerra de 2 guerras que nunca conocí.

Arcos de triunfo que celebran mi condición de esclavo, de hijo de los hombres comedores de arroz.

Mármoles que aun, alegre idiota, encontré hermosos creciendo entre la nieve. (*Cuántos metros de nieve te han bastado para ser sorprendido, hombre del Sur*).

Arcos de triunfo donde nunca oriné con sabia holgura (ni en las noches de invierno), donde nunca disparé mi ballesta o esculpí algún dibujo obsceno.

2

Y ya voy a decir que no tuve una casa, que mi casa son las viejas maletas arrastradas por trenes y aeropuertos / los estadios, los parques comunales: mi jardín interior.

Y sin embargo, amé todos mis cuartos como aman los castores sus guaridas clavadas en el agua.

Y esos ríos ("que pasan siendo el mismo") nombres cambiaron y lenguas y tejados, pero a la larga y siempre fueron calles donde siempre viví.

(Y allí donde nacieron, murieron mis abuelos y mis hijos nacieron y murieron).

3 (mudanza)

El día de la entrega de las llaves
mi cuarto, mi pan con mantequilla,
mi sólida pirámide
que a los gansos limita
en un ganso salvaje se convierte
y en aguas de la lluvia
mezclándose en las aguas de este mar.
Pago y me voy, o simplemente parto
como parte el otoño cuando empieza el invierno,
como el aire,
como un ladrón cuando las vacas flacas.

4 (lima)

Y yo tengo también una ciudad
Aunque no habite nadie
que teja y que desteja para mí
en estas estaciones de océanos y gigantes.
Ya el concurso
para templar el arco se ha cerrado.
Telémaco no habrá de conocerme
bajo el duro pellejo del pastor.
Más yo he de conocerlo. Y en las calles
alto, caminaré como si hubiese
vencido en el combate a la serpiente,
al puma, a la gorgona,
al soldado más fuerte de ese reino
del gran oso hormiguero.

(De Como higuera en un campo de golf)

Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado

Llueve entre los duraznos y las peras,
las cáscaras brillantes bajo el río
como cascos romanos en sus jabas.
Llueve entre el ronquido de todas las resacas
y las grúas de hierro. El sacerdote
lleva el verde de Adviento y un micrófono.
Ignoro su lenguaje como ignoro
el siglo en que fundaron este templo.
Pero sé que el Señor está en su boca:
para mí las vihuelas, el más gordo becerro,
la túnica más rica, las sandalias,
porque estuve perdido
más que un grano de arena en Punta Negra,
más que el agua de lluvia entre las aguas
del Danubio revuelto.
Porque fui muerto y soy resucitado.

Llueve entre los duraznos y las peras,
frutas de estación cuyos nombres ignoro, pero sé
de su gusto y su aroma, su color
que cambia con los tiempos.
Ignoro las costumbres y el rostro del frutero
—su nombre es un cartel—
pero sé que estas fiestas y la cebada res
lo esperan al final del laberinto
como a todas las aves
cansadas de remar contra los vientos.
Porque fui muerto y soy resucitado,
loado sea el nombre del Señor,
sea el nombre que sea bajo esta lluvia buena.

Oración

Qué duro es, Padre mío, escribir del lado de los vientos,
tan presto como estoy a maldecir y ronco para el canto.
Como hablar del amor, de las colinas blandas de tu Reino,
si habito como un gato en una estaca rodeado por las aguas.
Cómo decirle pelo al pelo
diente al diente
rabo al rabo
y no nombrar la rata.

(De *El libro de Dios y de los húngaros*)

Y antes que el olvido nos

Lo que quiero recordar es una calle. Calle que nombro por no nombrar el tambo de Gabriel y el pampón de los perros y el pozo seco de Clara Vallarino y la higuera del diablo.

Y quiero recordarla antes que se hunda en todas las memorias así como se hundió bajo la arena del gobierno de Odría en el año 50.

Los viejos que jugaban dominó ya no eran ni recuerdo.

Nadie jugaba y nadie se apuraba en esa calle, ni aun los remolinos del terral pesados como piedras.

Ya no había hacia dónde salir ni adónde entrar. La neblina o el sol eran de arena.

Apenas los muchachos y los perros corríamos tras el camión azul del abuelo de Celia.

El camión de agua dulce, con sus cilindros altos de Castrol.

Yo pisé entonces una botella rota. Los muchachos (tal vez) se convirtieron en estatuas de sal.

Los perros (pobres perros) fueron muertos por el guardián de la Urbanizadora.

Y la Urbanizadora tenía unos tractores amarillos y puso los cordeles y nombró como calles las tierras que nosotros no habíamos nombrado.

(También son sólo olvido).

Lo que quiero recordar es una calle. No sé ni para qué.

Entonces en las aguas de Conchán
(Verano 1978)

Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ballena.
Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla. Y era azul.

Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen que hay muchas).

Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y habitan los leones).

Otros dicen que solita brotó como los hongos o las hojas de ruda.

Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador, pobres entre los pobres.

Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena:

Gentes como arenales en arenal.

(Sólo saben del mar cuando está bravo y se huele en el viento).

El viento que revuelve el lomo azul de la ballena muerta.

Islote de aluminio bajo el sol.

La que vino del Norte y del Sur y solita brotó de las corrientes.

La gran ballena muerta.

Las autoridades temen por las aguas: la peste azul entre las playas de Conchán.

La gran ballena muerta.

(Las autoridades protegen la salud del veraneante).

Muy pronto la ballena ha de podrirse como un higo maduro en el verano.

La peste es, por decir, 40 reses pudriéndose en el mar (ó 200 ovejas ó 1000 perros).

Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne muerta.

Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en las malaguas de la arena mojada.

En los arenales de Villa El Salvador las gentes no reposan.

Sabido es por los pobres de los pobres que atrás de las colinas flota una isla de carne aún sin dueño.

Y llegado el crepúsculo —no del océano sino del arenal—
se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del maestro
carnicero.

Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El Salvador.
Y a medianoche luchaban con los pozos donde espuman las
olas.

La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos helados.
Hermosa todavía.

Sea su carne destinada a 10000 bocas.

Sea techo su piel de 100 moradas.

Sea su aceite luz para las noches y todas las frituras del verano.

(De *Crónica del Niño Jesús de Chilca*)

El viaje de Ulises (con Silvana Mangano & Kirk Douglas)

Cuando estamos muy lejos (como ahora) a 20 horas de vuelo o casi 20 días por el mar, te recuerdo bailando sobre ese mostrador iluminado de una playa nocturna.

Sin miedo ni recato, con toda la alegría de las cosas que nombramos eternas.

Hace casi trece años.

Desde entonces nos hemos fatigado (más que muchos) por procurarnos algo de verduras y pescados y un refugio a la hora del zancudo

contra la locura (tediosa) de la calle y la tristeza de los inoportunos.

Amor que es un modelo de constancia (tejes y destejes la chalina de alpaca).

Y no es por la retórica de Homero. También algunas noches (mejor si estamos solos)

son notables nuestros vientres dulcísimos y tensos. Privilegios que suelen más bien darse (si se dan) entre amantes de ocasión y sin futuro.

Entonces cuando te hallas muy lejos (como ahora) no apareces tan sólo en la luz tenue del bar junto a las olas, vuelves también a mi memoria / vibrante como una cierva (herida) tras las cortinas de nuestro dormitorio.

Por eso a la distancia (digamos que rodeo los islotes de Circe) me cuesta recordar esas reyertas entre la madrugada. La fría maldición en el almuerzo.

(De *Monólogo de la casta Susana*)

Una vieja serie de televisión

Si mi hija mayor ordeñara una vaca
y mi hija pequeña ordeñara una cabra
habría leche fresca y fino requesón
todos los días.

Si mi mujer horneara pasteles de maíz
y calabaza y yo cortara leña
en el bosque vecino tendríamos comida
y un buen sol
contra el invierno
que hiela las colinas.

Seríamos felices correteando
detrás de las ovejas remedando
el canto del tordillo
y el zorzal felices celebrando
los sembríos azules
y el salto del salmón.

Si así fueran las cosas mi familia
sería otra familia:
ni más ni menos que la familia Ingalls
y mi casa sería la casita
en la verde pradera.

Y no habría más muertos que los muertos
por dolor de costado
por vejez
o por las pestes
que nos envía Dios.

Un perro negro

Un perro. Un prado.

Un perro negro sobre un gran prado verde.

¿Es posible que en un país como este aún exista un perro negro sobre un gran prado verde?

Un perro negro ni grande ni pequeño ni peludo ni pelado ni manso ni feroz.

Un perro negro común y corriente sobre un prado ordinario.

Un perro. Un prado.

En este país un perro negro sobre un gran prado verde es cosa de maravilla y de rencor.

(De *Las inmensas preguntas celestes*)

Julio Ortega

Julio Ortega Cuentas nació en Casma (Ancash) en 1942. Periodista, ensayista, narrador y profesor universitario, Ortega obtuvo en 1963 el Primer Premio de Poesía y de Cuento en los Juegos Florales de la Universidad Católica. En 1981 obtuvo el grado académico de Bachiller en Humanidades con las tesis "El drama de la comunicación en *Los Ríos Profundos* de José María Arguedas".

Actualmente reside en los Estados Unidos.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

De este reino, Lima, La Rama Florida, 1964.

Tiempo de dos, Lima, Ediciones de la revista *Ciempíes*, 1966.

Las viñas del moro, Lima Editorial Universitaria, 1968.

Rituales, Lima, Mosca Azul Editores, 1976.

Página blanca

*Todo el día las páginas han sido las mismas en el principio
y en el fin.*

*Pero no te lamente de semejante ilusión a la luz del vacío
que cede.*

*Has cerrado esa puerta y la calle muda ahora otro vacío
rotando en la misma promesa.*

Palabras que imponen sus reglas al tiempo.

*Son hechos de un poder que figura su comienzo con los pasos
de su fin.*

*Ficción que tú lees en el vacío que no permite nunca todos sus
nombres.*

(De Rituales)

Arte de combatir a los animales

Porque no iría a ser un hombre racional en el paciente sentido
de la palabra

Porque no iría a desplegar mi imaginación como un pequeño
barco en los ríos fundados con sangre de promesas por un
mundo medido fuera de este mundo

Pero no hallaba en mí sino la creciente respiración de mi cuerpo
cada vez más cerca del gran desierto que había adivinado a
poco del silencio

Tenía sed

Había descubierto que debajo de los sacrificios humanos se
ocultaba un gran temor por la noche

Yo sólo conservaba desprecio por la noche

Yo había reducido la noche a la desesperación de mis manos
que repugnaban todos los objetos adiestrados por el idioma
para ser usados y arrojados en el gran basural de la gratitud

Hubiera podido trabajar en un circo

En el circo en llamas de mi propio ridículo cuando guardaba un
silencio hipócrita en las apaciguantes discusiones de mi tri-
bu

Yo estaba a punto de mostrar mi miembro como un piadoso
exhibicionista en los parques y domingos

Orinaba sobre una ciudad llena de reproches históricos donde
los hombres se ocultaban para vomitar cómodamente

Mientras tanto amaba a una mujer

Practiqué todos los ritos inventados por mi tribu para no hacerme sospechoso de un amor intraducible a la memoria

Pero este amor acrecentaba mi sed

¿Qué podía espera?

Lo esperé todo juro que lo espero todo juro que sólo creo en aquello que no poseemos que siempre no poseemos
Tenía hambre

Sólo esto era una evidencia de que mis manos rechazaban el rostro de un mundo hecho para matarme

Pinté mi bandera de odio en todos los mares donde se padece ausencia

Y renuncié a los honores del sacrificio
Renuncié a creer en voces que no sean de alarma
Porque de este mundo había separado mi desierto

Y en mi desierto hallé a mis hermanos
Y en mi desierto hallé la semejante desnudez que nos ha sellado con el entusiasmo del tiempo que se ordena por los ríos
Oh, yo juro que merecemos vivir

Juro que nos hemos atado con sangre
Que cada hombre muerto por las balas enemigas abría nuestros sueños ampliando el tiempo que habíamos ganado
Porque no iría a ser un hombre embellecido por su habilidad
Porque no iría a ser un hombre cuyo rostro podría exhibirse en los mataderos públicos de los buenos ejemplos disputados por las sectas y los errores fanáticos
Odiaba tanto todas esas habilidades que dividían a mi tribu en batallas que probarían bondad o maldad
Yo me contaba entre el mayor de los fracasos
Era incapaz de una acción digna de elogio en los almacenes de la moral

La moral tiene que ser hecha por todos
Yo buscaba el arte de combatir a los animales
Mi presunción de la política imaginaria porque todo debería ser
soñado nuevamente
Yo sólo creía en aquél que se había quedado solo en el centro
de una realidad que lo maldecía
Porque el mundo se disputaba su muerte con buenas razones
Oh, yo juro que requerimos de semejante medida
Con palabras lo digo
Con el negro entusiasmo del que canta sus flaquezas rescatando
la mayor de sus miserias como el único tesoro común, su
cuerpo
Oh, presunción del entusiasmo
Ansió merecer semejante batalla por las amorosas virtudes
Con palabras lo digo
Porque la belleza es la medida por ausencia
La medida por alarma
La sed del tiempo que viene mordiendo este desierto grito por
grito

(En *Harauí* Nº 14, septiembre, 1968)

Miren con qué grandes letras redondas
escribo vuestros nombres, mis amigos.

Yo y en tercera persona
estoy elogiándome en necio,
en locura lo diré, en locura.

Lo digo en locura que me da pie para hablarme,
con sonrojo mío lo digo,
porque voy a mostrarme débil

porque osos gloriaros, en locura lo diré,
en locura osaré también yo,
nosotros, botellas rosadas en una casa de heno.

Bebe con sed, aliméntate con hambre,
posee con deseo, hasta tu sombra sea veraz,
barrio de bares,
botellas descorchadas en el ruido de la confesión.

Mis amigos, qué años, éstos,
y diré verdad si menciono una apretada orilla.

Una orilla insolente de tierra huidiza,
esto es igualmente veraz,
y no por elogiarme en locura diciéndolo, en locura
evitaré decirlo,

oh muchachos tan pocos locos,
¿cómo fue que vinimos a dar entre libros?

Yo el provinciano
(tengo un diente de oro)

no por incrédulo dejaré de acusarme, no por libarme yo mismo
con mucha fe me alegraría, riendo de esta salud,
como los gatos que marchan trastornados y decididos.

"No cojas no gustes no toques",
te dicen los viejos, "pero todos éstos,
¿no son preceptos y enseñanzas humanas
de cosas que con el uso se consumen?"

Escucha a Saulo, el vigoroso,
con temor y temblor, dijo, trabajad por vuestra salud.
Si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé,
dijo, Dios lo sabe. Pero si en el cuerpo

o fuera de cuerpo no lo sé, los muchachos
sabrán. Oh fiestas y playas,
en el tabaco y largo vocerío de la reunión,
nosotros, insomnes en el sol de las guerrillas
o en la luna de otro país desnudo,
por la conciencia o el temor, así el tiempo
nos usó, "Andad en El" dijo Saulo,
andad en los hombres muchachos, digo
yo, Ortega, conocido en su tierra
por el flaco.

Dolido en locura hablaré.
Tiernos años, tierra, calles rojas del sueño.
Yo os digo, dijo Saulo, que ninguno de nosotros
sólo la nave, perecerá. En la misma tormenta
hablando en locura digo yo que ni nosotros,
ni la nave perecerá. Años de mi país,
lenguas en nuestra hoguera,
nos han matado o confundido

pero no nos matarán ni confundirán.

En locura lo digo, en locura,
porque oso gloriarme en debilidad.

Con celo de fantasía, cazando realidad,
con celo de realidad, alimento de fantasía,
una vez más volveremos
una vez más a matar

amorosamente más allá de los años
allí donde se nos deberá tolerar.

Por última vez haré de loco
y diré que sólo el tiempo perecerá.

(De *Las viñas del moro*)

Comienza el año

Por fin este mundo cede bajo el peso de la nieve que viene vibrante alegrando mi corazón.

Un hombre del Sur obedece a la nieve.

Dos ríos juntan en la noche sus nombres y beben del invierno una vida unánime.

Esa nieve que cae al olvido pudo haber sido más feroz aún.

Yo guardo su inminencia entre dos ríos bajo estas casas separadas del agua por vanas graderías: su violencia, que nos expulsa hablando en voz alta entre el pavor y la pureza.

Que se retire ya ese sol tímido que finge el poder de la memoria mientras cae la tarde.

Y nadie caminará en la nieve.

En la estación tardía del invierno, atroz invierno, irredento, en el humo.

Ahora que vienen las nieves de diciembre yo no soy más un testigo acosado por un precario desenlace.

Soy otro caminando en esta memoria del olvido, lentamente en toda una calle: la soledad que honra a la nieve, su clara piedad.

Magnífica es la nieve que me olvida y me muestra cada uno de mis pasos en su pérdida perfecta.

Yo camino en este sueño de mi vida devorado por el agua que renace.

Este mundo es más antiguo, y yo he ganado su soledad.

Corre el agua por toda la noche, idéntica a sí misma en todo sus nombres, y esta ciudad del Norte desaparece en la fugacidad del agua que me recobra.

Privilegio de un sueño y sus rigores que el mundo concede en su lenguaje hostil y puro, liberando una vez sus calles a la orilla.

Alguna dimensión más real de mis pasos acaso me aguardaría en el abismo de la nieve.

Luego de su mudanza el agua acaso abriría otro mundo y otro lenguaje delataría mi adivinación.

Pero no hay nadie en la nieve, nadie vive en el Norte.

Mi soledad es escasa.

Sólo permite retornar del olvido que libera mis ojos.

Soñar con otro mundo, otros hombres: creer que el tiempo es intacto como el silencio.

He ido y he vuelto entre estos hombres atrapados por el malentendido.

Un hombre del Sur, demasiado visible como todo enemigo.

Mi vida es este aliento ávido, ya sin mí.

Pierdo el pavor de la memoria en el pavor de la nieve licuándose: otro exilio me exalta.

Mi memoria comienza con un hombre muerto a tiros que cae a un río.

Estos años terminan en mi memoria con otro hombre que dispara sobre sí mismo y cae a otro río.

Creer y dejar creer son actos que exaltan a sus cuerpos cayendo siempre, y el agua se reúne en el tiempo con el agua.

Sobre esas torres pavorosas un sol fijo me posee.

Miro la evidencia del agua mudándose, transparencia excesiva: infinitamente esa boca del tiempo.

Yo reúno en mi soledad a esos ríos que derivan.

Les devuelvo su nombre más antiguo: sé que su violencia es su mansedumbre, la añoranza que los dibuja irrevocables.

Indignado, amante, alarmado he ido entre estos hombres humillados por el malentendido.

Yo quise decir que la vida es otra vida.

Todo lo que vi es mi pavor, soy yo mismo temiendo ser excesivo con un sueño que me figura.

Ese pavor sin fe es otra miseria de este mundo, y yo supe que el tiempo y sus hombres me negarían para siempre en la Isla real, sin idioma posible.

Poco y demasiado para una vida al comienzo y al final los ríos.

Delatado por las alarmas reconozco de otro espacio el reclamo: materia solar de los ojos.

Otra ficción, otra. En el rumor de la matanza, a la orilla inconcebible, mi soledad no me pertenece.

Alianza y mudanza del agua: más allá de mis pasos, en la última ribera arde y perpetúa su historia que huye.

Añoranza. Un hombre del Sur rodeado por la agonía del agua se entrega sin razón a un sueño tardío.

En la pureza del olvido el tiempo abre mis ojos: la luz cambia de lugar, al comienzo o al final.

Cae la nieve en el Norte, un hombre del Sur retrocede.

Dos ríos bajan y se devoran: sus nombres y su pavor, el agua como otro día.

Rockaway point

Y bien, Old Master, deja de gritar que el infierno está vacío y que todos los demonios andan aquí,

son actos de este tiempo lo que vi/por los 5 fuegos esta libación dos o tres húngaros estupefactos en el ascensor/y temen más a los latinos, entre tantas sirenas de alarma,

y "hablo un poco de español" dijo el portero, portorriqueño imperfecto,
bajo las luces del infierno, fuente (a tu modo) de energía.

Y yo subí las altas graderías
y bajé las hondas graderías

Siempre el vértigo, un hombre casi irritado a punto de huir.

Plaza de griegos viejos y perros lanudos. Danzaban entre la yerba y las inmediaciones de una mala película en que irán a morir.

Cálida lavanda de la isla. Without any comment, Old Master.

Vi palomas, o creí verlas. Como un gran animal que desplazó su tiempo hacia mí (espectral sin fe) en la noche de mil noches empezaba a llover.

La continuidad de un "espacio genuino": cesa la lluvia en el tiempo como un viejo animal a mis pies.

Nada me dijeron por el mismo amor del que todo teme, apartándome un poco en un fingido idioma. Pero si se tratase de

Cythera yo tendría lugar para un breve inciso de "implicación efectiva".

Lo que vi y lo que no vi son mis propios ojos, algo excesivo para un hombre del Sur: un estudiante caprichoso de la "épica del ego".

Palabras escasas en la calma irritado

y subí las altas graderías
y bajé.

Pero en una era pre-Cristiana con eroici furori el mundo sería la incesante fantasía del intelecto universal a través de nosotros,

sueño que me es dado a cambio de la historiografía: la esfera de una actividad dichosa, en el ámbito de una familia molto gentile, después de tanto un paraje claro/

que son lo que vi y apenas retuve, actos míos, un espacio de luz dura en las mil instrucciones para morir.

Como otro hombre (obligado a elegir) en la Isla real. Sangraban los jóvenes, sucios y bellos en el humo. Cara a cara en el vértigo, después de todo castigo, pocos pasos, con asombro.

Son mis actos, una calle en el incendio, lo que vi. La bestia de la noche y las cuevas de su cielo.

Las alarmas la ausencia de las alarmas las próximas alarmas

y baje

Pero no, del viejo infierno me recobra aquí
no la "respuesta a tu medida",

por un sueño
y de otro

la alternancia: un discurso

/separando las aguas/amada línea/

mi Ciudad crece allí

La mirada detiene ese espacio iluminado

nombre del día, los dedos de la Isla aferran esta costa

pero nuestra sed es otra.

(De *Rituales*)

Embarcadero del Sur

:A la mesita del bar (en el muelle
de luz llena) y
bajo la brisa apremiada.

Una gaviota se para en el farol:
blanca, el ojo húmedo.

Nítida costa
al verdor montañoso
(la playa baja, limpia y sola)
:en tus ojos brilla
instantánea.

Tiempo que se posa
y reposa bajo el cielo enrojecido.

Pájaro de paso y
sin pasado.

(en *Lienzo*, N^o 12, diciembre 1991)

Marco Martos

Marco Martos Carrera nació en Piura el año 1942. Periodista, crítico literario y profesor universitario, Martos estudió en la Facultad de Letras de la Universidad Católica entre 1959 y 1962.

Premio Nacional de Poesía en 1969.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Casa nuestra, Lima, Ediciones de la Rama Florida y Biblioteca Universitaria, 1965.

Cuaderno de quejas y contentamientos, Lima, Carlos Milla Batres Editor, 1969.

Donde no se ama, Lima, Carlos Milla Batres Editor, 1974.

Carpe diem, Lima, Editorial Harauí, 1979.

Carpe diem/ El silbo de los aires amorosos, Lima, Industrial gráfica, 1981

Cabellera de Berenice. Chevelure de Bérénice, (Edición bilingüe por Roland Forgues y Modesta Suárez), Grenoble, Centre d'Etudes et de Recherches Péruviennes et Andines, Université Stendhal, 1990.

Muestra de arte rupestre, Lima, Instituto Nacional de Cultura, Colección "Las Voces", 1990.

Cabellera de Berenice, Trujillo, Colección Homenaje al Centenario de César Vallejo, Municipalidad Provincial de Trujillo, 1992.

Contra Critias

*Cojo la pluma y digo
lo que me viene a la lengua
lo que siento de adentro
lo que nadie me dicta
Cojo la pluma y digo
radiografía daltónico
o lo que me da la gana
Cojo la pluma y digo digo
y me río de los que piensan
que debí decir otras palabras
De mí también se ríen
pero algo hay que hacer
para evitar el suicidio
la muerte de mi mesa
mi pluma colgada*

Diccionario de calamidades

Diferente a todos
es mi diccionario de calamidades:
estiércol me suena a campo,
a cielo despejado en la noche sin estrellas.
Y nada interrumpe
la placidez del viaje acabado
cuando con los ojos cerrados
dejo vagar mi mano
junto al aire amoroso
de una muchacha tendida.
Huele a estiércol.
Huele a campo.
Es la vida.
Digo náuseas y pienso
en ganas de arrojar
y no en pueblos pudibundos
después de una guerra perdida.
(Tienen náusea los combatientes
esperando a un Dios o a un hombre
que impasible mueve sus fichas).
Curioso sentido
tiene la palabra pecado:
nada significa a fin de cuentas.
Digo pecado
y pienso más de dos veces.

Poema

No es la hora de Rimbaud, no es su hora.
Busquemos lo maravilloso
dando vueltas alrededor de lo concreto:
las piedras calcinadas pisemos:
una mesa es una mesa,
una alta torre, si es iglesia, tiene campanario,
las naranjas amarillean en los naranjales
y un olmo no da peras,
salvo en los sueños de misticismo erróneo.
Rimbaud sí era un místico;
hermosísimo su camino,
árbol de triunfo silente su pereza,
árbol también su voluntad.
¡Qué manera de volar!
¡Y cómo rampan ahora tras su huella!
Tan diminutos son, que el gusano
amplio tórax tiene, poderoso es, veloz ciempiés.
Uno que otro individuo se empina sobre la sombra,
y en la punta del sueño y la locura,
por seguir a Rimbaud,
es rápidamente fusilado.
Claro, eso no debe asustarnos,
pero otro es el camino.
Definitivamente otro.

Poema

No hables de Serpiente, no hables,
o habla despacito, casi balbuceando,
habla para adentro y olvida cuando me hables,
cuando me hables de Serpiente,
esté mi atención dormida,
despierta al otro lado del sueño,
viviendo una verdad más cierta y perdurable,
y un instante de amor
hasta el infinito prolongado,
un instante entonces baste,
para que nada puedan contra nosotros
maleficios, conjuros, serpientes, violines quemados.

Muestra de arte rupestre

Lo sono stanco.

¿Para esto matrimonio?

Mis hijos viven en una jaula de locos,
rodeados de extraños, agrupados
vagamente con el nombre de parientes.

En el pequeño jardín

nadie sabe de quién son los pañales,
de quién las camisas, de quién el aire.

Si me descuido

me cambian un hijo por otro.

¿A quién echarle la culpa?

¿A la matrona en esencia bondadosa?

¿A mi mujer, plena de amor y desde hace años
embruja por un verso que me costó
noches en vela?

¿A mí mismo de tristes oficios?

Mi sueldo (y el tuyo lector),
no alcanza.

Muchos miran con envidia estos ingresos.

Y hay en este Perú varios millones peor que nosotros.

¡Quiero una casa! Sueño

Engels, de profeta, opinaba que aquí,
con este sistema, no hay solución al asunto.

Con rabia y sin vergüenza,
sobre las páginas de Engels,
salen con duelo mis lágrimas corriendo.

Quiero una casa. Sueño, lo sono stanco.

Maldigo. Yo soy el muerto en vida.

El que hace reglamentos.

Monólogo de Humareda

Ese día ondeaba la svástica en el Arco del Triunfo.
Rue de Londres dije al taxista.
Callado / comiendo bigote / apretó el acelerador /
perucha / ¿por qué no hablas? / dijo cuando llegamos.
Era porteño el puta / ¿qué iba a saberlo?
Pero después no quiso hablar
porque los taxistas hablan mientras conducen.

Qué pena ver la svástica en el Arco del Triunfo,
esas mujeres tan hermosas en la calle,
tan lindas que provocaba pellizcarlas,
sentirlas vivas, besuquearlas lentamente,
esas francesas que lloraban cuando la svástica,
me revolvían el pelo como a un crío,
sube, se me subía la sangre al caletre,
y heme allí, me llamo Víctor Humareda,
te lo juro hermanito, con sombrero
de hongo en plena torre de Babel.
Combien madame? Combien Madame?

Payaso triste ¿no? Así era en esos años.
Ayer no más, no aquicito, sino otro ayer,
en afán de darme a una madame de mi vecindad,
de la Parada, farfullé algo, me salió mal:
el comprador dijo, *esa mujer tiene las piernas
muy largas- te falta vida-usa color-ese amarillo
esa pura bilis revuelta de entusiasmo-enfángate Víctor-
tú sabes-*

y como sé, le dije que no.

Piernas largas tenían las mujeres del París del 900
que no vi, así eran los hombres del affaire Dreyfus,
con barba me los imagino ahora, Marcel Proust

saliendo de su cuarto forrado de corcho,
así era, como un rayo de luz
en la puerta del infierno.
Cerveza-can-can-can-can-cerveza.
Y luego Modigliani. Y antes esos aviones
que parecían llegar a las estrellas,
no como ahora que sabemos que no llegan.
Perdón, y luego Modigliani. No era un pintor.
Cuellos largos: manos de poeta.
¿Qué estoy hablando hermano?

Dame
un jugo de naranja, pero con agua tibia
como para té.

 Mi corazón está bueno,
mi corazón está bueno, pero algo no resiste,
búscame mis pinceles, tengo que pintar
una svástica en el Arco del Triunfo,
unas mujeres llorando, las botas otra vez
venciendo, tengo que pintar, aquí un taxista
argentino, unas mujeres de piernas
largas, un petimetre de ojos de fuego,
un Humareda tomando café.

en los oscuros festejos.

Mira cómo baila el gordo Manuel,
mira cómo quema el gordo Oswaldo,

mira cómo quema mis pobres poemas:
no te duermas, naranjita, no te duermas,
mírala qué linda viene mírala qué linda va
la revolución cubana que no da un paso atrás,
y si pasas por palacio y si ves al cardenal,
me le dices que hoy no ponga bomba,
porque si lo cogemo, lo vamo a fusilá,
mare mare mare está cantando,
más vale morir de pie que vivir de rodillas,

ay, Carmela,

mira cómo quema el gordo Oswaldo,
mira cómo quema mis pobres poemas,
baila, baila, abre los ojos, no te duermas
cuando conmigo bailas,
contéstame cuando te hable,

contéstame,

despiértate naranjita,

mira cadáveres de muchachas deslizándose suavemente
por el Leteo,

vámonos lejos, oh musa,
canta la cólera del Périda Aquileo,

cólera

que precipitó en el Hades a numerosos héroes,
Odiseo fecundo en ardides,

tente y haz que termine
esta lucha,

este combate igualmente funesto para todos.

Vámonos a sembrar a las montañas,
vamos a sembrar trigo vamos a separar la cizaña,
atos y garabatos, vámonos,

este aire no me gusta,
que no me gusta,
que no me gusta,
que no quiero ver la falta de carne

en mi mesa,
no, que no quiero ver,
el pescado está podrido,
este agua contiene tifus,
se me muere mi niña,
se me muere,

vámonos a la ciudad,
a la gran ciudad,
vámonos a la jungla de cemento,

vámonos cuervo, vámonos,
no mires allí,
no mires,
ven temprano, bendice a tus semejantes, alquila casa,
alquila comida, alquila luz, agua, baja policía,
alquila medicinas, consultas, ropas ¿sabes que ahora
alquilan ropa? a plazos ¿te imaginas? paga lavadora,
paga a Sears, paga pasajes, periódicos, paga imprevistos.
Un beso tuyo no me cuesta nada, si pago todo.
Los que nunca se darán cuenta de nada,
los animalitos

que coleccionan diplomas
para tener donde caerse muertos,
las buenas gentes
de la tierra
te tienen en un marco,
en lo más alto
de la sala.

Como buena gente de la tierra
te tengo en lo más alto

de la sala,
te he dibujado en aluminio,
para que no te herrumbres.
para que siempre seas hermosa,
para que cuando te mire seas hermosa
como en el primer instante cuando te vi
caminando.

Correspondencias

Mientras el cuerpo se descompone,
se mantiene, pero se descompone,
el corazón, que es el centro donde la vida más falla,
el corazón, esa bombita hermosa, se descompone,
y mientras se descompone el corazón,
por instinto simple de supervivencia
se va tornando piedra y no se descompone.
De este modo, entre las muchas piedras que guardo
y que recogí con Rocío en la playa,
la más piedra de todas es la que se descompone,
la que llevo a todas partes mientras viva
y que tal vez me fue dada por mis padres
cuando tuvieron a bien quererse.
Y se descompone y no se descompone.

(De *Muestra de arte rupestre*)

Ultima hora de Abderramán III

(Córdoba, año 961)

Muere el sol en la mezquita de Córdoba
y nace la noche en mi corazón. Y nunca más.
Mañana el astro volverá a su rito
y no habrá corazón en la oscuridad definitiva.
Astrolabios, relojes de arena, arrugas de mi rostro,
calendario del Nilo, memoria de los creyentes,
soldados de mi espada, todos saben
y comentan cómo han goteado
cincuenta años de emirato y califato.
Tesoros, honores, placeres,
todo lo he tenido, todo
lo he desperdigado.
Mis rivales, los más grandes,
me estiman, me temen, me envidian,
besan protocolariamente el suelo sagrado
y suben arrastrándose hasta mi trono.
Todo aquello que los hombres desean
me ha sido donado por el cielo.
La noche viene. Ya cantan los pájaros.
En este tiempo largo de aparente
contentamiento he guerreado en Toledo,
en Mérida, en Zaragoza, he vencido
en todas las batallas, todas
las perfidias del reino las he dominado.
Las más hermosas mujeres de al-Andalus
me han sonreído en mi lecho, cada alborada.
La noche viene. Ya callan los pájaros.
Antes de irme quiero contar
los días en que fui feliz. Mi memoria
escudriña el pasado: sólo son catorce.
Creyentes, mortales, aprecien conmigo
la grandeza de mundo y de la vida.
La noche llega. Me llamaba Abderramán III.
Esta es mi última palabra.

Retablo

En un tiempo viví en Ayacucho,
rincón de muertos que lo llaman.
Salí de allí, por azar, en 1970,
diez años antes del comienzo
de la hecatombe.

Vi la miseria con mis propios ojos
en el Parque Sucre, San Juan Bautista,
Acuchimay, en el mercado,
y penetrando por las rendijas
a las mismas casas de los ricos,
mendigando. Algunos
de mis conocidos de esos años
están muertos o en prisión
o andan por el mundo
como Kamikazes locos
matando y dejándose matar
por los soldados.

No hablo de los jefes. De ellos no hablo.
Conocí un niño que murió
en la isla El Fronton en 1986, siendo hombre,
con trescientos de los suyos, asesinado.

Tuve un amigo periodista
que fue a Ayacucho en 1983
en misión de servicio y junto
con siete compañeros,
en Uchuraccay, murió asesinado.

Pero los hombres de la costa cuando mueren
tienen un nombre, una lápida,
recuerdos, flores: los campesinos
cuando mueren son números asesinados.
Pienso también en los soldados
que los llevan desde tan lejos

(Saposoa, Iquitos, Tumbes)
hasta Ayacucho a morir baleando,
No me hables de la música de Huamanga,
ni de la tersa piel de sus mujeres,
ni del cielo lapizlázuli.
Ayacucho es la sombra de la muerte,
una escalera interminable de cadáveres,
la muerte misma trepando hasta mi corazón
que vive todo el tiempo agonizando.

(De *Cabellera de Berenice*)

Mirko Lauer

Miroslav Lauer Holoubeck nació en Zatec (Checoslovaquia) el año 1947. Periodista, ensayista, novelista, editor y traductor, Lauer obtuvo el grado académico de Bachiller en Humanidades con la tesis "Un ensayo sobre la obra poética de Martín Adán" en 1972.

Segundo Premio de Poesía en los Juegos Florales de la Universidad Católica en 1966.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

En los cínicos brazos, Lima, La Rama Florida, 1966.

Ciudad de Lima, Lima, Carlos Milla Batres Editor, 1968.

Santa Rosita y el péndulo proliferante, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1972.

Bajo continuo, Lima, Mosca Azul Editores, 1978.

Los asesinos de la última hora, Lima, Mosca Azul Editores, 1978.

Sobre vivir, Lima, Hueso Húmero Editores, 1986.

Recitativo

*Dedicado a "leer libros antiguos con el corazón vacío",
entre párrafos que bajan marrones & crespos, ¿qué cantar?
¿Quién puede estar orgulloso de sus propios poemas? Sólo el
bando enemigo,
sólo el bando enemigo podría lanzarme a esa tentación.*

*Desiertas palabras/ plazas públicas, sinuosos versos/pala-
cios,
poemas amoblados como una habitación,
silencios & necesidades ahuyentan a la visita
o prolongan la reunión hasta el ridículo.*

*Salomé de Wilde, por ejemplo, qué conciliábulo indecente.
La cabeza degollada libre al viento, ahíta de hablar sobre los
pobres
en lugar de a los pobres, no logra apartar la mirada del fa-
buloso cuerpo de la sierpe
& mirar el propio cuerpo, el cuerpo social, el cuerpo trunco.*

*Sobre el invierno del ojo astigmático los textos bajan turbios
& yo envidio a los músicos básicos, guitarras & charangos en
el aire.
Pues lo dijo Platón & cosa es de cajón: "La poesía no es buena
para la salud,
Bailar es mejor para la juventud".*

*& el verboso cráneo con su abolladura, sobre la bandeja
despostillada,
que pensó disolver el mundo como una quimera anti-bataclana
& dos gorgonas,
ayudó a fijarlo en realidad, como una caríatide & seis medu-
sas,
con el buen soneto, la hermosa tela, por encima de los gritos
otorgando, del fondo del alma herida el consuelo inagota-
ble.*

(De Bajo continuo)

Jack Kerouac

Jack Kerouac: yo me identifico contigo de
mi propia y cobarde manera.
De mi manera inteligente.
Todavía sigo tus vistas y sonidos desde mi ventana.
Solo pronuncio descanso al pie de mi cama.
Hago pasos de hormiga al despertarme y pienso:
qué bueno el poder invitarte un desayuno
pues mis hermanos duermen, y en mi familia
nadie vive del Metrecal.
Espera para que veas,
ya te encontraré en algún pueblo.
Espérame viejo bastardo.

(En *Haravi* Nº 5, noviembre 1965)

Leit Motiv: ¡Oh Gran Ciudad de Lima!

Y todo tiene que ver con todo: el débil
con su debilidad y el fuerte con su propia fuerza
responderán y darán explicaciones.

Y ojos atormentados de los sedentarios,
ojos atormentados de los propietarios,
y un son de mimbral crepitando bajo vuestros hogares,
olor de carburo ardiendo en silencio bajo vuestros cuerpos.
¿Es éste el año del Señor?

Una mujer flagelada por el diablo es vuestra patrona
buscando entre el huerto las más purulentas espinas:
los conquistadores una vez más llegando en sus barcos, hasta la
Plaza de Armas;
una víspera solemne, un justo castigo,
el mar avanza y los montes se retiran al paso de las aguas.

Es el Anno Domini de mil quinientos no sé cuántos:
lluvia tardía de dioses y leyendas.
Pero seguramente ese no era el año del Señor 1968,
y veía cosas esa pobre masoquista

sumida en religión y oscuridad
y nuestra extraña nostalgia por el pasado,
nuestro desajuste de los sentimientos con la realidad
en esta ciudad que es un refugio de la nigromancia,
donde un débil murmullo comunica lo justo con lo injusto.
Pero mi ciudad prospera bajo el ala extendida de los gallinazos,
y todo tiene que ver con todo: el ciego
con la oscuridad y el tonto con la certeza,
y esta ciudad responderá seguramente por sus apocalípticas
bestias: del 1808 al 1824 Guerras de la Burguesía, 1825
reparto de la tierra con sus hombres y sus animales,
en el intermedio
—negra ciudad refugio del oscurantismo—
no hay año memorable
en que admirar las calles, buscar un reflejo de los tiempos.

Conquistadores

Rumor de las olas,

viento del norte desencadenado sobre la penumbra
voces sin forma de los guacamayos
corazón de la juventud dispuesto en forma de ave sobre
las arenas

olor a peces muertos
hermoso color de peces muertos que nos llega desde las afueras.
La noche es hermosa y hay extraños personajes que asolan
nuestra costas,
raros hombres de rostro encontrado y mirada perdida en el
vacío.

¡Papá papá!

Tienen el cuerpo como una manta papá, rayado de marrón y
negro
como la sangre seca y el cuerpo carbonizado de los
combatientes.

Y desgraciadamente no hay un orden real sobre nuestras
cabezas en esta maldita edad
todo se confunde:

las nubes y las moscas y viejos globos aerostáticos que son el
inconsciente

¡Pero papá papá!

Los hombres jalonean las piernas
y dejan una marca profunda sobre los fugitivos.
¡Papá papá!

Pero un ancla terrible giró sobre los altos techos del templo,
un silbido horrible,
una monótona música bajando y bajando de los barcos como un
reguero de pavor,

hacia los tambos
la noche se cierra sobre las hazañas bélicas y los nuevos
desposorios.

Ah rumor de las olas,
corazón de la juventud literalmente dispuesto en forma de
colgajo, sobre las arenas,
hombres vencidos hasta el cansancio, hombres tumbados por el
sueño.

Y los amantes desaparecen sin dejar rastro sobre nuestra espina,
los ausentes se agotan por sus más separadas dimensiones.

Y silenciosamente los pequeños dioses se han retractado de sus
promesas,

han permitido a una brújula de marino borracho medir
la noche,

han hecho mercancía de los protegidos.

¡Papá papá!

Pero los conquistadores han traído a la viuda negra a vivir entre
sus muros,

y la conciencia de la esclavitud se diluye entre las graderías:

Plaza Mayor

¡Oh Gran Ciudad de Lima!

la gente ha olvidado las antiguas hazañas de los
conquistadores.

¿Y Para quién canta la historia como dos remolinos de gan-
grena?

¿Para quién cantan los tiempos como un eunuco blanco de
los coros?

¿Para quién una pira de hombres a la caída de la tarde?

¿Para quién un jardín de begonias con estatuaria al fondo?

¡Ah rumor de las olas!

Hostilizado corazón de la juventud, la historia se repite
hasta el absurdo.

(De *Ciudad de Lima*)

Oigo un ejército entero cargando contra la tierra, escucho el estrépito de la puerta pantográfica a la que nadie debe aproximarse, y que abre al cerrar. Chirria la brillante sombra de oro de su bronce amablemente aleado y elocuente, glorioso en la concisión de su advertencia, en su urdimbre de cobre, sus alquímicos rojos, sus concertadísimos rombos que se adelantan hacia mi corazón como la pinza rapaz hacia lo suyo.

Así lo escucho, plateado y bronceo al mismo tiempo, así lo siento marchar sobre un húmedo espejo en el que sus botas se hunden, arrastrando sus pies inflados por una gloria escueta y sin martirio, bajo piernas que avanzan, concentradas también ellas en su ejercicio, en su trabajoso rumor de ejercicio parabólico. Oigo los complejos haces de palmeras rociando mi corazón con un sentido incomprensible.

Y más allá de la puerta y su negociable cerrazón tropical escucho los extraños libros de mi vida, hechos de aire u hoja perturbada, y la sombra desigual que los volúmenes proyectan al razonar

contra la vespertina luz sus lomos: hay escuelas enemigas entrelazadas que se entregan a un anónimo tercero, como dragón y fénix son tomados por un mismo animal en la confusión y su paroxismo estéril.

La danza de ese ejército es inmóvil, no hay forma de detenerla, ni cómo acallar la silenciosa mantra, el silogismo que es incuestionable, ya que no hay forma de resolverlo, ni deseos. Vertiginosamente, ya no baila la idea de la noche blandamente blandida entre sus femorales, y detrás los prisioneros guillotinado, los tambaleos finales, los aromas deletéreos de un espeluznante tifón de piñas y papayas tropicales

que da, otra vez, palmeras en el crepúsculo. Bailarinas de perfección anal, inquietas pirámides de frutas sin fruteros, tocadas y arrancadas, ya lejos de mí la pluma verde del loro y negra de la golondrina, ónix y jade, salen del mar y me hacen un Wallace Stevens en la memoria: y entonces queda claro que no es por la razón que somos felices o infelices, sino por estos desordenados batallones, hidalgos locos de penachos tornasolados:

las palmeras son inmóviles crustáceos que llevan en la mano el naípe verde, oscuras, ágatas, contra el cielo de un nacarado bronce de escupidera, contra el cielo de noche en que la escucho y advierto su parálisis, su respiración artificial en la que duermo olvidado para siempre, suspenso

con el ovario adolorido de un filósofo en su día veinticinco, en el vértigo del desconocimiento (oh mi cimiento y mi conocimiento). Así a esta noche flébil aúllo un grito de batalla: sus cabelleras se agitan en mi retina como géysers verdes, con su cebrado raptó de torrente. Me orino de tanta soledad y huelo, mi infancia en su frondosa malla pública, mi cruce del Ganges por aposentos que nunca fueron míos. Un ejército siempre me amenaza con la retirada, y permanece entre la sombra para oirme gemir, y aceza sobre mi pecho como sobre un parque.

Te esperé allí donde quedamos en encontrarnos. Temblamos como dos hojas de balsa presas en el cielo. Yo tan borracho de dolor que el mundo cesó de pronto el giro. Tan sobria tú que luego viste caer a las estrellas. No era posible estar así por siempre suspendidos, y yo caí otra vez sobre el lugar exacto, y ya tus ojos perdían su color cuando toqué mi fondo entre las olas.

De vuelta en la superficie ya simplemente no había poema de amor: la fiesta se había desplazado hacia la sombra. Allí reinó por un largo instante un balarín estrafalario. Tú lo sabías, pero no pudiste reconocerlo; yo lo ignoraba y lo reconocí (acaso no en ese orden). Era mundano pretender otros pasos bajo aquella luna, y así llegamos, en un deslizamiento, hacia el círculo exterior.

Nos repartieron máscaras, y pudimos ser reconocidos. Pero yo no quise ser aquel instante en que me había convertido, y algo inusual pasó con la dulzura cuando volvieron palabras a las bocas. Hacía rato que había comenzado mi recital: tú escuchaste aquello que no quise decir; yo dije aquello que tú no quisiste escuchar. Los numerosos invitados siempre prefirieron el rumor de las comparaciones

entre la textura de la música y la densidad de las conversaciones. Pero en el fondo todos sabían que estábamos haciendo historia, y también la de ellos fue una manera de despedirme con un saludo de llegada. Tú llamaste a aquel minuet una liberación; yo lo llamé una caída libre, una bajada a pecho con cabriola. Entonces la fiesta de la sombra siguió, pero ya no hubo forma de seguirla.

Enfrentar el tiempo con una tijera: la poesía tiene un límite en el centro o en la periferia. El palacio de Agkor Vat esta vacío de millones de palabras. Un arroyo vecino se precipita por un cauce de piedras talladas. Todas las ruinas silenciosas del mundo forman un espacio ocupado por esta preocupación: ¿contra qué muro de hiedra concluyó la voz de Lezama?

¿En qué playa de arena negra cesó la voz de Góngora?
¿Qué frontera detuvo los ordenados alaridos de los poetas suicidas de la Nueva Inglaterra? Nadie quiere vivir aplicándose diariamente el sicoanálisis. Pocos quieren vivir diciendo aquello que no pueden decir. Los demás en realidad no es muy interesante.

Miles de turistas tocan las piedras de Sacsahuamán y recogen el calor de las alturas. Los visitantes de los suburbios del Cairo ponen su vista en peligro mirando directamente a la pirámide.

Experiencias que tienen un límite: el alma se cansa recorriendo el perímetro de un espacio rodeado de tiempo vacío, aunque un bello antes produzca un hermoso después.

En algún punto la poesía anuncia el naufragio, dice la teoría, pero ¿por qué esos poetas chinos no encontraron nada más bello en el fondo que su propia amargura? Los Estados buscan imponer dulcemente nuevos monumentos a la historia: los hombres del futuro visitan a las piedras del pasado, y así los violentos cortes temporales no se entrechocan jamás, y más bien se encuentran en lo sucesivo:

los bañistas del arroyo sagrado cosechan flores de varias primaveras: los siglos sólo marchitaron los sueños de unas cuantas multitudes: el invierno tropical de la arqueología con su testimonio de numerosas fiebres multicolores: frases ahorcadas por fibras, ésta es la teoría, y la poesía no llega a despejar cierta tensión prosaica que anida entre los cartílagos.

Los poemas son las ruinas bulliciosas del mundo. Se amoratan, verdean, amarillean, enrojecen, son el tour cerúleo de una falsa eternidad que fluye como un carnaval del sentido,

de boca en boca a través de la soledad paródica del desierto.
En los circuitos de corriente las osamentas parecen bobos
tiburones aletargados en el Indico.

Arte del maquillaje: arte de la máscara
Arte de la arquitectura: arte del andamiaje
Arte de la fuga: arte de la repetición
Arte de la novedad: arte de la ignorancia
Arte de la verdad: arte de la argumentación

La luna bailaba en el aire
alta y compacta como una tableta
la noche final en que Lao Tse dictó su libro
ante las puertas de la gran ciudad dormida.

(De *Sobre vivir*)

Abelardo Sánchez León

Abelardo Sánchez León Ledgard nació en Lima en 1947. Sociólogo de profesión, es también cronista cultural y deportivo. Recientemente ha debutado como novelista. En 1972 obtuvo el grado de Bachiller en Ciencias Sociales con la tesis "Valores básicos de la burguesía". En 1979 obtuvo la Licenciatura en Sociología.

Primer Premio en los Juegos Florales de la Universidad Católica en 1966.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Poemas y ventanas cerradas, Lima, La Rama Florida, 1969.

Habitaciones contiguas, Lima, Librería Editorial Juan Mejía Baca, 1972.

Rastro de caracol, Lima, Ediciones La Clepsidra, 1977.

Oficio de Sobreviviente, Lima, Mosca Azul Editores, 1980.

Buen lugar para morir, Lima, Editorial Harauí, 1984.

Antiguos papeles, Lima, Ediciones Noviembre Trece, 1987.

Abstracts of the 1975-76

Volume 11, Number 1, 1976

The following abstracts are taken from the 1975-76 volume of the journal. They are arranged in alphabetical order of the author's name. The abstracts are intended to provide a brief summary of the main points of the original articles. They are not intended to replace the original articles.

For a complete list of the abstracts in this volume, see the table of contents on page 1.

Abstracts of the 1975-76

- 1. *Abstracts of the 1975-76*, by J. H. ...
- 2. *Abstracts of the 1975-76*, by J. H. ...
- 3. *Abstracts of the 1975-76*, by J. H. ...
- 4. *Abstracts of the 1975-76*, by J. H. ...
- 5. *Abstracts of the 1975-76*, by J. H. ...

De cal y de arena

Quiénes poseídos escriben versos; los que creían en las virtudes, en el espanto, en el engaño; quiénes los depositarios de ese don, de esa maravilla, vocación, talento, bondadoso espíritu; místicos viciosos, truhanes, explotadores de indios, traficantes de negros, de minerales, de alcohol, acaso un europeo capaz de emocionarse con la pluma y el fusil; los que creían en la igualdad de los hombres, en el encuentro de la sangre, cielo intenso, en las noches, en el poder de los instintos, de la lucidez, en la enfermedad pavorosa de los cuerpos; los vividores, los ebrios, los ladrones, los ateos, sensibilidad que invade la vista y el tacto, aguas que lavan el dolor, angustias sin vergüenza; los vergonzosos, los banqueros, los que se enriquecieron con las guerras, con el comercio, creencias, aspiraciones; los negociantes de la conciencia, los políticos los curas, las familias...

Antiguo enigma; los que crean en la justicia y en el castigo, en los códigos y las leyes del hombre, en la vigencia de la horca, el patíbulo, que no crean en los funcionamientos de los versos...

(De Rastro de caracol)

Del roce de nuestras piernas...

Del roce de nuestras piernas asomará un varón o una hembra.
Y tendrá el cabello largo como el heno que acariciamos entre
gritos esta noche.

Esparciremos un blanco semen y goteará en los tejados,
se recostará en los flancos,
girará en la brisa como eco quiñado en nuestras manos.

(Nacimos desnudos y salvajes,
estirándonos gruesos muñones cercenados en el frío de la dis-
tancia,

ya calmados del brío fogoso, de la hoguera ardiente,
de la noche cubierta de espasmos y estrellas.

Nacimos removiendo nuestros cuerpos deformes y depilados,
con el viento calmo esperando remover el astillado lecho,
donde los padres se revolcaban con el sudor de las sábanas
entre sus muslos agitados).

De esta noche nacerá un varón o una hembra con el roce de
nuestras piernas.

En tu vientre nutrirás carne tuya con tu propia carne.

Desde la ingle sentirás los dolores

y su cabeza irá creciendo hasta abarcar todo el cuerpo.

Donde vayas irá contigo.

Donde calles callará contigo.

Lo alimentará con la sangre y la carne.

Y se irá de un tirón cuando estés echada sudando todo el peso
de su silencio.

Déjame acariciar tu piel como agua deslizándose entre mis
manos.

Recostar el cuello en el vientre y revolcarnos hasta oscurecer la
noche.

Desnudemos nuestros cuerpos con la brisa y que el olor del
heno

nos cubra esperando la mañana en el hastío inmóvil.

Sólo nos pertenece esta noche.

Se lo llevarán como nos arrancaron a nosotros de los brazos,
se arrastrará en las calles escalando los elaborados peldaños.

Irá donde tú no vayas.

Callará donde tú hables.

Dormirá donde tú no duermas.

Está amaneciendo y veo las barbas del tiempo sobre nuestras
sombras.

Abrázame: que se aleje con el sudor de los dos cuerpos,
y su piel olerá como el heno de la noche.

(De *Poemas y ventanas cerradas*)

La hora de los poemas

La hora de los poemas ha llegado como una brisa del estío —o como un manotazo, resoplido de bestias altera e inquieta, láminas de un sueño que mantuvo de pie, como una columna, a la vergüenza desposeída ya de toda vergüenza, descreída e impúdica, como una doncella que se harta de serlo.

Quiero sentir en el centro de mis palpitaciones los cosquilleos más profundos del placer, arrojarme, bullir, contemplar esa desnudez que se desvaría en mis ojos, devorarla, buscar las poses que nos digan sí, así, ya no puedo más, mi vida se me acaba... (Tendiéndose como estrellas, voces de agua, el mundo quedará afuera con su malestar, sus ordenanzas, sus secretos guardados en el labio de algún representante de la cultura o de la moral).

Todo lo que brilla resplandeciendo como un faro pirata en mí es bello porque es honesto —en sí, como una aparición. Qué penosa es, qué tosca y dramática, la reconstrucción de las escenas si las hemos inventado. Qué sueño pretenden, qué imaginación infinita, oscuro y certero deseo, para que ingrese al Juicio Final —al Juicio de la Sociedad. Allí veo con cierta repugnancia arrastrarse los criterios, las instituciones, las mentalidades como cuevas al pie del mar, con murciélagos en lo alto, que vigilarán y controlarán y normarán los recorridos, los márgenes de la conducta.

El confesionario es un lugar propicio para fallecer, no para fornicar, demasiado pulcro y desinfectado: tumbas donde el mundo se reorganiza satisfecho de sí mismo, seguridades que donan los principios estables como una armoniosa visión del cielo, de las clases sociales, las maneras y formas de hacer el amor —por adelante/moviéndose medianamente/ para procrear.

Vanas han sido las legislaciones que durante eras normaron el dominio de la conciencia: paralelamente a su rigor, a su castigo, vimos cómo el fuego, esos trazos dementes, desconcertantes, bulliciosos, maltrataban las láminas, las fachadas, los corredores interiores de la ciudad...

Los instintos saldrán porque no inquietan la serenidad de la luna, porque no agobian la repetición del mar. Que la perversión, si así ha de llamarse, procee sus propios límites en la distribución del cuerpo; que busque, arañe, lama, lo único que yace como un pétalo en el interior.

Intimidad/laborioso encuentro con lo único precedero y continuo que me pertenece y me va quedando, ya casi nada, a hacerlo a escondidas, a maltratos. Qué de mí —que salga lo que guardo como un felino enjaulado— es lo más propio y verdadero...

A solas, poesía, nada ha de turbarnos: ningún pensamiento, ningún poder o código, ni humillación o conciencia, ninguna culpabilidad. Nuestro lecho húmedo es iluminado por el granizo que desprenden las estrellas muertas.

Salón de armas

Cuélguenlo... dicen que a los ahorcados se les erecta el sexo como si estuviesen delante de una hembra. Quiero comprobarlo, sentir el placer de verlo allí, en el aire, ventilándose...

¡Vamos!, tráiganme a ese hombre que desafió mi poder tan sólo con las palabras, que negó mi poder, que se jactó de evadir mis leyes, de ignorarlas, que no creyó en la fuerza de mis ejércitos. Este, escúchenlo bien, éste es mi reino. Aquí se obedecen mis leyes, aquí se cumplen mis únicos deseos. Esta es mi ordenanza, éstos (mostrándolos) son mis códigos, redactados para legislar el bien y el mal, y ésta es la única moral y religión, yo soy su único amo y señor, obedecedme...

El poder, el único poder existente, es éste, sobre los hombres, sobre ustedes. Mi justicia es la justicia, mis creencias las suyas, mi dios el vuestro... Oiganlo y que no se les olvide, ni en sus sueños, pues allí, allí también pertenecen mis dominios.

Este hombre será el castigo, el ejemplo, el escarmiento. Esta es su lengua (aireándola), con esto habló, con esto dijo lo que yo no dije; éstos (hundiéndole las uñas) son sus ojos; con ellos miró y leyó, con ellos vio lo que yo no vi y le estaba negado. Estos, sus papeles, éstos son los escritos que repartía en las plazas, que ustedes leyeron desobedeciéndome, atentando contra mi poder que está en todas partes, en su propio interior, al fondo...

Aquí, véanlos, aquí a mi diestra están aquellos que habrán de leer, y leerán a través de ellos mis pensamientos. De pie, véanlos. Redactan mis oficios, distribuyen mis leyes, inspiran con mis ideas sus versos. Ellos son vuestros poetas, vuestros pensadores, los intermediarios entre ustedes y mi única e impe-

recedera verdad. Y aquí, a mi siniestra, mis soldados, los que habrán de defenderlos, cuidar de sus vidas y honras. Ellos son los únicos representantes, la síntesis más perfecta; obedecedlos y creedles, pues en mí se inspiran y en mí cobran forma; ellos han conocido y viven en la verdad que Dios les otorgó a través de mi persona.

Y a este hombre, tráiganlo para que nunca se les olvide; este hombre ha de morir como las serpientes enroscado en su propio cuerpo. Su lengua irá donde los gusanos, su asquerosa lengua... Vayan y escúpanlo...

(Y en el escritorio de aquella casa, en esos sofás de cuero, donde se llegaba a aspirar la presencia de las rosas e ingresaba dulce el canto de los pájaros a mediodía, allí, allí dejé en la mesa luego de haberlas leído las revistas, esas revistas que enviaba aquel señor, y que ella leía para acompañarse en las tardes de esas tardes, silenciosas como las pisadas del mayordomo en la alfombra, mientras un viento era percibido entre las ventanas entreabiertas para luego ellos comentar, alabar, discutir, los artículos que cada semana escribía por ejemplo don José María Pemán).

(De *Rastro de caracol*)

La última comida

Miedoso, cobarde, pero de qué santo Dios,
buen blanco de cualquier sitio,
listo para temblar con las palabras atragantándose.
Manada de sombras diestras en darme alcance,
el mundo vuelve a taparse inmóvil en la existencia
—principio o final—
encuentro mirándome desnudo y sin nada,
listo a embarcarme hacia esas noches que están allí sobrecogi-
das en sus cubretodos,
transitando fuera de lo maravilloso.

La imagen de quien cava su fosa es mía.
Qué puede dar lástima si lo valioso se dejó consciente y a vo-
luntad.
Opté, preferí la desgana, hacerme remolón para ver transcurrir
el cambio de las estaciones.
Lo decidí con la convicción que da el miedo y la cobardía.
Esa fue mi determinación.

Ser sincero, me dije, habrá de ser la consigna. Y me creí apto
para ello.

Vi por comodidad, funcional, calculado.
Ruín, sin hacerlo notar,
hábilmente había desarrollado el don de la convivencia,
conocí las reglas del juego, las conjeturas y las previsiones.
Era difícil delatarme.
A lo más lo haría con mi mujer y mis hijos.
Aprendí a gustar de ese cuadro costumbrista que resalta
en el comedor el centro de la familia:
mediocres bodegones, interiores, claroscuros, fruteros, alacenas
de madera.

Allí podía gritar espantado. Perseguirlo a correazos.
Me hice a mí convencido que otras alternativas no serían viables,
allí empezaba el raciocinio.

Inútil buscarme en otra parte:
los domingos, por ejemplo, son días muertos,
esbozo de una horripilante nostalgia echado en sollozos
que bien sabré ocultar en la semana que se inicia,
mis distinguidos señores,
después de la última golphiza me quieren dejar solo,
sin mis hijos, sin poder que me ampare.
Soy el imbécil que engendraron
pues se dieron maña de dejarme sin uñas ni para arrancarles los
ojos.

Listo a embarcarme el gatillo no funciona.
Mis ancestros lo hicieron mal y se volaron a medias el cráneo.
El mundo se desploma. Más vasto que nunca,
semejante a una pradera de potros salvajes listos a despellejarse.

Lechos baldíos

He venido a ver a mis hijos

—infancia recobrada—

heredad del poeta:

descalzo, indefenso,

para cubrirme con la almohada de tanto dolor que ignoro,
tanta hambre que implacable me atormenta.

No he sabido hacer de mi vida sino este desorden,

calles que se vienen encima con la luna como un mero adorno,
me inquieto y me agito,

vayamos a contemplar el mar que no existe entre estas paredes
de sodio.

Pero si soy yo,

antiguo enigma que no supo qué hacer con las ramas de la
genealogía,

cauce cubierto por el tiempo que no perdona,

dolor barato, licor barato, como mi honra.

Soy yo, hijos, quien no supo encontrarle dignidad a la existencia,
me hizo así, lo que fue su padre

—no indaguéis—

—no claméis—

vaga por los tumbos, astro ebrio, hasta que llego, de cuando en
vez,

y los besa intenso en la frente igual a una vida que se recobra.

Su aliento a talco y pesadumbre es el heno en un invierno cru-
do.

Llego de numerosas noches echadas al agua:

nada se encontró, aparte de recelo y desconfianza.

Amores blandos y tiernos, cogedme,

que si abren los ojos la vida será lo que es,

un verdadero canto entre los árboles que ansían la mañana.

Hasta mañana, hijos dormid sin piedad ni misericordia,
su padre acaba de llegar, trastabillea, sube las escaleras,
lo mira, lo estruja, lo retuerce en su saco vacío
hasta despertarlos entre gritos y llantos
—borracho, borracho—

río que se desboca hacia los mares, enloquecido y quieto,
asombrado por el espanto.

(De Oficio de Sobreviviente)

Sin convicciones políticas
nos encontramos haciéndole frente con arcabuces de otros siglos,
mas aceitados con grasa de cerdo, importados, solventes.
Nosotros moveríamos las tuercas y las palancas en los suburbios.

Preparados en cálculos y números, en geometría,
reposábamos en nuestra propia fuerza.
Acostumbrados a mantenernos distantes
las festividades deportivas eran entre los de lengua inglesa;
alternábamos con ellos el sentido de la superioridad.
Sólo aquellos desfiles en Campo de Marte
nos asemejaba en el uniforme
haciendo del león un personaje solitario
por la desertión de los hijos de ingleses y los pies planos.
Aquel batallón sin tambores ni trompetas se hacía conocido:
breves aplausos por la patria, la industria,
hasta perdersenos en las bocacalles de Jesús María.
Reacios a compartir labraban las herencias.
Como cuando practicábamos deporte enfrentados a esos monstruos

que luego poseyeron rasgos e invadían las ciudades.
La política era asunto del alma; léxico elaborado,
ojos vivaces, conocimiento detallado de las provincias y las cavernas.

Era más de una educación religiosa:
pasiones y alianzas, estrategias e intereses.
Las letras sólo eran un conjunto de nubarrones,
la mala espina, el presagio de un destino sin arcángeles.

Claro, véanme, el idiota de la clase:
la intriga en Molière, los celos de Otelo,

los capítulos oficiales del Quijote,
estrellándose mis alas en la luz
que dejaba ingresar la ventana húmeda de la biblioteca:
pus y babas, sin herencias,
recitando mis versos por las plazas.

(De *Buen lugar para morir*)

El lamento

Masturbándome extraeré un caldo del estómago,
porque cierto, me dije, uno lo hace para convencerse
de que está allí un instante
sumergido en los océanos de argamasa.
Para ello abrí de un tirón la bragueta
al rugido que me sacara en camisones el olor a cuarto de turco.
Había ascendido al cielo por la escalera de caracol de servicio
y me topaba contigo espejo clavado encima del lavatorio:
una vez más decirme cosas en mi lengua materna,
decirme insultos, mostrar la dentadura,
desordenar aquello que descendía de la ventana
en forma de luz desde el edificio de oficinas.
Mi cuerpo me sacará del apuro, eso dije.
Me arrojará lejos, tan lejos como pueda llevarme
una embarcación sobre un río pedregoso.
Mi cuerpo no había ni que tocarlo.
Bastaba cerrar los ojos
y voltearlos hacia donde la tierra quema,
aparejar los dedos y de rodillas chillar
que es tan inmundo como escribir para sí
versos que nadie habrá de leer por mediocres absurdos o irre-
levantes
como aquellos que se venden en las plazas a cambio de un
emparedado.
Mi cuerpo es lo único que poseo, me dije, mi propiedad:
como los esclavos, los siervos, los obreros.
Mi cuerpo envejece que da miedo.
Se pone redondo, estirado de arriba,
blando por dentro, pero duro en el estómago,
tan duro como una piedra
que de las extremidades no queda nada por detallar.

Mi cuerpo es una peste, carajo.
Lo saco y me lleva, en verdad,
aunque con vergüenza lo diga,
acá es donde mejor está: bajo esa luz, en la penumbra.
Cuando llego jadeante he olvidado aquello
que me convertía en lo que soy.
Soy esto que bulle gelatinoso, me dije una vez más.
Otra vez me dije eres eso que está allí
detenido ante el espejo encima del lavatorio.
Mi cuerpo se ha hecho al cuarto y el cuarto al cuerpo.
Simetría perfecta.
Si no fuese porque las maderas del piso son demasiado viejas
no escucharía ni mis pisadas.
No escuchar es mejor, me dije, ni el silbido de los tranvías.
Años ya que brotan de mi cuerpo escamas como yerbabuena:
de allí que lo coja,
lo aprisione para que salte en su horca,
de lado a lado, renacuajo en su borbotón de luz.
Mi cuerpo no conduce a ningún puerto,
a ninguna persona es lo que quise decir,
y en lo que debo decir preciso ser claro,
tan claro que no inunde dudas.
No me lleva, entonces, repito, a ninguna persona.
¿Una persona lo haría mejor, sería más hábil
en este afán, más astuta en darme placer?
¿Placer será lo que se busca,
morderle la oreja de amor o rabia,
el rabo, morderle el rabo en la necesidad de mostrar ternura,
la lameré íntegra en el intento último y definitivo
de zafarme y estar allá, en la otra ribera,
del otro lado podré mirarme mejor, ah, sí?
Pero díganme: ¿desvarío, digo baboserías,
qué digo entonces, qué, es importante entendernos!
¿Debo, acaso, con este cuerpo salir de mi cuarto y buscar otro,
traerlo y echarlo al catre y tirarme y luego encima moverme un
rato?
¿Debo hacerlo?

Díganme ustedes, atrevanse: ¿es lo conveniente?, ¿lo natural?
¡Qué otro modo existe?

Si dependiera de mi cuerpo lo habría hecho, me digo.

¿No lo creen?

Pero yo no existo sin mi cuerpo.

Yo soy esto, carajos, y no otra cosa.

Me desdoble en la escritura y no en otra posibilidad.

¿En qué quedamos, entonces?

¡Quedamos o no?

Los cuerpos exactamente son lo que son.

Ni el lenguaje ha de modificar mis huesos, mis carnes,
mi piel que envuelve pensamientos que piensan:

piensan que pensando las cosas serán otras.

Nada más falso, corazón.

En este cuarto vive un cuerpo iluminado por el edificio de
oficinas.

Puede podrirse en una semana, me digo, y nadie vendrá.

El vecino seguro tiene la nariz tapada de cemento como la mía.

¡Qué estupidez la de nombrar al vecino!

¿Para qué demonios creen, entonces, que está esa puerta?

¿No la ven?

¿Esa, que cierro cuando ingreso, que separa y marca
claramente lo que queda fuera?

Me lo he repetido innumerables veces y reincido:

hablando no he de separar mi cuerpo de mi vida

ni lo tendré allí agazapado temeroso atado a sus ataduras

mientras escapo detrás de la lluvia que conduce al reino

de otro cuerpo, hacia otra dimensión, en otro cuarto.

Dale con apostar a esa posibilidad.

Cuando lo toco, entonces, siento tensa la boca del estómago.

Mano de pedernal avizorando en su brillo la luz que penetra
por la rendija:

me reclino, me acurruco, y quedo dormido.

(De *Antiguos papeles*)

Luis La Hoz

Luis La Hoz Valle nació en Lima en 1949. Cursó estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Católica, donde participó en el grupo *Cirle* y editó con Nicolás Yerovi la revista *Collage*. Antólogo, publicista y editor, eventualmente se dedica al periodismo.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Las predilecciones, Lima, Cuadernos de Berlioz, 1981.

Ángel de hierro, Lima, Edición del autor, 1984.

Los setenta, Lima, Edición del autor, 1985.

Los adolescentes, Lima, separata de la revista *Hueso Húmero* N° 22, 1987.

*Siempre he vivido en el mar
y no desembarcaré jamás.*

ELSE LASKER-SCHÜLER

*POESÍA ES ARDOR, sangre hirviendo.
Eso que es la palabra y dentro de la palabra y más allá de
la palabra.*

Poesía es lo inentendible y lo que se descubre.

*Poesía es imagen y color y sonido y olor subiendo desde los
más escondidos lugares.*

*Poesía es esclavitud y es la libertad recobrada a pesar de las
cadenas.*

*Poesía es silencio y es después la música.
El estruendo y la calma y otra vez el estruendo.*

*Poesía es ardor, sangre que hierve.
Un muerto no escribe Poesía.*

(De Los adolescentes)

El poeta

Caminar, Baucis, por las hierbas de los parques. Mirar postes, nubes, gente que cruza. Sentir el resplandor de los versos que tú amas. *No soy nada/Nunca seré nada./ No puedo querer ser nada.* Y continuar. Aire de la mañana o de la tarde. El mar que es inmenso. Todo lo conocido. Pero también lo otro. Destellos, actos o presencias que están allí, azar, detrás de puertas o ventanas, como un murmullo que no es anuncio ni llamado. Latido, quizá, o tigre o descarga eléctrica a punto de tocarnos.

Nocturno

Después de todos estos años
sólo tengo una casa en alquiler,
reproducciones de Duchamp y algunas plantas.
Poco es en verdad, oh heroica posesión
de quien no fue príncipe azul
ni guerrero sobre un mustang acerado.

Mi casa sólo son diez pasos,
libros y una música dulcísima.
No he querido más ni lo he pedido.
En las noches puedo beber un buen licor,
sentirme alegre y decírselo a Mariella.

Poco es en verdad, eso dicen. Mis plantas
son lirios, lilas, clásicos geranios
y otras cuyos nombres son menos hermosos.

A eso de las seis los niños hacen las tareas
mientras la garúa moja los cristales.
¿Alguno de ellos será poeta, sufrirá
y se irá a la mar con desconocida nostalgia?
Quién sabe. Sobre Barranco cae la noche
como una fina lámina de acero.
Los ojos de un gato brillan en la oscuridad.

No es fácil contar una historia. Casualidades, juegos, presencias que regresan llamadas por algo inexplicable, un ademán con las manos, un olor que quedó viviendo en la camisa.

Por agradables que sean los recuerdos, finalmente se convierten en insectos inoportunos. Peor si uno está solo y tiene que comerse la soledad y es para volverse loco y dan ganas de estrellarse contra las paredes y maldecir el momento, todos los momentos que permanecen detrás como incansables arañas que rascan la puerta y no es bueno gritar porque los vecinos necesitan tranquilidad para sus propias miserias.

Hay que permanecer en silencio, apretar los dientes, saludar al cartero con una sonrisa que no delate tu angustia. Nadie escribirá. Eres un monstruo. Es bueno ser un monstruo alguna vez dijo Liszt y compuso Liebestraum.

Correr tras lo real. Perseguir coyotes para beber su ácida saliva.

Saber que en lo oscuro puede cantar la luz, no importa que sordamente.

Pasa un ferrocarril por las cortinas de mi cuarto. Entra un tigre.

Es fascinante su eléctrica simetría.

Viene a mí. Hunde sus colmillos en mi muslo. Grito de terror mientras la sangre se estrella en las paredes, inunda las sábanas, forma líneas que corren por el parquet. Nadie llega en mi ayuda. Luces que giran, colores explotando con agudísimo silbidos.

Pero no. Nada sucede. La quietud del cuarto es de piedra, oscura, sin perfumes.

Estoy solo y es enorme. Una cuadriga de romanos cruza entre los floreros.

Todo es rampante en esta noche de amarillas alucinaciones, de voces que surgen como de una vieja grabadora.

Quiénes transitan y quiénes quedan tirados cual saurios en los penosos corredores. Por las paredes bailan mis ojos y yo soy el que transita, el que nunca estuvo, largo enterrador, largo enterrado.

Afuera la ciudad, breves estrellas.

(De *Los Setenta*)

W. Shakespeare creyó en la verdad antes que en la belleza. Escribió dramas, tragedias y enormes sonetos que aún hoy pueden leerse bajo un árbol o a la sombra de una ruidosa cantina donde algunos ebrios confirman sus palabras.

Este verano ha sido doloroso. Hemos muerto muchas veces. Hemos maldecido el azar que vino como un dulce rayo. Es indefinible el azar, aunque Cournot lo ame por sobre todas las cosas.

La verdad y el azar son dos amigos que se largan de parranda y terminan peleándose con filos de botella.

Es una época de sangre, ¿de dónde le viene a un hombre el amor? ¿Bajo qué luz de plata se encuentra una mano desconocida que hará olvidar los coágulos en el pecho?

Seamos alegres por un momento.

Gritemos sin vergüenza los versos de Byron que Schönberg compuso nuevamente.

Bajo todo este calor —y no es una metáfora— una lila ha crecido frente a mis ojos. Es bella para mí como el lucero del alba después de una tormenta.

Yo quedé en silencio y partí. Era la hora en que los escaparates quedan vacíos y ningún llamado regresa con otra voz menos triste.

Era mejor partir o no lo era. Yo partí hacia el maullido de la noche, hacia rostros que esperan una luz misteriosa. Pájaros oscuros e indefensos, imprecaciones, miasmas que se licúan para beberlas porque es necesario conocer el otro lado de la sed.

Así entonces y a pesar de Cournot, yo creo que todos los caminos están prefijados, aunque ángeles y serpientes se crucen como señales de tránsito.

Este verano ha sido doloroso. Ninguno lo fue tanto.

Sólo queda levantar la cara del libro que leemos y ver en el espejo la tenue imagen de alguien que ya no está. Que estará siempre.

(En *La República*, 4 abril 1983)

NADIE ES SERIO cuando tiene diecisiete años, dijo el loco de Rimbaud. Un día se puso a beber, solo, y frente a la espuma brillante de su cerveza decidió largarse.

Nada serio. Escogió Abisinia, el Mar Rojo, los esclavos, las armas y una negra fue su amante cuando el sol caía.

Libre, ardiendo, tú también sueñas con lo que nunca habrás de tener, mala suerte.

Nada es serio a los diecisiete años, todo es posible, un millón de aves resplandecientes, archipiélagos, cielos que deliran frente a tus ojos, medusas de maravillosos colores y todos los pecados, por fin al alcance de la mano, nada serio, pecar es mejor que parecerse a una rata escondida en los desagües.

Amo el pecado, las flores carnívoras, las madrugadas que llegan y son pálidas como tu rostro y una cierta angustia camina por la calle con pasos de bailarina.

ESCAPA DEL COLEGIO. Huye de las matemáticas.
No permitas que te pongan uniforme.

Y tú corres. Te vas al sur. Una muchacha dice adiós y guarda
el secreto en una pequeña lágrima.

Oh dulces carreteras que llevan hacia ningún lugar, muéstranme
el pasado, que desaparezca detrás mío, flor sin recuerdos,
estática y prescindible como el rascacielo donde viví y pa-
decí el ritmo de los ascensores, los allanamientos y la cocaína,
la miseria, el vómito de Néstor, marica inútil que lloraba por
sus jóvenes inalcanzables, pobre alma perdida y ebria en el
piso siete.

No quiero volver. No merezco el infierno. No estoy aquí para
arrodillarme.

Y me fui al sur. Y tú te irás. Está prohibido el regreso.

LOS DESEOS SON como jóvenes caballos indomables.
Para ellos las praderas nunca serán prohibidas, ni las púas
punzarán con suficiente dolor.

La gente por lo general reprime los deseos. Fascinante es el
peligro y también amargo. No tiene dulzura pero sí una
exaltada belleza.

Escoge tú. El peligro de la rosa o la quietud de los geranios.
O no escojas. Escucha mis pasos que son como lengüetazos de
serpiente, como puñales que buscan tu carne, que van tras
de ti implacablemente y silenciosamente.

Deseo herirte, deseo romper la arquitectura de tu casa.
Soy tan egoísta como un lobo frente a un arroyuelo después de
muchos días recorriendo la estepa. Estoy hambriento como
nunca lo he estado.

Sé lluvia sobre tierra seca. Sé sangre para murciélago.
Sé aquello para lo que yo te he creado.

Cae la noche y hace calor y yo te estoy esperando.

EN LA COLMENA camina la gente y nuestro amor.
Soy tan feliz que nada me importa.

No tengo un cobre en los bolsillos, no sé hablar, no sé qué árbol
me dará su sombra, no tengo sombra.

En La Colmena cruza la multitud y yo te espero frente a una
tienda iluminada por decenas de luces parpadeantes.

Nada tenemos, tú y yo y ningún lugar y ningún futuro.
Siendo tan bellos los adolescentes son presas para los asesinos.
Pero somos orgullosos y ágiles y el amor nos salva de morir.

En La Colmena camina la gente. A dónde iremos.
Escaparates, vidrios, cuchillos ensangrentados, máscaras
que nunca habremos de usar.

Esta noche vente conmigo. Será la primera vez, será un pañuelo
de seda. Nuestro amor camina entre la multitud y brillan las
luces y un ómnibus se detiene majestuoso como un cisne en
su laguna.

Y la muchacha me amó como si yo fuese alguien

Y la muchacha me amó como si yo fuese alguien.
Fue una vez, hace tiempo. De aquello guardo
alguna fotografía, dos sábanas azules,
lo demás no existe.

Como si yo fuese alguien, ¿quién por ejemplo?
¿El Cisne de Avon, Rambo el proceloso o el
que le mostró los fatuos caminos de la libertad?

Ninguno. Ella me amó como si yo fuese alguien, Otro,
algo así como el jardinero que sólo existe por
su jardín; como la luna, que ni siquiera sabe
que es la luna.

Y la muchacha me amó como si yo fuese alguien y yo
también la amé, fuego de equilibristas, dos
espejos frente a frente, llenos y vacíos,
diferentes e iguales, buscando a quién, quién
es alguien: Alguien es un pronombre indeterminado
y en él habita nadie y yo fui nadie y me amó
y yo la amé, qué más puedo decir.

(Inédito)

Ricardo González Vigil

Ricardo González Vigil nació en Lima el año 1949. Profesor universitario, ensayista, crítico literario y antólogo, González Vigil obtuvo el grado académico de Bachiller en Humanidades con la tesis "Ricardo Peña Barrenechea y su elogio burlesco de Góngora" (1973). En 1975 se doctoró en Lengua y Literatura con la tesis "Forma e indeterminación en *Eclipse de una tarde gongorina*".

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Llego hacia ti, Lima, Editorial Arica, 1975.

Silencio Inverso, Lima, Ediciones Capulí, 1978.

Ser sin ser (Poesía 1965-1986), Lima, Edición del autor, 1982.

A flor de mundo, Trujillo, Colección Homenaje al Centenario de César Vallejo, Municipalidad Provincial de Trujillo, 1992.

Creando noches

Es esta soledad la que me mata

creando noches vivo

buscando silencios para apagar mi voz

tejiendo bailes infinitos

a costa de tanto conocido

que se disipa en la neblina de los sábados

y en mi mesa esa luna apenas triunfante está esperando

y en las sillas brotan largos insomnios

de la luz

avejentada en mis pestañas

nada me cabe nada me cabe

apenas un saberme solo

con este poema futuro bajo el brazo.

Acaso la esperanza

Continuar
y perderse
en un monte o un grito
y saber añadirse
a los ojos que esperan.

Paisaje

Si te pudieras mirar
qué lentitud

cada gota de ti
el mundo
si te pudieras soñar.

La viña

Un árbol siempre habla de otros árboles

cerca al mar

hay barcas que riegan la floresta
mientras la luz cultiva el horizonte
frescas sombras cincelan cada playa
cosechan de algas el sol el mediodía
nadie deja de sembrarte

hay nubes y paz y plantaciones
en la ciudad

la llanura crece en calles similares
labradora de asfalto la tarde
tú eres todos

hay casas que incendian cada cielo
cenizan de estrellas el sol la inmensidad
en grupos las nubes y la paz
y arriba

la noche

los sarmientos

un árbol siempre habla en otros árboles.

A oscuras y segura

Oscuridad

Plenitud ignorada

Ninguna luz enciendo
yo el que tropiezo a tientas
ninguna luz puedo encender

O entregar o mirar
para vivir seguro

En mis ojos la quietud batalla
toda mi vida desfila se disfraza me enamora
ninguna luz debo encender

Perseverar en cambio

sentir mi noche
y escuchar

Retrato en carne viva

(1967—1968)

1

Lleno de sangre y ansiedad, de luces y banderas,
portabas tus dieciocho años
con el delirio sin bordes de quien abandona la proyección
de una película en la que un adolescente se suicida,
dulcemente se suicida,

y luego

a saltos

casi eufórico

corriendo con vehemencia creciente
por el Jirón de la Unión
zangoloteando la multitud,
esparce la floración continua de la vida, la magia incomprensi-
ble de crecer
y despertar sonámbulo de hábitos.

2

Claro que te aturdía la realidad.

"Pronto sabrás lo que es la vida" (*por supuesto
por supuesto*) "debe ajustarse
a lo que exigen los hechos" (*ya no
sabías cómo*) "cuando pasen los años
te darán risa esos problemas" (*¿pero es que los años
suelen pasar alguna vez
a tiempo?*)

Claro que, igualmente, desconcertabas a muchos,
y a tus familiares no hacías otras cosas que aturdirlos
auxiliado por la música juvenil,
los cine-clubes,
las amistades socialmente dudosas,
la ausencia de compromisos cotizables,
la decisión de no estudiar derecho
diplomacia o váyase a saber qué
pingüe mascarada,
la cruenta plenitud de los crepúsculos,
la necesidad de tornar a casa después de
medianoche y no acostarse sin desflorar
la madrugada,
las frases-molotov,
la soledad irresistible de la poesía

y el vértigo
la náusea
el vacío
latentes ubicuos obscenos
tragándose las aguas del Génesis.

3

En el Patio de Letras (ya no existe),
en la calle Amargura
(abarrota de libros tu memoria),
en el Instituto Riva-Agüero donde siempre era lunes
y caía la garúa como una torre de Elsinor deshabitada,
en los rincones una y otra vez por estrenar de Barranco
y Miraflores, en el diálogo transeúnte
con una generación en ciernes (intensa como esa década)
prodigiosa y violenta,
marcada por la revuelta y la ilusión),

respirabas a toda hora *Cien años de soledad*
y *Los cachorros*, la fascinación intacta por Borges y los Beatles,
la embriagadora perfección de los clásicos del cine
y el rumor tonificante de la *Populorum Progressio* y las clases de
Gustavo Gutiérrez,
el Che que caía martirizado dentro de todos es decir en la altura
genital de Machu Picchu,
la primavera de Praga y de París, también la renovada
secuela de los beatniks y los hippies,
a toda hora
tomando el pulso a 1967,
dejándote anegar casi si notarlo por un 1968 ahíto de
esquinas y horizontes,
hacia la utopía en perenne Exodo.

4

Con desesperación con furia
en carne viva
querías hacer algo, lo que fuere,
y acariciar un mundo nuevo,
la humanidad al fin genuina
(te preparabas así al suicidio del amor,
al dulce suicidio de amar y ser amado).

Borroneaste páginas y páginas en busca del poema
que acertara a formular
mordazmente
que todo seguía igual
a un siglo y cuatro lustros del Manifiesto Comunista
y a cuatro lustros de siglos —peor aún— del Evangelio.

Y el poema no llegó.

Pero los años pasaron.

No te ajustaste a los hechos.

Pero los años pasaron.

Nunca toleraste lo que llamaban realidad.

Pero los años pasaron

hasta sumar el doble

en tus pisadas.

Y todavía hay un adolescente que se suicida, dulcemente se
suicida, sin poderlo remediar,

y otro que salta

corre

gira

en danza frenética

dispuesto a apurar la magia de la vida,

volverse incandescente y alumbrar a la multitud con el
esplendor de su vuelo.

Lima, a los 36 años de edad.

(De *Ser sin ser*)

¿Laberinto de amor?

1

No tengo un cuerpo:
soy un cuerpo.

No ocupo espacio:
soy espacio.

No abarco tiempo:
soy tiempo.

No anhelo todo:
soy todo.

No poseo nada:
soy nada.

Todo esto, alma mía,
no es un laberinto:

soy yo el laberinto.

2

Y mi hilo de Ariadna son tus ojos,
amada,

tus galaxias, tus eternidades al alcance,
tu abrazo

que aniquila este cuerpo,
este espacio,
este tiempo,

y me vuelve todo,
y me vuelve nada,
siempre tuyo, siempre mío,

uno y doble,
pareja en horizonte trino
abierto al infinito.

3

Amor —dicen— es un laberinto
que divide la mente y el corazón
hasta extraviarnos.

Así es

cuando el vientre
se entrega al minotauro
que impera al centro
de su desvarío:
la testa hecha testuz
y el cuerpo
más que desnudo
desnudado de su misma humanidad.

Pero en verdad en verdad
—así lo descubre el alma
que se siente cuerpo renacido—

el amor es

volar del laberinto
sin dejarlo nunca,
transfigurarle
sesgo a sesgo,
escalar el monte
en plena selva oscura,
encender la llama
en la ceniza siempre fénix,

apurar el cáliz
de la sed extinta

cuando no hay otro monte llama cáliz
que la selva ceniza sed del abrazo mismo.

4

Amor no es sólo la ceguera incandescente de mirarse.
Es el fuego.

No es sólo el manantial silente de escucharse.
Es el agua.

No es sólo la luz tangible del encuentro perpetuándose.
Es el aire.

Tampoco es sólo este aroma con sabor a dicha cierta.
Es la tierra.

Porque es el alma que se sabe cuerpo,
el tiempo que se sabe espacio:
laberinto en nada,
comuni3n en todo.

(De *A flor de mundo*)

Giovanna Pollarolo

Giovanna Pollarolo Giglio nació en Tacna el año 1952. Profesora universitaria y guionista de cine, es Bachiller en Humanidades con mención en Lingüística y Literatura.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Huerto de los olivos, Lima, Editorial Arcadia, 1987.

Entre mujeres solas, Lima, Editorial Colmillo Blanco, 1991.

TENGO UN SECRETO
bajo mil llaves escondido
pero mis ojos son como campanas de domingo
me salva mi boca
una tumba.

BIEN DIFÍCIL ES ser la musa de un poeta en estos tiempos
eres su mujer y él se aprovecha
de todas esas imágenes que lo asfixian
una casa una mujer unos hijos
y él hubiera querido alas
pero construyó una casa
lee el periódico y hace el amor durante el día
cada vez con menos entusiasmo
por las noches escribe
habla mal de ti
y cuando te encuentras en esos poemas
quisieras borrarlos porque a romperlos no te atreves
eres sólo la musa de un poeta
que no canta que se aburre
aunque después explique que no es por ti
eres apenas el pretexto

para desencadenar viejos fantasmas
quizás hubieras querido ser la musa
de un poeta de otros tiempos
y aún esperas ese poema que un día soñaste
cuando no habían construido una casa.

(De Huerto de los olivos)

Reencuentro

Estás igualita, me dice.

Los años no han pasado por ti, le miento.

Me casé, tengo dos hijos, decimos las dos a la vez.

Me va bien, sí, muy bien.

Tenemos que vernos más seguido.

Sí, tenemos.

¿De qué hablábamos antes?, me pregunto.

¿De qué, cuando no teníamos hijos, marido ni empleada?

cuando no era necesario encubrir ni adornar

una máscara bien puesta, casi cara.

Hablábamos, entonces, del futuro

cada una soñaba lo que ahora no es

o lo que ahora es, pero distinto

casarse, tener hijos

irse de la casa que parecía una cárcel

decirle adiós para siempre a las monjas

una vida de postal, sin ropa sucia

ni platos que lavar

esas cosas no se sueñan en los sueños.

Hacemos entre tantas máscaras sonrientes

el primer brindis

el segundo y el tercero

alguien ha traído las fotos de entonces

leemos los autógrafos

reímos de lo mismo de siempre, los profesores

que entonces eran más jóvenes de lo que somos

vuelven a parecernos viejos aburridos. Ellas,

solteronas histéricas, viejas amargadas

recordamos los grandes amores

que no acabaron en matrimonio

soltera, casada, viuda, divorciada, monja

sin hijos, con hijos, uno, dos, tres
cumplido ya el anuncio del juego de la soga
nos asombra la relación de compañeras muertas
las recordamos, nos entristecemos
bebemos, fumamos
contamos nuestras miserias, somos amigas
de una tarde
comparamos el tamaño de los penes de nuestros maridos
su habilidad o torpeza en la cama
los amantes.
No hay madre Giusseppina espiando detrás de la puerta
papá que nos mande a dormir, ni exámenes pendientes.
Días marcados por los timbres entre el recreo y la clase
nos recuerdan ahora la felicidad. Estaba ahí
y no lo sabíamos.
Como no podíamos saber que veinte años después
estamos soñando al revés
y lo daríamos todo por empezar de nuevo
cuando las cartas no habían sido todavía echadas.

Otro sueño parecido

Me convencieron, que no sea despacho, dije
quiero casarme con el dueño de una librería
me gustan los lapiceros y los lápices
los papeles de colores, el olor de los libros
él atendería la caja, yo a los clientes
nuestra casa en el segundo piso
a un paso de escalera el trabajo y la familia
cerrado a mediodía para el almuerzo y la siesta
a esa hora todos duermen en la provincia
en verano y en invierno
a las siete cerraríamos para comer y dar un paseo
jeso de estar todo el día parada! diría yo sonriendo satisfecha
es bueno caminar, huelen tan bien las rosas y los jazmines
el cielo de Tacna es tan azul en verano que da gusto
mano con mano, caminar
él, el dueño, mi esposo
yo, la ayudante, su brazo derecho
que trabaja y lleva la casa
limpia como un anís
cuando no hay clientes, aprovecho, sonreiría
plancho, lavo, cocino
nunca falta trabajo, contenta
de una vida sin sobresaltos ni sorpresas
él sería mi eterno enamorado
me miraría a la cara, adorándome
alguna vez iba a cerrar la tienda a una hora inusual
para abrazarme y hacerme el amor
sobre uno de los mostradores, o quizás
en el depósito de papel
¿Eso hubieras querido ser? preguntan asombradas
creen que me burlo, como siempre
y avergonzada termino diciendo que sí.

Confesión

Me gusta mucho, no la conoces
es más joven
sí, bonita
de nada sirve que sepas su nombre
nuestra vida de a dos no da para más
no es justo
soy joven y ya me dicen papel quemado
hemos sido felices, a veces
pero nos equivocamos
tú no me haces feliz
ni yo a ti
no sé si ella me quiere, tengo miedo
yo también
déjame quedarme como si fuéramos amigos
pórtate como una hermana y consuélame.
El y ella lloraron
se abrazaron, hicieron el amor
ella lloró de felicidad, él se durmió
¿Y?
Ahora él tiene dos mujeres
ella y yo.
*Mándalo a rodar, es un sinvergüenza
él también sufre, no es fácil
ofrece a Dios tu dolor. El hará que vuelva
¿todavía crees en milagros?
los hijos
denúncialo, es un bígamo
págale con la misma moneda.*
Alguien le dio un pañuelo
se felicitaron las solteras, solteronas
la criticaron, la alabaron, la compadecieron.

Pero la fiesta apenas estaba empezando
sirvieron más ron y con la copa en alto
parada sobre una mesa como en los viejos tiempos
alguien gritó
"¡Por los hombres que mal pagan!" Brindamos.

DESDE EL PEQUEÑO hueco descubierto en la madera
me siento poderosa reina
a mis anchas
en el suelo que es su techo
la cabeza calva de mi abuelo
hace números, cuenta billetes
su mirada no me alcanza
aunque levante sus ojos fieros
verdes temidos
no tiemblo ni escapo
sólo espanta un mal pensamiento
busca una mosca que lo perturba.
El lugar queda vacío y me empeño en seguir sus pasos
trato, otra vez insatisfecha
de buscar nuevos que alumbren
otras zonas del inmenso despacho
al que las niñas no pueden entrar
no es tarea fácil
hay huecos que las polillas
aún no adaptan al tamaño de mis ojos
me sigo arrastrando y lo veo
paraíso a mi mirada
reina otra vez
estamos en el depósito del maíz
puedo verlo de cuerpo entero
habla con una mujer que no conozco
se besan perdidos entre los granos
hacen cosas que no sé
juego prohibido.
A la hora del almuerzo no abrí la boca
podía mandar carpinteros a tapan los huecos
con tanto afán descubiertos
los nuevos por descubrir.
Pero mis aliadas causaron la ruina
el techo, que era mi piso
empezó a venirse abajo.
Nunca más volví a ver
la cabeza calva de mi abuelo.

SE SUICIDO MARILYN Monroe
en letras grandes, primer titular que recuerdo
del nuevo y moderno Diario El Correo del Sur
ya soplaban los vientos del progreso.
¿Qué es suicidó? pregunté el día entero
diario en mano, incierta
un pecado que Dios no perdona
resultado de la mala vida
salir desnuda en las películas
hacer películas
casarse y divorciarse, ofender a Dios
era
era, lo supe después
morirse de tristeza.

(De *Entre mujeres solas*)

Mario Montalbetti

Mario Montalbetti Solari nació en Lima en 1953. Lingüista de profesión, también hizo estudios de Derecho. Dirigió con Jorge Caillaux la revista de poesía *Nubetonta*. El año 1979 obtuvo el Grado Académico de Bachiller en Humanidades con mención en Lingüística y Literatura con la tesis "Estudio de una regla transformacional del Español: la elisión de la negación adyacente (ENA)".

Primer Premio de Poesía en los Juegos Florales de la Universidad Católica el año 1973.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Perro Negro, 31 poemas, Lima, Editorial Arybalo, 1978.

Bastante menos que una idea

No creas en la verdad.

No creas en la belleza.

No creas en el amor.

Siéntate al piano

sopla el corno

rasga la cuerda

y quedamos a la par.

No me alcances un beserol

si me duele la cabeza.

No repitas conmigo

películas que ya viste.

No creas que hay algo

importante en lo que haces.

Ni siquiera una buena acción

es tan buena como ninguna acción.

Octava nube o noveno cielo apartes

algún día el cuerpo será un hecho suficiente.

Lleva al marrano mas allá de los cerros

Lleva al marrano más allá de los cerros
y regresa antes de que comiencen las lluvias.
Cenaremos, me dirás que me amas y encenderás
la última vela que nos queda en el armario
para que pueda leer y tú jugarás con el perro
pastor que mantiene unidas las ovejas del rebaño
y luego
saldremos juntos a contemplar la luna (las lluvias
habrán cesado) y entonces me dirás
(los pinos apenas se mecen con el viento
la cerca de las vacas necesita repararse)
que mañana partes para las montañas.
Me propondrás dormir
afuera y entonces
entendí que tu serenidad era real y un beso
y con el aire como solitario desayuno

no tendré noticias tuyas sino hasta después
de un año. El tono de mi vida habrá cambiado.
Perderé la costumbre de leer y pasaré
las noches (los días me serán casi imperceptibles)
tratando de entender las constelaciones.
Miraré Orión y también algún capitán extraviado
en el Indico lo hará y hasta llegaré a ver la
estrella polar desde el hemisferio sur.
Las noticias dirán que lograste llegar
a Europa, que te civilizas,
y que un finlandés próspero maderero
te divierte interminablemente entre los pinos
(sus pinos) marrones. Recordaré entonces
nuestra última noche. Y luego dos, tres, cinco

hijos y dos cesáreas y el finlandés
en Nápoles y luego en Grecia
y luego en Austria tu salud comenzará con la tos
a derrumbarse pero el finlandés en Dinamarca
y entonces quedará muy poco de ti apenas
un borroso recuerdo mío y una tarde y el
finlandés perdido en el mejor desierto africano y
entonces ya no tendré las redondas constelaciones
encima y todo paraíso estará
irremediablemente perdido.
Vete ahora;
lleva al marrano más allá de los cerros.

Una realidad que subyace a todo lo que se ha venido señalando

No hay más silencio que el oscuro
silencio de mi memoria.
No hay más bosque que el opaco
bosque de mi historia.
No hay más óvalos plazas senderos
que los que más habrán
enlazando piedras y peces
en el centro del viento huracanado.
No hay más brújula que los ojos cerrados
apuntando al sur y al tigre.
No hay más tiempo que el cálido
tiempo del río
adelantándose retrocediendo deteniéndose
entre los jorobados enanos
que mendigan una limosna bajo el campanario.
No hay más rito que el transparente
rito de la ausencia.
Mi hermano aprieta el dedo y
toma una foto.

Mi abuela paterna conoció a mi tardío abuelo
materno construyendo barcos en las playas
pies descalzos bajo la lluvia de estiércol
de nuestra fauna implacable.
Mi único tío también afincado en la costa
crece viñedos bajo el sol duro de las dunas
y piensa en las gaviotas silvestres
blancas grises negras ágiles trozos de zinc.
Mi tía compró una finca vive de sus rentas
amistó con el párroco y conversa con el
gordo panadero pariente lejano y gran tema.

No hay más domingo que la familia
reunida alrededor de la mesa bajo el árbol
en torno al vino de mi único tío y las pastas
y carnes de mis primos.

Aquí esta Steva con la red en sus manos
y setecientas lisas lornas cojinovas
en sus barcas imaginarias
paseando por los mercados de aves
y aquí está Vita peinándose
para asomarse a la ventana y ver la calle
cuatro obreros pintan señales de tránsito
sobre el asfalto.

Ahora los ojos de Vita valen más
que los ojos de mi tía
jugando canasta haciéndole trampas a mi madre
y su amiga comentando el kilo de azúcar
y la edad de mi perra.

No hay más muertes que la incomprensible
muerte de Giova también primo y boga
y el camino hacia lo alto de la colina
que provoca el llanto del hermano la asfixia
de la madre y la serenidad del padre.

El alcalde del pueblo ha enloquecido luego
de una borrachera y el síndico promueve
almuerzos y lonches con los notables
haraganes toscano entre dientes
y magras jamonadas de chanco sobre pan
de maíz.

No hay más adivinanzas que las tibias
adivinanzas del obispo a sus feligreses
los días de servicio usualmente dedicados a
santos locales y mártires vecinos
ataviado de sombreros y cayados preguntando
con el índice alzado

por las sequías de la zona norte donde
las cordilleras y los pastores impidieron
levantar la capilla canallas
la condenación será eterna o no será.

Y aquí está Sandra ella
vive sobre los peligros del trompo y la cometa
y la propina escuálida del tío granjero
el primer pariente que subió en avión.
No hay más playas que los botes rojos y verdes
inclinados al sol cubiertos de algas pasadas
recuerdos de inactivas constelaciones que baten
las alas del mal.

Y aquí está Filipo con la última estampita
de álbum canjeada por un rollo de pabito
y un bolígrafo de tinta verde
usado de segundo a cuarto de primaria.

No hay más amor que el perdido
amor ni más tristeza que el amor que habrá.
He amanecido en la estación del ferrocarril
pegado a las bancas de madera.
He enterrado a mi séptima mujer
y el campo no me ha entregado la siguiente.
He caminado de vuelta a casa
y he ocupado mi silla en la mesa de los
domingos bajo el árbol en torno al vino
de mi tío costeño
y he escuchado a mi padre decir
mi padre le pasa el plato de uvas a mi madre
y la besa
que no soy fotogénico.

Después de por supuesto mi mujer yo

Después de por supuesto mi mujer yo
quiero a mi patria y
aún antes que a mi patria yo
quiero al cielo y
aún antes que a mi patria y
aún antes que al cielo
pero después de por supuesto mi mujer yo
quiero al mar y al monte azul también y yo
quiero por supuesto a dios
antes que a mi patria y

se levanta un militar de mi patria y
dice que la patria es mujer, cielo, mar y yo
quiero a ese militar
antes que a mi patria
pero después de por supuesto mi mujer y

mi mujer quiere por su puesto a un industrial
antes que a su padre y
aún antes que a su madre y
por supuesto antes que a mí

(De *Perro Negro*, 31 poemas)

Quasar / el misterio del sueño cóncavo

*I join these words for four people,
Some others may overhear them,
O world; I am sorry for you
You do not know these four people.*

EZRA POUND

Tu mano de garra pudo acariciarme la frente; pero no lo hizo.
Tus tetas de barro pudieron descolgarse sobre mi rostro; pero
no lo hicieron.

Tu sexo andrógino no se permitió debilidad alguna.

Recorres en silencio el silencio del cuarto

con una cabeza humana entre tus dientes.

¿Dónde está ahora tu cuerpo, pequeño tigre?

Las sábanas de la noche están mojadas de esperma de sangre y
de sudor.

Mi miedo es mi brújula y mi miedo, pequeño tigre,
es el centro de tus círculos concéntricos.

Abismo es la distancia entre el arco más alejado de tu asedio
y el mueble punto sobre el que te ciernes.

Sentado sobre el catre blanco trato de replantear el Este.

Tus ojos espejo continuaron la senda helicoidal
y se bebieron toda la luz;

tu tráquea ha sorbido todos los ruidos.

Tu cola sincéntrica ha enlazado todas las distancias.

Abismo es la distancia que nos encuentra, pequeño tigre.

Busco en mis planos la estructura del asedio;

sólo encuentro a Tokyo en la palma de mi mano.

Abismo es la distancia que nos devuelve, pequeño tigre,
a un orden nuevo.

La palabra "real" tomada en sí misma es difícil de comprender.
En viejos ascensores atascados recorrí segmentos del asedio
¿persiguiendo? las huellas invisibles de tu paso.
Nada se ve, nada se escucha, oh imbécil amo del silencio,
en ese limbo espeso como la brea: todo se siente.
Yo siento el pesado aliento del viaje de tus pómulos, pequeño
tigre.

Huyo al baño para tratar de resolver el asedio.
La toalla inmaculada pende de un gancho de aluminio
desplomándose como una catarata detenida.
Me miró en el espejo, hace demasiado calor, y me pregunto:
"¿Es esto real?"

Saco mi lengua reseca y mi lengua, pequeño tigre,
lame el pelambre regular de tus lomos; sin tocarte.
Eres bajo una forma de ser
que toda mi experiencia anterior me dice que no es.
Eres igual a mí pero vacío.
Y sin embargo eres costumbre cuerda nudo asombro aliso.
Qué mejor guarida que el espejismo de un tigre
si en realidad habitas mi páncreas, mi hígado y mi recto.
De cara al espejo entiendo la geografía de tu asedio,
pequeño tigre, la nomenclatura de tus esferas.
Yo soy la duda y el que duda.

Existe un lenguaje sin género ni número,
sin caso ni tiempo ni modo, sin activa ni pasiva.
El nombre del lenguaje está inscrito en signos binarios,
con largos fémures bajo la forma de pequeños rabitos.
Ninguna realidad está debajo de ese lenguaje;
sus palabras no mencionan objeto alguno.
Con ese lenguaje construyo el abismo que nos encuentra, pe-
queño tigre.
Mis sonidos se sustentan en el error,
tus movimientos circulares son la naturaleza del cortejo.
Sigues siendo, pequeño tigre, sigues rondando.
Sigues burlándote de mi grosera semiología, sigues girando.

Mi cuerpo volvió a sentir la torpe necesidad de la colcha.
Dejé el baño; cerré la puerta; regresé al catre (blanco).
Un lago oscuro se elevaba sobre sí mismo
levantándose en espiral desde el centro de un ruido.
Capas sucesivas y tibias comenzaron a desprenderse de las
superficies del lago
desplazando el oxígeno, invadiendo cada zona del cuarto.
Un violento olor me sumergió adentro
por los canales discontinuos de la metástasis ...

...

Has meado, pequeño tigre:
¿es ésta la señal de tu permanencia?

Tendido de cara al techo imagino la curvatura del asedio.
Intento reconstruir la historia con un juego de espejos
colocados en un solo tiempo.
Un sueño es un acto de inteligencia.
Vagas y oscuras formas comienzan a delinearse
con la misma irregularidad limítrofe que la de la costa y el mar.

Ya no me muevo;
el cansancio y el sudor han tomado por asalto mi cuerpo.
El abismo se colma; los espejos ya no refractan;
ubres umbilicales interpretan las geometrías.
Mi tacto y mi olfato fundarán el universo.

Tu cuerpo, pequeño tigre, se tiende sobre el catre junto a mi
cuerpo.
Mis uñas raspan desde el temor los cursos laterales de tus lo-
mos;
viejas cicatrices se abren paso entre mis dedos
dejando una estela segura:
Zonas gélidas, zonas tórridas, se suceden en transición.
Ya no hay delante, debajo, encima ni detrás;
sólo permanece el entre, llenándose y vaciándose,
siguiendo el ritmo de las branquias de la noche.

La esperma, la sangre y el sudor suplantán al catre.
Aparecen los falos.
Monte sobre trueno; viento sobre viento; trueno sobre fuego.

Yo siento tu falo, pequeño tigre, horadando mis cavidades;
devastando.

Continuando un movimiento natural que nos contrae
adentro, adentro, hasta las arcaicas simas.

Mi temor encuentra un nuevo espacio:
temo que mi falo te aniquile, pequeño tigre.

Ese nuevo espacio es falso; no hay espacio.

No tengo aire; tu aliento lo transforma todo en azogue; no tengo
aire.

Mi falo se eleva sobre sí mismo
iniciando un viaje esférico que lo resume todo
(el espejo, el abismo, el lenguaje, el baño)
en un solo movimiento.

Y al final de su recorrido la redonda morada apareció en su
exacta ubicación:
mi falo perforó hasta tu último quark.

Todos los sentidos convergieron: todos los movimientos.

Un viento huracanado revolvió el cuarto
girando en torno al eje de la doble cúpula.

Por primera vez te veo, pequeño tigre:
tendido, extenuando, hermoso y limpio.

La noche comienza a perder densidad.

Tu cuerpo comienza a perder consistencia.

Un irreparable orden ha quedado suspendido en la trastienda.

Hemos engendrado, pequeño tigre, la miseria de una metáfora
útil.

(En *Hueso Húmero* Nº 1, abril-junio 1979)

Edgar O'Hara

Edgar O'Hara González nació en Lima el año 1954. Ensayista, periodista y profesor universitario, O'Hara fue miembro fundador del grupo *La Sagrada Familia*. En 1978 obtuvo el Grado Académico de Bachiller en Humanidades con la tesis "Temas y motivos de la poesía de Javier Heraud". Al año siguiente obtuvo la Licenciatura en Lingüística y Literatura.

Primer Premio en los Juegos Florales de la Universidad Católica en 1972.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

- Situaciones de riesgo*, Lima, Ediciones del Labrador, 1974.
Dominios imprevistos, Lima, Ediciones Tallo de Habas, 1975.
Orígenes y finalidades, Lima, Editorial Melibea, 1976.
Campamento, Lima, separata de la revista *Ave Destino* N° 6, 1977.
Observaciones ínfimas, Lima, Editorial Dédalus, 1977.
La mujer de la luna llena, Lima, Ediciones La Sagrada Familia, 1979.
Huevo en el nogal, Lima, Ediciones La Sagrada Familia, 1979.
Mientras una tórtola canta en el techo del frente, Lima, Ruray Editores, 1979.
Contaminado por la sombra del sol, Lima, Ruray Editores, 1980.
Trayectos para el hereje, Lima, Ediciones del Azahar, 1984.
Lengua en pena, México, FCE, 1988.
Curtir las pieles, Lima, Jaime Campodónico/Editor, 1991.

Solo de guitarra

*Empezar un poema sencillo
que no entendiera nadie salvo tus ojos
demorando a los viajeros: esa música
sigue el rastro de tus manos.*

*Corregir el poema levantando
cada palabra
hasta tus ojos: alojarlo nada más
en la palma de tus manos.*

*Pero nunca terminar este poema
y sentir el ritmo de tus manos
en la huella que en silencio
tus ojos dejan sobre la piel.*

Una ciudad, sílabas

Casas, techos, palomares / baúles, cacharros, cordeles de ropa/
piel de gallina cuando aún el sol

el viento late entre los edificios

las copas de los árboles: manchas en una tierra
color nada

asfalto / frutas y verduras machucadas / papeles, chapas de
gaseosas, palos rotos de anticuchos / asfalto / grasa
untada en las calles, seca

la luz de abril escurriéndose en el pasto

parques enrejados, parques agujereados, hechos de polvo

todas las tonalidades del gris, escombros
de la mañana

la sal trepa los acantilados / panal de las moscas /
sazona el hedor

espinazos de pescados en la orilla pedregosa
rociada por un mar que arde y hiela

arriba las botellas / espuma disuelta y migas
de pan debajo de las mesas

la navaja y el cuero / el mandil blanco sobre la silla
giratoria / pelos en el piso

adobe, quinchas, periódicos a modo de cortina / una
galonera de kerosene

agua agua agua agua agua fresca en la imaginación / la lluvia
da sed

el sudor a cebollas petrificado en las veredas

mercaderías multicolores desparramadas

el río se arrastra a sí mismo, ahogado en su caudal

golondrinas, palomas, gorriones, gaviotas, sombras
donde la úrea resplandece

los campanarios se borran con la tarde / levanta
la neblina el incienso de mugre

zapatos de gamuza / sandalias de jebe

todo a oscuras

lengua de gatos, lengua de perros, lechuzas y murciélagos

y cráneos indefensos y peligro y muerte o
dolor

Noche irlandesa

Verde corazón encendido cuando ya Europa duerme:
mantienes
la tiniebla en las playas filudas.

Y los gnomos
salen a escondidas con sus bastones de tres hojas.

A pesar
de los dientes cariados y el andar tambaleante,
¿quién los desunirá?

En el *Purgatorio* de San Patricio las almas en pena
muerden las rocas
pero el León permanece en la isla.

A mediados
de febrero
Valentines y Valentinas intercambian mensajes
en el fondo de las celdas: en las paredes
las Miniaturas
hablan del horror y el hambre.

Emblema
de los Mártires
que a oscuras reciben la luz
de la desnutrición.
¿quién olvidará?

Contra la tierra los incrusta la garra
del León, contra la evidencia
se ufana la boca del león.

Mañana estarán conmigo en el *Paraíso*, diría
el Patrono
a los combatientes.

Pero que sea el mar

quien los traiga
de regreso aquí.

Nadie aguanta la noche
oh verde corazón
tasajeado por la fiera.

en el gorjeo de las gaviotas
en el humeante murmurio
de la cerveza.

En esta ciudad
los viajeros no emprendidos se aferran
al crepúsculo y al extático sufrimiento
desatado.

Las constelaciones aletean
detrás de la neblina.

Sobre los barrancos
fermentan las pesadillas
de siempre. La música se acaba
como el aliento de un fósforo que hiere
la yema de los dedos.

Llega la hora.

El prófugo asciende
al desencuentro
con la luz, despedazado.

Y aunque no vuelva, cantará
en sus esquirlas de colores.

Sobre un tema de Updike y McCullers


El corazón es un conejo acorralado:
huye de ferias, cines, trenes subterráneos
en busca de sí mismo.

El cazador solitario corre
tras la presa: en el fondo de sí mismo
suena el disparo.

(De *Lengua en pena*)

Destinatarios

como la lluvia se repite, incansable

quiero MMM pero me sale 

en la madrugada empieza el oficio del
ratón, rasca que rasca las bolsas de
plástico en el cuarto vecino, rasca
que te rasca la respiración de la ra-
ta en el cuento de Kafka, hasta rom-
per la placenta del sueño

en camino para un largo viaje

sofocación, sudor que recorre el an-
tebrazo y llega a los libros

más directo que un objeto

dominado por dos torres que coronan
la colina de gradas. Pasas el arco y
te topas con un jardín donde los es-
tudiantes toman sol semidesnudos o
juegan a lanzarse un platillo duran-
te horas o dan de comer a los perros
que educadamente acuden por una ración

hasta quemar el último castucho

moscas chanchas e inofensivas. Salen
en fila, tienen horario para fregar la


pita y después se borran como en un número de Doug Henning, el mago

con lanza de oro

en las márgenes, agítase en la hoguera arrancándose la piel que ninguno desconfía, que a nadie interesa: en una orilla el agua envenenada, en la otra

no lo sé de cierto, pero supongo

uno se termina acostumbrando al golpetear de la lluvia, al éxtasis de un relámpago y al olor a tierra que el viento reparte por la mañana

un  *hincha sus pulmones*

tics de la escritura heredada, más difíciles de erradicar que una bola de moco de la punta de los dedos

como si renovara la invención de la carne

o por atrás, de Portland a Union, agarrando Pershing hasta la esquina de *Pasta House Company*, por los edificios de los europeos: viejas gordas con pañuelo en la cabeza que hablan yiddish o checo o ruso a niños rollizos de ojos azules con pinta de carne enlatada

de pie ante el umbral del futuro

destinatarios, máscaras para atraer al
lenguaje, caudal de representaciones de
sí mismo

ya hablaremos de nuestra juventud

por Lindell, a la izquierda Forest Park
y ardillas como cancha escurriéndose por
las hojas secas, buscando escondites pa-
ra sus bellotas

una fronda de estiracol y confeti

cotidiana que difícilmente toma por asal-
to. Recordé a Descartes y su taza de cho-
colate. ¿O era Leibniz? Lo leí en el libro
de García Morente hace un chupo de años.
Ese territorio mudo del que surge la escri-
tura. ¿Cómo se limpiaba Rilke los dientes?

negro trozo de celeste cerdo

y hojas y más hojas que no acaban de caer
y las del vecino que el viento trajo de
contrabando y las de la calle que se cola-
ron al jardín quién sabe cómo y la cacería
no tiene final y son bolsas repletas que
hoy vacío en una esquina y volveré a lle-
nar al día siguiente, mismo Sísifo

he dejado descansar frístemente mi 

el campo el paisaje exacto de ese laberinto de diez mil fragmentos que a uno le regalaban de chico y terminaba siendo la delicia de abuelos, padres, tíos

últimas señales que hice para el otoño

ciudad conservadora hasta en los disfraces de Halloween

feudo nuestro la gloria será

arañas, grillos, cucarachas, sin contar los pericotes. Ni que uno fuera San Martín de Porres: a ver cómo pescan un refugio contra el frío. Pero esta no es el Arca y así tuve que echar Black Flag Mata Todo, dejar pan con veneno y una especie de pizza con un material que los atrae y del que luego no despegan las patas ni con frotación Charcot. Pero

me despido del silencio

en las plantas el hielo metálico del piso de la ducha y en la carne el áspero tacto del jabón. Busco al filo de la luz el calor que ya niegan las maderas y los cristales. La mano es una estrella que se arruga en el papel

al poderío de tu nombre

picotean una ardilla aplastada en la pista,
gritan de contentos con ese graznido que no
hubiera entusiasmado a Poe de haber conoci-
do el cassette. Se la tragaban o bebían la
sangre, no pude ver bien

su alma es una ~~de~~ que zumba

la nieve? Ya los quisiera ver. La nieve es
el dilema en las cumbres de Ticlio, cuando
uno baja del auto, estira las piernas, ha-
ce una pelota para arrojarla contra las
faldas del cerro, se mete al carro y con-
tinúa el viaje a La Oroya

condenado a una cruel servidumbre

National de Kingshighway y Delmar, en un
barrio negro. Casi no se ven blancos. Em-
pujamos el carrito hasta el final de la
playa y de ahí cargamos las bolsas de re-
greso. En esos viernes fue que mancó el
pisco que había traído la China

lento naufragio del deseo

a punta de sopas, chocolates y bourbon,
mientras en Forest Park siguen haciendo
jogging vestidos de astronauta bajo el
granizo

DENTRO DE LA ROSA DEL DÍA

los autos, una manada de bisontes cubiertos de nieve

em cucarachas blancas

la perdiz canela con puntos luminosos en el pecho y las alas. Bajo mi tetilla derecha miro los colgajos de carne: tumores como hongos o racimos de lunares en la piel magullada. El ave se escurre de mis manos como bañada en aceite y vuelve al barro

amor que apenas hace un rato era fruto

me conduce a un lugar donde el Gallo y Moro suelen conversar de poesía. Ambiente que destila esa polvareda de la chacra y los matorrales. La casa de adobe mira al río: piedras secas en un cauce con hilos transparentes. No hay nadie, salvo la mujer que lava la ropa en un remanso. Sigue en cuclillas y alza la cabeza seductoramente. Se levanta la pollera y contemplo sus muslos brillantes, el sexo dilatado. Estoy encima de ella, arqueada sobre la corriente; apenas la palpo me sopla al oído que es la hija de Eguren

pero eeeee y me muero por mi cuenta

los brotes, los trinos, abrir las ventan-
nas de una en una

esperando como nosotros la resurrección

esporas de las flores producen una aler-
gia, irritaciones de la córnea. La pri-
mavera se paga, indudablemente.

un trapo consumido en los rescoldos

y escribe y borra su página de tierra

(De *Curtir las pieles*)

Pedro Granados

Pedro José Granados Agüero nació en Lima el año 1955. En 1987 obtuvo el Grado Académico de Bachiller en Humanidades con la Memoria "*Estancias, síntesis de imágenes aéreas en la poesía de Javier Sologuren (1944-1960)*".

Actualmente reside en los Estados Unidos.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Sin motivo aparente, Lima, Edición del autor, 1978.

Juego de manos, Lima, Cuadernos del Hipocampo, 1984.

Vía expresa, Lima, Instituto Nacional de Cultura, Colección "Piedra de toque", 1986.

Muro de las memorias, New York, Latin American Books, 1989.

*ACASO ESCRIBIR SEA un puente
para que no se acumule el odio
en una sola ribera,
y puedan cruzar también
del otro lado
algunos momentos buenos,
alguna mirada
con reflejos amables,
alguna ternura.*

*Probablemente escribir sea
escribir,
renunciar a la rabia o al abatimiento.
Que son irrenunciables.*

A Tilsa Tsuchiya

No hay color que no palpite
y no nos abra a la vida,
no hay rosa, no hay oficio conocido
o desconocido
que no nos diga de detrás, de siempre,
que no nos llame discretamente
en las sienes.

Hay rosas, hay sensaciones extrañas
como un collar radiante,
como un abrigo tibio,
como una precipitada cascada
que persigue a los peces más jóvenes
para acariciarlos.

No hay extremo, no hay orden
ni desorden ni aventura
ni recuerdos,
todo es un solo oficio,
todo es un solo puente,
todo es un solo brillo de sol en el agua,
en la lengua, en los dientes.

No hay partida, no hay retorno,
no hay lejanía.

Sólo una hermosa col
con sus hojas frescas y calladas.

Vida doméstica

Puedes responderme que las voces
te llegan del otro cuarto,
que miras tus propios ojos
recorrer los estantes,
el pasillo,
la calle como un fino hilo de vida.

Puedes preguntarte si las olas
aún alientan indelebles
en tu memoria,
si el amor es una cuenta fija y segura,
un círculo conocido
en la dispersión.

Debes preguntarme
si las flores son feas o bonitas,
si hay cubiertos para este uso,
si en algún lugar, esto es lo usual,
si en algún tiempo, esto es lo usual,
si con algún otro corazón.

A mis padres, in memoriam

Quizá deba ser padre de muchos
y abuelo de una infinitud
para entender algo de la vida.
Juego solar de sombras
y emblemas de la luna
(fases terribles y necesarias).
Cuarto creciente,
cuarto menguante,
cuarto lleno
y vacío también.

(De *Vía expresa*)

EL DISCÍPULO NO es más que su maestro.
Así, todas las desgracias son inevitables
para aquél que se aficionó a los muertos.
Mis padres amaron a sus padres,
yo amo a mis padres, y tal vez
alguien me ama a mí.
El discípulo no es más que su maestro.

(De *Memorias de un hombre*)

AHORA QUE EL aire es un cuerpo querido
que llama por la ventana
—quiero imaginar que es así—,
ahora que estoy con antibióticos
porque al menos estoy con alguien,
y soy un pez que remonta la corriente
que no cesa,
y soy un buzo que bucea
y no sale a flote.
Ahora tengo una simple pregunta,
una elemental, y que no la hace mi mente
sino mi mano.
Una simple pregunta que tampoco tiene
respuesta intelectual,
que no es esto ni aquello,
sino algo más liberador que una elección,
algo más convincente que un proyecto.
Y así puedo soltar las amarras sin temor
—“Lea sin temor”, hermoso título para un libro—,
escaparme como unas monedas
que enseguida gritan sobre el pavimento,
ser el teléfono descolgado, la rota bolsa de papel
que ya no sirve.

NO CONOZCO NUEVA YORK,
todavía no conozco nada
de Nueva York.
Ayer me llevaron a Jones Beach:
gente morena como en cualquier playa de Lima,
mar marrón,
gaviotas enormes entre otras más enormes todavía.
También, como siempre, el amor
desfigurándome el rostro, haciéndome un monstruo
en Lima, Madrid o Jones Beach.
La garra del amor.
Y ahora estoy limpiando un cuarto
y acomodando una pequeña biblioteca
y escribiendo
—echado de sexo sobre una alfombra violeta—
sobre Jones Beach o sobre Pessoa
o sobre la poesía íntegra de Alejandro Romualdo
o sobre los argonautas de Malinowski,
libros que he revisado hace un momento.
Como un mono amante de una reina
como una serpiente llamando
a la puerta de un pubis
como una fiera dentellando las fauces.
Así escribí siempre y así escribo ahora,
antes de vomitar para no morirme de hambre
como en un festín romano,
o antes de llamar a un teléfono que no suena,
que no puede sonar porque está muy lejos,
que no debe sonar
porque ya no existe.

(De Muro de las memorias)

Raúl Mendizábal

Raúl Mendizábal Román nació en Piura el año 1956. No ha publicado libro. Cursó los Estudios Generales Letras entre 1978 y 1980, dirigió con José Antonio Mazzotti y Eduardo Chirinos la revista *Trompa de Eustaquio*.

Primer Premio de Poesía en los Juegos Florales de la Universidad Católica en 1979.

No es sexo en abundancia...

*no es sexo en abundancia
ni un kilo de carne de más
ni lujuria de cualquier otro tipo
ni dos canales del televisor a la vez
ni un buen enema en el culo
empezar quejándose
que los versos realmente hermosos
se van los malditos
como anillo de bodas por el sumidero
es aceptar la calva del crítico
los besos de periquete
el comentario infeliz
sin escupir de costado*

*empezar no es recuperar las palabras pidiéndoles perdón
ni tirarlas de los pelos
ni desdeñar su luz en medio de una habitación muy grande*

*empezar el poema es salir del cotarro
como quien sale del auto
a darle su hmmpujadita*

(En La Última Cena, Poesía Peruana Actual, 1987)

Prima Julianne

ella hizo muy corto el camino desde berkeley a detroit
allí peleó junto a los negros y ubicó bombas en la motown allá
por el 67

época de sus diecinueve floridos años
en que morir no significaba nada

en harlem quiso ser negra
y en red-star reservation un piel-roja más

ella intentaba tocar a la gente a través de un muro de cristal
hasta que conoció a ed

ella pensó es un licenciado del viet-nam
algo especial algo especial

con él creyó tener el mundo hecho un nudo en su cintura
pero ed sólo había servido en una base de operaciones

y nunca escuchó silbar una bala en el frente

y su mirada era aún ingenua

y su forma de ver el mundo también

hasta que su vida se hizo insoportable al lado de julianne
no creyó conocer ni sentir nada

pues todo lo convertía ella en nudos

o en cadenas de dudas

dudas detrás de dudas

y falsas interpretaciones

ella para entonces gritaba
que cuanto comía no sabía a nada

que las fresas y uvas a cera

que todo cuanto había detrás de una valla bicolor ya no le in-
teresaba y gritaba y gritaba

y culpaba a ed de haber arruinado su vida
y salió a las calles como una loca a tocar a la gente
y a hablar con los mendigos
y a aprender oficios pequeños en los que prodigaba sonrisas
indulgentes
 a sus sencillos maestros
 y cariño impostado para sus hijos
 y cuidadosas anotaciones de cumpleaños y aniversarios
 en su atiborrada agenda
hasta que se dio cuenta que estaba embarazada
y regresó donde ed

y quiso a ed como creyó quererlo
y aún cuando wounded-knee había estallado
y hubo quema de trigo excedente en lugar de donarlo a los
 pobres
y la woman-liberation abría aún más las piernas al sentarse
 desaprensivamente
ella cuidó de ed y fue como su esclava
y lo invitaba a acariciar su cada vez más abultado vientre
pero ed ya no era ed más

ni era ed el mismo
él dejó una pensión asegurada para julianne y para quien mierda
 tuviera que venir y se largó
se marchó al Canadá a tumbar árboles
a fornicar cada sábado religiosamente
y hacer de su vida
 nada especial nada especial

oh julianne julianne
no sintió asco al limpiarle el culito a su pequeña hija
ni aquella tierna repugnancia al cambiarle de pañal
y darle el pecho le producía la misma emoción que discar un
 aparato telefónico

julianne julianne

dónde has llegado querida
dónde has llegado con tu pálido amor
*he llegado hasta ed en ontario
a sus pies con un tiro en la sien
como un árbol que nunca ha enraizado
como un árbol que nunca copó*

julianne al morir sintió todo de golpe
la sonrisa de ed que era más triste
sintió las manos y los pechos tan llenos tan llenos
sintió cariño en miles de palabras de agradecimiento
y de dios te guarde señora
y sintió verdadero asco y verdadera ternura
cuando julianne murió

Sira dijo hoy...

Sira dijo hoy que pensaba en una iglesia como un lugar donde
no hay ruido
yo pensé en su dormitorio marihuana música y en sonidos de
besos y cópulas

(hay tiempo para nosotros pero no para nuestros hijos
no hay tiempo para sus ojos sino de esperma vertida sobre un
piso oscuro que no nombra
no hay tiempo para pensar sus manos que acariciaremos jugando
sobre el césped
sólo tiempo para nosotros que hacemos del amor una fruta que
deleita
sujeta a las estaciones)

Sira dijo hoy que pensaba en una iglesia como una casa donde
se llora
imaginé el heno (que nunca he visto) y árboles y pájaros volan-
do y nubes arriba como lentas vacilaciones

(En *La Ultima Cena*)

Pobre París de la gente

pensé en las noches de marzo compuestas de mil ideas y
hesitaciones (pero nada que decir) y decidí desceñir de tu
cintura el tedio de los días: en parís

dijiste que el juego del agua y las marsopas en el zoo parecía
algo anatural como si el rubor de tus mejillas no fuese un
truco de revlon

no sé si por eso días hacer el amor era un collage de fantasías
un menage a trois entre dos y un perro que lamía las plantas
de los pies o las sábanas negras de satín (en 3 sitios perforadas)

pensé sí que las peras caían del olmo

y que nos empachabamos con leche amarga en el podium
pallatino para después fundar parís (lutecia?) como mi arado / tu surco mediador

los días peau-fort las noches también
abrieron un surco nuevo en tus caderas recogidas
no nos besábamos en los elevadores por tu denso horror al
que dirán en el ritz pero hacíamos cola en los mingitorios
para amarnos impacientes resguardando lo oportuno de
nuestro amor

no encendimos la luz en marzo a fin de conservar la atmósfera
propicia de los sueños mas cada cual amaneció caído de la
cama a

oh querida querida

si hubieses sido la mujer de la almenaire cuando recién te

conocí en los bois de la reserva o si un suave personaje de
renoir en mont pellice/quizás te hubiese dado en pascuas
acceso a mi c. corriente o un discreto apartamento en la rue
de louvois "bajo la lluvia larga"
pero no hay nada que decir ma farruquine
y soñar no cuesta nada

(Inédito)

Piura

(cantó
ella cantó
con la mano apretada al escote
cantó
echando su cabeza para atrás
orgullosamente)

las calles de la ciudad se me aparecen sin gente ahora
la hojarasca de tamarindo, las raspadilleras, el orín de los perros
por las esquinas
qué raro mean los perros en piura
cómo alucinan el calor los perros por grau
cómo alza el vapor amarillo de meadas de perro desde el asfalto
cómo los curas agotan la electricidad de los niños
cómo incendian su calma inocente y ávida
lo único que poseen

no sé cuántas veces navegué hasta el río seco de piura
a través del mar seco
de piura, ni cómo
cuántas respuestas desprendí de las paredes garrapateadas
tan altas para mí como el empire-state, tampoco
los niños se aburrirían mirando el dibujo de las baldosas en sus
casas

yo leía renard en una mano y con la otra deshacía perejil en la
nariz de mis conejos

para entonces era sólo
la amistad era la cólera de algunas cabezas conspirando al rape
por el calor de la provincia y el miedo a los piojos

(todas esas frentes chocan mi frente en las noches que estoy solo
y veo sus risas desdentadas)
amistad eran cañas recogidas del río, aguzadas y escondidas en
las rutas al colegio
para en la salida batirse: slam
slam, tiquiti-tiquiti, slam
apuntando a los ojos
era lo perfecto

están también las viejas después de las seis
las del comité de verbenas
y del tres estrellas
y el grau
de cómo está el querubín bin-bin (en la cama con gripe señora
aprendiendo la paja)
por qué me aventaban a ellas a besarlas
yo les tocaba en las tetas
adrede
para que se alejen

cómo la escucho cantar
a ella se las apretaría con ganas
pondría su collar sobre mí como una corona
le robaría el pañuelo del escote (pero ella es gorda) así la amo
oh, ella ahueca su pelo rojizo (cómo la puedes amar si ahora
parece una puta?) pondría el pañuelo a secar digo
lo estiraría para pintar sobre él con doce colores:
personas
animales
cosas
mínimo común múltiplo, todo eso, sí
(pero ahora parece una puta)

Mi país es la infancia...

mi país es la infancia
su juicio claro y definitivo
la propina correcta y tiesa la cachetada
y la raya del pantalón

mi edipo una cesta de frutas subida
mi tacto seguro en la oscuridad sin embargo
la intuición redonda y pura como esfera de acero
honestas y contundentes
por dentro y por fuera
las faldas de mi madre crujientes de almidón
la ausencia de mi padre un retrato sepia
y mi infancia ha sido clara y sedosa
aún cuando era primero en matemáticas
y engreído de curas
y las faldas de mi madre las subía poquito a poco
y que de todo eso era yo consciente
a través de un hueco simulado
en mi bola de acero
y aún cuando mi padre sufrió de alcoholismo
y precipitación
no me vengas con dos culturas
y todo eso

(En *La Última Cena*)

Magdalena Chocano

Magdalena Chocano Mena nació en Lima el año 1957. Historiadora de profesión, obtuvo el Bachillerato en Humanidades con mención en Historia en 1982 con la tesis "Comercio en Cerro de Pasco a fines de la época colonial". En 1986 obtuvo la licenciatura en Historia.

Primer Premio en los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos en 1982.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Poesía a ciencia incierta, Lima, Safo Ediciones, 1983.

Estratagema en claroscuro, Lima, Instituto Nacional de Cultura, 1986.

Abstracts

The following abstracts are taken from the 1977 Proceedings of the American Society for the History of Biology, published by the American Society for the History of Biology, 1977, pp. 1-100. The abstracts are arranged in alphabetical order of the author's name.

For more information on the American Society for the History of Biology, contact the American Society for the History of Biology, 1977, pp. 1-100.

One of the main reasons for the success of the American Society for the History of Biology is the quality of its publications.

Since its first issue in 1966, the American Society for the History of Biology has published a number of excellent volumes.

The American Society for the History of Biology is a non-profit organization dedicated to the study of the history of biology.

For more information on the American Society for the History of Biology, contact the American Society for the History of Biology, 1977, pp. 1-100.

*CÚDATE DE MI poema
no le tengas piedad
si fueras lo que yo
le guardarías la distancia, la cautela*

*Duda de mi palabra
óbvia la
pero aun recelando su treta
créeme el poema*

*Yo, más que tú le temo
duelo me da su aleve esquivo grava
como caballo imposible
o como mar sin atajo
miedo me da su futuro
su acabóse para nunca
que se atasca entre mi sombra*

SIEMPRE ESTOY MIRANDO a una niña
y mis ojos brillan en la noche,
aunque yo no quiera decirlo
ella me pone la voz en las palabras.
¿Quién enciende sus luces en lo oscuro?
Soy yo que abro los ojos desvelada,
deja penetrar en mí tu amada sombra,
deja que me complazca en la nostalgia.

Con mi estrella animé su figura,
ella seriamente juega,
ella es cruel,
ella sueña,
ella espera,
respira desde mí la implacable, belicosa criatura,
blande desde mí su haz de varillas de hierro.

Sé bien quien eres,
de ti no renegué, voto de insumisión,
tú que te lanzastes al centro de las tormentas
¿he de decir más?
Agitas tu cabeza y se revuelve tu cabello,
estás viva, no perdiste nada,
y otra vez tu pequeña dimensión
me recuerda lo entero irrenunciable;
remota dignidad no estuviste en silencio
entre los guerreros,
iba yo con ellos,
brillaban mis armas
y mi ojo penetrante y despiadado
se mantuvo en el trance.

Un brazalete adorna mi muñeca,
lo miro mientras me apoyo en mi lanza,
velaré, velaré toda la noche,
la estoy viendo en uno de los patios silenciosos.

No sé donde me encuentro,
hora tristísima es después de la batalla.
Ella juega con perlas de colores,
está haciendo un collar,
ese collar rodeará mi cuello;
ella está tranquila,
vibra su espaciosa calma secular,
su promesa en mi sombrío corazón.

A Vermeer de Delft

A veces me siento como aquella que pesa las perlas.
En la penumbra atenta al punto de equilibrio
sostengo entre mis dedos la finísima balanza
y siento perlas que escapan a mis manos.
Mi traje es amplio y de muchos vuelos
para distanciarme del aire y darme el espesor necesario,
mis mundos son las perlas que resbalan en la madera
o brillan en los minúsculos platillos de la balanza,
mundos irregulares que comparo cada día
renovando cálculos pacientes,
mediciones de la oscura astronomía de las perlas.
Absorta sopeso los mundos,
durante horas absorta en las perlas,
hasta rozar la indiferencia.

(De *Poesía a ciencia incierta*)

Véngate
yo te conjuro al olvido perfecto

Dime lo que ves desde esta atalaya que nos reúne
Alguien galopando en la playa?
Alguien de cuerpo desnudo, crin al viento?
Alguien presa de horror sin freno?
Alguien conducido tercamente hacia el mar?
Y cae entre las olas?
Perece?

Habla
o prefieres que recuerde
cómo te conduje al mar
te espoleé
y apenas mis cabellos flotaron un momento
sobre las altas espumas
te desbocaste huyendo
relinchando de pavor, cortando el aire

Soy la más indefensa criatura
en las noches tensaba mi arco
¿me reconoces Centaura?
Atravesé a mis pretendientes

Si me internase hoy en la mar
—no temas—
si me internara, digo,
no habría ya diferencia
entre la espuma y mi cabello

Véngate
yo lo deparo
Nunca te conduje al mar
permanecí envejeciendo en esta torre
hasta vaciar mi aljaba

XXIV

Yo soy intratable
ninguna luz me alumbra

El corazón puro es un cuchillo acezando
navegable incrustración del mar

Yo soy transparente
ninguna luz me evade

Oyeme espora habitante
no sé si soy eterna no estoy segura

Quien a Sí Se crea a Sí Se destruye
Materia es energía
Luz es energía
Materia es luz
Círculo de tiza donde nada concluye

Estoy formándome/estoy creciendo
mi cabeza enterrada empieza a abrir los ojos
voy a reunir las partes todas de mi cuerpo
voy a completarme

Aire/Tierra/Agua/Fuego ¿sabéis de mí?
No. Nadie sabe de mí
Ni yo misma me sé

Auscultemos la fibra cándida y salvaje del silencio
Oye el estampido de esquejes reluciente
vibración de telares
Oye el rumor de epopeya que trasgrede la vida

Huraño exceso el de mi transparencia
asaz deslumbrante

Empáñeme yo?
Hágame soportable?
Vuélqueme opaca y mortal?

Celebro la Arista

la espina de la rosa

la punta de proyectil!

Todo lo que vale a la hora de sacudir el polvo de las
sandalias

Al final

Quien a Sí Se crea en Sí reposa
por eso nunca me equivoco o siempre
y la luz desespera de seguirme

XXVII

Instante final de la conciencia

La veo edificada
en la áurea proporción
del magnífico tetrad de los Herméticos
las cúpulas de plata —sabía la rectitud de la arcadas
así
exactamente
cada punto menos falso que el anterior
alucino
la clave sefirota de la medida de los ángulos inmundos
de la muralla de luz que la circunda
entre la fetidez de agónicos crustáceos
Aquellas de labios naranja te recibirán
Aquellos de angostas caderas
contoneándose en la suave piel de la penumbra
Difícil ser esta deidad que somos/difícil
no romperse entre los ídolos que sin cesar nos retratan
y trastocan
la noche acuna al silencio en su regazo también te mece
a ti corporeidad a medias cuando quieres tan transitivo
el verbo que te tiene
El universo es la serpiente que de a pocos te ahoga en
sus anillos
tras la clavícula reposa la Clavícula
yo apenas puedo contener la risa
es un gran espectáculo
y una sorpresa aguarda para el fin

(De *Estratagema en claroscuro*)

Rosella Di Paolo

Rosella Di Paolo Ferrarini nació en Lima el año 1960. Periodista y cronista cultural, es egresada de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, donde cursó estudios de Lingüística y Literatura entre 1979 y 1983. Participó en la dirección de la revista *Calandria*.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Prueba de galeras, Lima, Antares, 1985.

Continuidad de los cuadros, Lima, Antares, 1988.

*AH DE LOS MARES empujados hasta el crepúsculo
y despeñados allí para cantar.*

Ah de los que oyen.

El ungido

El viento se adelanta hacia tus hombros
estalla como un canto y te cobija

Enjuagas los brazos en la luz
la misma luz que hurga tu cabeza
y crece vorazmente por tu barba
Furiosa luz raspando los contornos
de la voz que despeñas con la boca
herida en la sal de los abismos

No hay peces que ponerse en estas redes

Sacúdete la espuma de las piernas

Hombre de luz endurecida: ¿quién señala
los pasajes que predicán tu dulzura?
Sólo el mar
en el fondo de tus manos
empieza a abrir sus alas como una mariposa.

De encantación

La playa tendida como un lagarto
llora minuciosa
una vastísima lágrima.

Barcas en vela deambulan por su sal incesante
abrazando redes ateridas de peces.

Los hombres avanzan desfigurando la rectitud de las calles
con voces de botellas abiertas y pies desnudos

pero observan: Hoy la brisa
es pájaro invisible que las ramas presienten
como gitanas tintineantes
cuando desmadejan el hilo prodigioso de las manos.

La tarde es un renglón de niños que cruza las veredas
huyendo del árbol hojoso
empeñado en dibujar sombras en la hierba.

(La cola de un gato será la rúbrica gentil
de un sol que tiene sueño).

El dios del acantilado

Nadie sabrá de mis hombros derruidos
o de mis pasos de piedra edificando distancias

Sólo para mí el conocimiento
de la terrible hondura de estas manos
como la de ciertos estanques que extravían sus fondos

No dirán: tuvo una frente ceñida de espacios
o: una frente adelantada hacia el sueño
Es lo mismo.

Nadie para mi rostro de muralla absorta
con su crecida barba de retama
Nadie para medir el aire que me muerde
Nadie para arrimar la arena tibia que cae de mis ojos.

(De *Prueba de galeras*)

El sueño

El sueño encendió un pájaro
y hubo que raspar carbón de nuestros dedos
y llorar lejos.

El sueño vaga pensativo acariciándose las alas,
abrasado.

Sólo nosotros sabemos de su ojo glacial y su ceniza alta
e intacta como un beso.

Mi Gauguin

La conducta de arcángel fatigado
cede finalmente a las guayabas torrenciales.

Cuerpo de azúcar en sombra
se mira en llamas la piel de cabra.

Juramentos de no ir con el ángel.

Todo contra él. El verde obliga.

Sacar con rabia la arena de la boca

la arena del fondo de los ojos.

Nunca más arrastrarse hasta el mar

saltar al mar.

Requiero el peso de tus troncos sudados
para quedarme en las cosas de la tierra que ya sé.

Milquinientas

Soy cabra y tiro al monte.

Pelo de piedra me llevo cuesta arriba
empecinada piedra sobre más piedra
detrás del abrojo.

Contra el jugo del sol levanto el diente
sol con espinas me escarba los ojos.
Como relámpago de polvo me estoy creciendo
moliendo dentro.

Soy cabra y tiro al monte.
Pondré mi hueso encima
todopelado.

Sal si puedes

En cada vuelta de lápiz he ido cerrando la puerta
de este infierno encantado. Fábula de soledad
en que me encierro, abismo sin tregua al que me asomo
en cada palabra que escribo y que me sigue
como ala de ángel o cola de demonio.

(De *Continuidad de los cuadros*)

Eduardo Chirinos

Eduardo Chirinos Arrieta nació en Lima el año 1960. Periodista, ensayista y profesor universitario, obtuvo el Grado de Bachiller en Humanidades con la Memoria "El 'yo' como personaje ficcional autonombrado en la obra poética de Jorge Eduardo Eielson" (1985). En 1988 obtuvo la Licenciatura en Lingüística y Literatura.

Primer Premio en los Juegos Florales de la Universidad Católica en 1980.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Cuadernos de Horacio Morell, Lima, Trompa de Eustaquio Ediciones, 1981.

Crónicas de un ocioso, Lima, Trompa de Eustaquio Ediciones, 1983.

Archivo de huellas digitales, Lima, Ediciones COPÉ, 1985.

Sermón sobre la muerte, Madrid, Ediciones del Tapir, 1986.

Rituales del conocimiento y del sueño, Madrid, El Espejo de Agua Ediciones, 1987.

El libro de los encuentros, Lima, Seglusa Editores/Editorial Colmillo Blanco, 1988.

Canciones del Herrero del Arca, Lima, Editorial Colmillo Blanco, 1989.

Recuerda, Cuerpo..., Madrid, Ediciones del Tapir, 1991.

*PÁGINAS ANTIGUAS SE han grabado con hierro en la memoria
y poco es en verdad lo que nos queda.*

*La inteligencia naufraga en la olas de un mar deshabitado,
alfabeto de brumas que nadie reconoce,*

vano espejo que a fuerza de mirar ya no refleja nada.

Sólo el sueño anuncia en la noche los presagios,

nos sumerge sin piedad al fondo de las aguas

y nos muestra el futuro a través de los cristales.

*(Arden sin cesar las viejas ruinas, se desploman catedrales,
se derrumban sólidos palacios.)*

*El sueño, ahora lo sé, es real porque mantiene la memoria de
un dolor antiguo.*

*El sueño, ahora lo sé, es real porque mantiene la máscara que
oculta y deforma nuestros rostros.*

Cuando nos fue dada la sabiduría ya era tarde

y la tratamos como a un zapato viejo, la insultamos

con dureza y la cubrimos de rabia y de desprecio.

Así tu hermosa vida destinada al canto y a la meditación

*se vio arruinada por la falsa realidad que cubren los precep-
tos.*

Inútil mendigar desnudo en los patios de una iglesia,

*inútil aguzar el oído y escuchar el canto silencioso de las
aves.*

Poco es en verdad lo que nos queda

y hemos renunciado a la vana pretensión de conocerlo todo.

(De Rituales del conocimiento y del sueño)

Ridiculus mus

(Epístola a Quinto Horacio Flaco)

Horacio, jamás tuviste mujer que te abandonara en los cinemas
Tampoco tuviste que aprender a rechazar un cigarrillo
Ni a esconder tus flacas piernas debajo de la túnica
Sólo corriste indiferente hacia los campos
Y fuiste feliz comiendo con la plata de Mecenas
Jamás subiste solo a los tranvías y es tu gloria
Cantarles por amor al bien y a la belleza
No tuviste por qué rendirle culto a las ciudades
Ni inclinarles tu noble cabellera
Horacio, el bienamado por los reyes y los dioses
Poeta mesurado con el vino y con los versos
Te he visto hoy acariciándote las barbas y esperando
Que apareciera al fin el ridículo ratón del que me hablabas.

(De Cuadernos de Horacio Morell)

Fragmentos de una alabanza inconclusa

Debe haber un poema que hable de ti,
un poema que habite algún espacio donde pueda hablarte sin
cerrar los ojos,
sin llegar necesariamente a la tristeza.

Debe haber un poema que hable de ti y de mí.
Un poema intenso, como el mar,
azul y reposado en las mañanas, oscuro y erizado por las no-
ches
irrespetuoso en el orden de las cosas, como el mar
que cobija a los peces y cobija también a las estrellas.
Deseo para ti el sencillo equilibrio del mar, su profundidad y su
silencio,
su inmensidad y su belleza.

Para ti un poema transparente, sin palabras difíciles que no
puedas entender,
un poema silencioso que recuerdes sin esfuerzo
y sea tierno y frágil como la flor que no me atreví a enredar
alguna vez en tu cabello.
Pero qué difícil es la flor si apenas la separamos del tallo dura
apenas unas horas,
qué difícil es el mar si apenas le tocamos se marcha lentamente
y vuelve al rato con inesperada furia.
No, no quiero eso para ti.
Quiero un poema que golpee tu almohada en horas de la noche,
un poema donde pueda hallarte dormida, sin memoria,
sin pasado posible que te altere.

Desde que te conozco voy en busca de ese poema,
ya es de noche. Los relojes se detienen cansados en su marcha,

la música se suspende en un hilo donde cuelga tristemente tu recuerdo.

Ahora pienso en ti y pienso
que después de todo conocerte no ha sido tan difícil como escribir este poema.

(De *Crónicas de un ocioso*)

La tranquilidad es un campo de arena /
Recita a Garcilaso en las playas del sur

El mar,
las piedras, algunas gaviotas,
gaviotas blancas, grises, de pico anaranjado,
maderos rotos,
moscas sobrevolando el cadáver de un lobo marino
(hermoso animal varado por las aguas) *corrientes aguas, puras,
cristalinas*
y una toalla húmeda secando nuestros pies.

“La tranquilidad es un campo de arena”, escribí en la inmensa
soledad de estos parajes.

“Moles de arcilla y concha han resitado al furioso embate de las
aguas, al furioso embate de estas mismas aguas
donde ahora me entristezco y canto.”)

¿Y yo qué he de cantar?

El dulce lamentar del s. XVI en un paraje salino
(rocas peladas y no verduras en las eras);
el triste cantar de dos pastores en las playas del sur
(murmullo solitario de las aguas y no silencio de la selva um-
brosa),

idénticos espacios para ejercer el oficio
do natura o menester me inclinan.

“Aves y peces han condicionado sus cuerpos para habitar este
lugar.

Aves y peces han evolucionado en el curso de los tiempos
para enterrar por siempre
sus huesos en la arena.”)

Es así como la muerte anuncia el nacimiento y vuelven, ambas,
al punto de partida,

y las estaciones y los calendarios no son más que piezas distintas de un mismo tablero y estas aguas son, amor, las mismas aguas que vienes observando en algún lugar del mundo donde jamás habrás de ver lo que yo veo:

El mar,
las piedras, algunas gaviotas,
gaviotas blancas, grises, de pico anaranjado,
maderos rotos,
moscas sobrevolando el cadáver de un hermoso animal varado por las aguas.

(De *Archivo de huellas digitales*)

Biografía de una noche cualquiera

*Reviens-moi fantôme de mes nuits,
revois-moi que je me trouve*

CÉSAR MORO

Atravesar un pasadizo a oscuras,
palpar la tibia humedad de sus paredes, su babosa suavidad
de recto laberinto. Hacia el fondo una luz. Gritas
pero nadie escucha tu grito. Tiembblas,
pero nadie siente tu temblor. Tienes miedo.
Tú, que nunca lo tuviste, ahora tienes miedo.
Has tropezado a ciegas con obstáculos, has encendido inútiles
antorchas, has maldecido y orado y vuelto a maldecir.
Tus dedos se aferran al hilo conductor. Ese hilo
es una larga vena en la que corre tu sangre;
estás atado al punto de partida,
pero algo más fuerte te impide volver.

("¡Ariadna!, tú que ideaste este ardid, dime ahora cómo salgo
de este laberinto, dime
cómo he de palpar estas paredes sin rasgarme las manos,
cómo es que hay un afuera que me atrae como al suicida el
vacío. Ariadna, tú que alimentaste amargamente mis de-
seos, tú
que me creaste para concebir contigo, dime
qué horrenda verdad se oculta bajo esta ciega luz, qué palabras
moverán las columnas de este palacio derruido, qué voz
arrullará mi sueño cuando retorne al sueño.
No dejes, Ariadna, que se corte el hilo que me ata a tu vientre,
no permitas
que el negro dolor se apodere de tu cuerpo y me destruya".)

Ya es de noche.

El viento mueve con furia las copas de los árboles, escuchas
sonidos inútiles y un breve jadeo indica que todo está bien,
no tienes de qué preocuparte.

(De *El libro de los encuentros*)

Retorno de los profetas

Para Antonio Claros

*El sol se hará oscuro para ellos
pero pronto han de volver*

MIQUEAS III, 6

Los profetas han muerto.

Cuernos de guerra anuncian la pronta llegada de la peste,
nuevos tiempos de miseria y escasez.

El campo de batalla está desierto, el cielo se oscurece, la infinita
rueda se ha quebrado.

Dicen que ángeles bellos y monstruosos nos vigilan
pero ya no tenemos ojos para verlos.

Los profetas han muerto.

Atrás los sucios velos que ocultaron la verdad de nuestros rostros,

las ramas que ocultaron la Serpiente cuando rogamos placer
y nos dieron a cambio la resignación.

Textos venerables son ahora pasto de las llamas,
sólo la lechuza mira con indiferencia la corona
que rueda a los pies del más miserable de los dioses.

Sólidas estatuas se arrodillan, gimen, se arrancan los cabellos,
los mástiles que antaño sujetaran los más bravos marinos
golpean la memoria de los dioses que quedan,
¿a quién debemos acudir cuando nos coja la peste?

Los mendigos del reino asaltan los jardines, desprecian los
oráculos, reparten por igual sus pertenencias.

Los nobles del reino conservan sus arcas, su vinos, sus mujeres,
el miedo que gobierna la implacable voluntad de los presagios.
Los profetas han muerto.

Nadie ahora nos engaña, nadie nos confunde, nadie
nos dice la verdad, y estamos solos.
Estamos solos esperando la señal que nos indique
dónde hemos de ir para honrar con dolor a los profetas.

(De *Rituales del conocimiento y del sueño*)

Canciones del Herrero del Arca

Para Carlos Contraamaestre

1

Un día,
hallándome recluso en la cabina del Arca,
decidí despejar de arena mis ojos.
Impuro, dijeron.
Pero era un anciano cuando asesinaron los niños.
Pero era el herrero del Arca.
Me ganaba la vida afilando cuchillos.

2

Me lo dijo una voz sabia:
tú serás contraamaestre del Arca.
Describirás con amor los animales vivos,
echarás por la borda los animales muertos.
Entonces me convertí en herrero.

3

Qué oficio el del herrero.
Espantar gaviotas de los mástiles, encender
el horno en las bodegas, fabricar
clavos, flechas, coronas de hierro.
Mi amante se alegra por ello.
Qué duro oficio del herrero.

4

Ya es de noche y no ha cesado de llover.
Para matar el tiempo se cuentan historias
que escucho con mi escudilla de barro.
Hablan de lentejas calientes, hablan
con mucho respeto de mi hermano mayor.
Jamás tuve un hermano mayor.
Isaac no me lo dijo.

5

Pocos saben que Daniel
cautivo en Babilonia
sobornaba soldados por un poco de vino
frecuentaba putas en el templo
domaba fieron leones en el circo.

6

(Me lo contó el león.
La noche del sábado bebimos hasta el alba
y habló como un borracho
hasta quedarse dormido.)

7

Breve como la vida del insecto
aconsejan los viejos maestros.

8

Navegando navegando encontramos un muerto.
Las mujeres le cubrieron con joyas,
pintaron de rojo sus pálidas mejillas
y cantaron como nunca habían cantado.
Es natural.
Jamás habían visto un muerto.
Cuarenta días son muchos para la soledad del Arca.

9

Mi padre no fue herrero, pero fue mi padre.
Por eso me sentó en sus rodillas y dijo
si quieres ser feliz no seas herrero.
Y murió como mueren las viñas en invierno.

10

Ha vuelto la paloma con las plumas mojadas.
El herrero impaciente la espera en su jaula.

(De *Canciones del Herrero del Arca*)

Canto de esperanza

*Dos dioses hay, y son Ignorancia
y Olvido.*

RUBÉN DARÍO

1

Más allá del intrincado laberinto de la culpa,
más allá de la plegaria que disuelve los espejos, más allá
del áspero perfume que arruina toda perfección
hay sólo una pregunta que jamás responderemos.
Con una moneda he pagado el favor de la Sibila,
he palmeado con cariño su joroba, sus temibles mejillas mora-
das. Y he partido.

"Hijo mío", murmuró
pero me alejé con prontitud del escenario
cargando a mis espaldas el peso de la fatalidad y la desdicha.

(Una bandada de pájaros pasó sobre mi frente.
Creí entender que señalaban mi destino,
pero eran sólo un error.
Una trampa que no tardaría en repetirse.)

Provisto de un lápiz y un viejo astrolabio
tracé un dibujo sobre el mapa estelar,
luego alcé la mirada
y vi la constelación de Aries girando sobre cúpulas celestes,
hundiendo sus pezuñas en el polvo lunar.
Es el deseo, me dije
y fecundé a la doncella que ofrecía magnolias a mi lado,
la cubrí como un hambriento animal
hasta hinchar con violencia su delicado vientre.

Todavía recuerdo su rostro azorado, sus manos crispadas rodeando mi cuerpo.
Su dulce temblor turbando el dominio de la muerte.

2

Pasé largas noches sin comer ni dormir.
Ni el más ingrato recuerdo podía turbar mi mente
limpia como flor recién lavada por el río,
como árbol que desea decir y dice al viento
maneras que otros cristalizan en palabras.

Una bandada de pájaros pasó sobre mi frente.
Se dirigen hacia el norte o hacia el sur,
aves desoladas que reanudan un vuelo de siglos
ahora las contemplo sin pasión y sin ternura
como a un viejo presagio o un aburrido fantasma.
(No es claridad lo que hiere mis ojos,
es el olvido que oscurece la memoria
y la doblega para siempre instaurando la calma).

¿Para qué interrogar los enigmas que ofrece la noche?
Un amor que se pierde es un anhelo encontrado,
agua que golpea furiosa el cristal que la contiene
para huir a la grandeza anónima del mar.
¿Alguna vez has visto el mar?
Nada más risible que su tosca mecánica
su insensata fábrica de signos que nadie comprende,
que a nadie le interesa comprender.
El sueño desvanece toda ilusión de realidad
por eso estamos solos
esperando sin rabia y sin resignación el vuelo de las aves,
su inútil canto de esperanza.

(De *Recuerda, cuerpo...*)

José Antonio Mazzotti

José Antonio Mazzotti Ramos nació en Lima el año 1961. Periodista y crítico literario, Mazzotti obtuvo el grado de Bachiller en Humanidades con la Memoria "El personaje popular en la poesía peruana del 70 (Un ensayo a partir de la obra de Juan Ramírez Ruiz y Jorge Pimentel)" (1985). En 1987 obtuvo la Licenciatura en Lingüística y Literatura.

Primer Premio en los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos en 1980.

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Poemas no recogidos en libro, Lima, Federación Universitaria de San Marcos, 1981.

Fierro curvo, Lima, Trompa de Eustaquio, Kloaka y Orellana, Consorcio Editorial, 1985.

Castillo de Popa, Princeton, ASALTOALCIELO/Editores, 1991.

Los amores imposibles, los poemas

*Mientras te duermes vas oyendo a tus espaldas una
puerta que se cierra sin hacer ruido
piensas en un amor imposible de citas clandestinas
y perros que te siguen en la noche
y descubres que un amor y un poema son lo mismo al
fin y al cabo
y son lo mismo al fin y al cabo el poema y la puerta
que se cierra
sin hacer ruido y son lo mismo esa puerta que se
cierra y un amor imposible que hace ruido
estrepitosamente
y tienes que escribir el poema
escribir el poema
escribir el poema*

a como dé lugar

Visión de Guevara

Esa noche te reconocimos entre el humo de los rostros y las
flores imaginarias del centro de Lima
y te gritábamos poeta hasta el hartazgo, te gritamos
desde la sombra sin que te enteraras, asomando por los parabris-
sas de tu ómnibus (más negros que la boca del Rímac)
como quien suelta una piedra y no esconde la mano, y tú la
recibiste
para lanzar una paloma al movimiento de tus dedos des-
pidiéndose,
más puro que un poema, viejo Pablo, más hermoso
que todas las muchachas que miraban nuestro encuentro
sin mirarlo
y sonreíste a los desconocidos que te despreciaban
y algo detrás de ti, algo metido entre la noche, te miraba
y no sabías si eras tú o era la historia
o algún poema que escapaba de tus manos y quedaba para
siempre entre las calles
entre los muros negros y las tardes negras y los rostros
terriblemente solos de la gran ciudad.

Yegua es la hembra del caballo

(Después de una lectura de R. Jakobson)

Yegua es la hembra del caballo y yegua
es mi mujer impronunciabile por el resto de mis días, la frescura
de su sudor y de sus patas duras como un diente
y el lomo en que cabalgo rodeado de metrallas y sirenas
anunciando un bombardeo.

Yegua es la hembra del caballo y yegua es mi mujer
de suave relincho a cien violines cuatro flautas dos trompetas
y un músico olvidado y legañoso/a media barba/y noches de
terrible soledad.

Ella se mueve por los parques hinchando sus ancas (yo hincho
mis pulmones)

salta y patea y no conoce a los flemáticos
desnuda una sonrisa/como quien abre una bolsa de arroz
sabe y no sabe siente y no siente grita y no grita
y esparce el arroz entre los novios.

Yegua es la hembra del caballo y yegua es mi mujer impronunciabile
divina metalengua que pronuncio y no decoro
y salto y pateo y relincho y ya no sigo
sé que ella viene como un pasto dulce a perdonarme estas
palabras.

(De *Poemas no recogidos en libro*)

Cuismancu

Cuismancu soy. Cacique del valle. Siembro y reparto la siembra.
Ateguo asesinatos. Me distribuyo en fiestas. Presido
funerales. Juego con los brujos la función de mis antepasados
y así
sucesivamente
mientras vago / pienso
deliro, sueño/vuelo sacrifico
animales y los dioses me prefieren
a todos mis vecinos / soy el rey, el rey
ordenador, embajador del cielo, intérprete de Rímac
hijo de Pachacámac, padre y finalmente sujeto
a una extraña certeza...

Vendrán otros hombres, gente de la montaña, y mis dioses no
serán queridos
y mi pasto acabará quemado, todo se infectará
con aguas negras, no comeré más perro, me pondrán a
deambular
con mis vestidos ahora
baratijas, piedras, grabadoras/ah presentimiento
de un paisaje en que las huacas aturdidas
no se levantarán
y sin embargo no será todavía
el tiempo sin tiempo sino el tiempo
de las zonas frías
los canales abrirán heridas
al desierto y desde el Templo
al norte los ríos reflejando la luz
se inclinarán al Sol
habrá pacto

lo Visible
y lo Invisible
retornarán como el día
y la noche y la vida con su interminable
paso escuchará los oráculos, resolverá
consultas, en las colas
mis hermanos subiendo a los micros
peinarán la cabeza de su hijos
con la verdad del único
pasado memorable de estas tierras /

*quién vive? quién viene que huyó cuando el
mundo se deshizo/todo se corrompió
el universo entero
arrastró en su secreto la visión de este orden?*

Soy yo. Cuismanco regresado
de arriba, del Norte, del Sur, de abajo y de adentro
del Infierno apestando
me corren de las calles, vivo en los cerros
mirando el exceso estadístico
de construcciones deformes que hablan
de un dios que no se parece
en nada a sus palabras/de un valle pisado
por cuero y metal, caballos motorizados que son hijos
del Terror, su espada al cinto, la fusta
como un ángel que dicen con su dedo de fuego
señalando la esquina, la mixtura
de una rutina encarcelada entre el Parque y su feria
y la falta de trabajo regresando a los suburbios

Mis sitios arriba confiando en la fuerza de las piedras
dispersos por espacios infinitos miran hacia acá
Cavillaca esculpida en el mar, valle del Templo
arenal donde las rubias asolean
sus enormes caderas brillantes

Oh
y su Poder
será el Poder
que hasta hoy nos lastima
Esas piedras
caerán por su peso
y un huayco
de amor incontenible fundará con las venas
chorreando un cuadro del crepúsculo
tamaño natural, cactus y jora

al tiempo que probamos sus cerebros
y el Orden se construye
como el viento que dibuja en las arenas el sonido del mar
su canto arrecho
la venganza
de todo lo que significa
la pérdida del Reino...

M.

Cuando la tarde
arrastra los corazones solitarios de los jóvenes animales
que deambulan enloquecidos por un margen de error...
Cuando vuelca a arrojarse en el jardín y una única y absurda
pregunta resuena en los oídos: ¿será? ¿no será?
y el sol se tira de cabeza al mar y enrojece los corazones
de los tímidos muchachos, fieras abandonadas al fuego de su
imaginación
que vuela como un helicóptero estallando, iluminándolo todo,
ardiendo por el beso reprimido, la caricia involuntaria
que lleva siempre a la certeza del siguiente día, a la virtud de
la noche
para ensayar en otros cuerpos el zarpazo final (única verdadera
realidad alucinante: el AMOR
loco y disperso como sus cabellos, esa hierba
que se hunde en los pulmones inundando con su olor toda
palabra, mágico rito de la creación, el viento amarillo que
raspa las caras
y brillan los ojos, y todo se sabe ya. Es sólo cuestión de tiempo.

Y cuando la tarde
húmeda y triste como esos muchachos se pega en la pared del
edificio
y ya no suenan los disparos de la soledad, ya todo ha vuelto
hacia el estado natural, y la muchacha se aleja pensativa y
el muchacho la observa, ¿será? ¿no será?, y le empaña las me-
jillas pero ella no está, se hundió en el sol, se evaporó en la
hierba, Oh los abrazos mantenidos en secreto, Oh las lenguas,
los silencios, embriagado ya de noche el animal corre hacia el
mar y junta arena para escribirle este imposible pero inútil
poema de amor.

(De *Fierro curvo*)

Bucólica / IV

*Si selvas cantamos
sean dignas de un cónsul las selvas*

VIRGILIO

“¿Tú eres de acá de Lima?”

“Sí”, respondí, y no supe en qué sentencia me inscribía.

La sala era pequeña y humosa. En ella los cuadros completaban una puesta de sol sin Herradura ni cerveza, dispuestos como una constelación sin figura sobre un mar verde botella.

“Yo soy de Tarapoto”, continuó. “Mis padres me trajeron muy chico y desde entonces no he podido regresar.

Lo único que tengo es el recuerdo de los baños en el río desnudo entre las plantas, escarbando el fluido transparente por ver si limpiaba de vidrios el fondo.

Una vez me corté un pie

y esa tarde una hormiga cabezona me dejó sus alicates y lo único que supe fue llorar”.

La reunión comenzaba lentamente.

Una muchacha morena bailaba sin gracia

mientras iba recordando las volutas que el cigarro dejaba

envolviendo las corridas al grito de crecida, el sabor del masato en la garganta, los eternos laberintos que la selva ofrece.

La vida era entonces una sola sorpresa infinita. El pasto en la cintura y el cielo más limpio de la tierra

brillaban de pronto para convertirse
en relámpago nocturno, mientras caía la lluvia pesada
(y el diluvio descargó su primera jornada y cuando los hombres se
alistaban a salir no entendieron que la puerta de sus casas
estaba atrancada con el mar)/todo para perderlo al día siguiente
con la visión del arcoiris sobre el pueblo, aliviando su alegría y
alumbrando las frutas,
las caderas puntiagudas de las adolescentes.

“Allá mi primer amor se llamó Pichusa, y era una cholita con
los labios mojados. Teníamos seis años cuando nos besamos
en el jardín de la casa: allá todas las casas tienen huerto, porque
es inevitable
y porque no hay cómo alejar la nostalgia de las plantas
que son como el aire y las tarántulas: un solo misterio que cubre
un continente que a nadie pertenece...”

Después de eso sorbió un trago y disparó:
“¿conoces esa tierra tan extraña?”

Y me aferré a lo único que me quedaba, el camino a pie desde
la pista de aviones, las tortugas que murieron en el invierno
de Lima
y una muchacha de nombre acre
que me enseñó por vez primera la textura de un valle
entre dos carnes latigueadas de zancudos.

(Después vino un vacío repleto de calles
con nombres y fechas y humedad sin labios).

“Sí conozco”, le dije.

“Pero nunca estuve por allá”.

Pampas de Nazca

"He caminado los desiertos, he pisado
los terrones disecados por el sol, su panza abierta, y sólo he
visto
el anuncio de mi valle, atravesado
por canales que son ríos, por ríos que son recuerdos, por ciuda-
des
brillosas bajo el fuego transparente
del sol y de la luna.

Dime bello Tesquis, si está lejos
el lugar donde tallamos sobre cántaros perfectos
el cuello de la garza y el despliegue
del cóndor sobre el mar dorado, dime
si un lomo de mujer aún refriega su dulcísima pelambre
en la tela que reúne a los colores del mundo
de arriba y abajo, los tubérculos y el pico
de la humilde lagartija.
Sé que falta para refugiarnos, pero en tanto
recojamos la maleza y libremos el camino de guijarros
los grandes sacerdotes llegarán para hallar
el templo propicio donde puedan elevarse
a los astros y sus órdenes, sus leyes misteriosas..."

*Numerosos carteles se ofrecen
como flores de madera en las aldeas de la pista. Quioscos
de todos los colores abren
sus bocas como bestias con piltrafas de vinílico.
También se puede usar un inodoro sin taza
y una gaseosa de pronto hará su aparición, desmintiendo
la largura del viaje y la estrechez de los asientos. Pálido paisaje que se
ofrece*

como imagen de un candil invisible.

*Chicharrones de todas las medidas, pide
mi bello acompañante. "Hijo mío, sacia
si puedes tu avidez. Aún nos quedan demasiadas leguas
y el agua escasea, y una aguja nos traspasa".*

Tesquis corretea por los espejismos, traza líneas
que el viento generoso apenas toca. Por el fondo de una fresca
vegetación

se cuelan las estacas del primer poblado.

"Hemos llegado al fin, mi bello acompañante, hemos medido
la pampa rojiza donde el cielo descende, donde todos
podemos conocer el inicio del tiempo y de la muerte.

Un enorme guerrero se transforma en araña, un mono flaco
enrolla su cola una vez en el año. La tierra se ha enjoyado
y el templo no posee una sola pared. Basta mirar las estrellas
para adivinar

el orden y desorden de este reino..."

Los turistas se descuelgan en el viento y empaquetan los gigantes.

El silencio

es un piano demasiado viejo.

"Es maravilloso", comentan.

Hacia el sur

*Cahuache. Estaquería, los canales, permanecen
durmiendo en un fardo oxidado.*

"Así empezamos a aprender
que el origen de las plantas y los animales tiene
un sentido que está escrito .

Cosechar, bifurcar, hundir el semen
son hilos que se engarzan en un lienzo, y los trazos
descansan ocultos en el mundo. Fue por ello
que hicimos del aire un bello pueblo, por ello
que entregamos y aprendimos a imitar.

Muchas lunas han pasado, y sé que moriremos. Pero quedan

las líneas que se cruzan descifrando el cielo, las vasijas
royendo el vacío con sueños y bichos..."

*"Nada hemos avanzado, hijo mío, sino visto
cómo un remolino de arena nos envuelve
creyendo vivir tiempos modernos. Nada
en la baba de un negro caracol nos deslumbró, nada madura
como el cactus y el zorro en medio del incendio. ¿Y dónde estuvo
el hombre que una vez supo leer, el hombre sabio
que extendió desde los montes caminos con agua, dónde quedan
las manos entrenadas y el ingenio de reyes?"*

"Estamos aprendiendo, mi bello acompañante, estamos viendo.
Aprende a volar como el cóndor sobre el mar dorado, descubre
las letras del cielo y el inicio de las estaciones.
Tú vives en un mundo donde no hay estrellas, pues tus ojos
son ciegos y tus manos torpes.

Aprendiendo

bajaremos transformados en guerreros. ¿Puedes verlo?
Deja que cruce la araña el inmenso desierto.
Mañana brotarán flores de carne, mañana
deja que el lienzo gire hasta amarrarse en el suelo.
Entonces habrás comprendido, y tus preguntas
serán como piedras apilándose en el agua de los cerros.

Mas tu tiempo no ha llegado todavía..."

Castillo de popa

Una columna de cloro sube lenta desde la tabla. Wisy dice no habrá calma esta noche, se dispone a tenderse, a enchufar su oreja en el vientre del mundo.

(El olor a pescado envuelve la ciudad como un periódico.

“Mar es el sitio donde dos largas piernas llegan a situarse en posición transversa...”

Termino mi café y reviso ciertos términos: prolongación al infinito de las doce:

sólo ese olor de mierda quita el sueño más rápido, se filtra como el mate de coca en el aire, y vuela).

El cloro y yo, la trenza chorreada de Brenda baja al fondo como un áncora

y meto los efluvios en la pituitaria: un roce de nalga sutilmente, los *Trabaxos* y los sueños de Calpurnia

cuando miro en el vitral de la cabeza las columnas de escamas reptando por los intersticios a mezclarse con el maderamen:

una leona ha parido en medio de la calle, y las tumbas se han abierto y vomitado a sus difuntos.

Guerreros feroces combaten entre nubes en filas y escuadrones en exacta formación, haciendo llover sangre sobre el Capitolio.

El fragor de la lucha atrona los aires, y se oye el relinchar de los caballos, y el estertor de los heridos, y los gritos, y los soplos que dan en la calle los espectros.

Estas son cosas inusitadas y me infunden pavor...

Sobre ello se hincha el eructo de Dite, se diseca; la médula de miles

de peces se esclarece en el viento.

*Decena de sombras se desprenden a coger su tajada, las plazas de Lima
son un patio de recreo
sin martillo que golpee los cascos: cenizas donde se levanta
un lloriqueo: "perdóname, trozo de barro ensangrentado, que aparezca
suave y humilde con estos carniceros..."*
(Antonio, acto III, escena I).

Y no son los cantos órficos, ni los gramos de silocaína, sino este
canto interior como la ola que se oye desde el Bufadero,
reventada en reversa, comedora
de hombres y bestias, entre huesos de jibia, *perdóname, trozo,*
que instale mi tienda entre los muslos que asoman de la espuma:
esta es mi vainita, mi marisco, esta es mi bronquitis
donde la bola de cristal se concentra en un punto que es la
intersección
de rectas infinitas desde el resto de espacios disponibles:
olores de bonete y algalía, la música callada, el bombo idiota,
desde donde fluye
el secreto venero que alimenta la vista
con que puede dibujarse cada aleta y cada diente, donde puedo
enumerar
el speculum y el pomo, las hojas arrumadas, la pared envolvente,
las manzanas, un pantano
donde no hay nave que avance, tan fuerte es el olor...

(La mujer que patean en el muelle Wisy la comenta. Un lento
vaivén hace croar las tablas
y el marisco de Brenda apesta más fuerte. Preguntas
de todas partes. Un olor inconfundible por respuesta.
Y nadie puede replicar:

el Cisne ha muerto).

Casio: ¡Ja! ¡Ja! ¡Qué detestablemente rima el cínico!

Bruto: ¡Fuera de aquí, sinvergüenza! ¡Lárgate!

Casio: Tened indulgencia con él, Bruto; es su estilo.

Bruto: ¡Yo sabré soportar su genio cuando él sepa ser oportuno!... ¿Qué

tiene que ver la guerra con esos locos danzantes? ¡Fuera, fuera, camarada!

Casio: *¡Vamos, vamos; marchad!*

(Sale el poeta)

(De Castillo de popa)

Rodrigo Quijano

Rodrigo Quijano Pimentel nació en Lima el año 1967. Periodista, y narrador, Quijano es egresado de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, donde cursó estudios de Lingüística y Literatura entre 1987 y 1990.

No ha publicado libro.

Un acercamiento a S. Colonia

Para conocer debo acercarme más.

Se ha partido el cielo y ha cesado la lluvia que enrejaba el paisaje.

Deja al perro lamerse las llagas y el pene encendido.

El neón es una lengua que sonroja santas y querubines en las mudas sombras de un atardecer postal, pensando que el tallo remonta sobre sí

y hace estallar palmeras y frutos que engordan como garra-patas

al borde de un encerado cocktail de trópico y desorden.

Para saber debo acercarme más, y aquí me tienes.

La coloreada imagen de la niña-virgen es la denuncia de un crimen consumado a medias, la isla que eleva el único cirio que gotea luces, como esas cruces al borde de la carretera,

así, mitad dispuestas por la arena, mitad por los parientes que se abandonan al silencio ante el silencio

de miradas que ofenden por su rapidez. Así dispuestas esas cruces pueden ser casi el cierre-relámpago de un país que muestra sus intimidaciones, lo percutido y lo perdido.

Y la imagen de la niña gime: unas rodillas flacas y la madre suelta la sábana iluminando el cuarto con un aroma de trenzas que se abrazan en la madrugada, como en un llanto

de despedida. Para saber

vuelvo a acercarme. El equilibrio del grillo tensa la tarde, y la gente que regresa cansada de las playas pule rostros en la superficie de sus ollas

y el crepúsculo me bombardea de neones tropicales

que se encienden a mi paso y en los plásticos, ojos del gorrión

mi intuición emprende un vuelo sin retorno.

(En La Última Cena. Poesía peruana actual, 1987)

Una ola reventando contra el mundo /
In memoriam caídos en Yungay

Tómate una tarde y tu mejor poema: hazlos lentamente interminables.

Aquello que circula entre los muertos bien podría ser la calma y nadie sabe bien si es posible detenerla, o si acaso alguien tuvo el privilegio de cambiar el mundo con algunas frases pronunciadas en silencio, como una pareja de bufeos

navegando sobre el aceite lomo de la tarde.

Una ola reventando contra los mudos farallones me recordó toda la vida, un grito desprovisto de palabras, la playa contemplada siempre desde un litoral ajeno. Y las palabras

eran entonces igual que los muertos entrando en la boca abierta de los nichos,

exhalando su humor floreado y siempre triunfal, amortajado.

Una ola reventando contra los muslos y faldones recordaré toda la vida.

Más que los mármoles blancos mausoleos, los poemas fueron siempre la crujiente

pira funeraria de un hombre tratando de vivir inútilmente de sus únicas palabras, lanzadas contra la marea y el vacío.

Te veo detenerte en tu mejor acorde; y quizás el mundo no ha cambiado suficientemente

como para poder vivir en él. Así te veo detenerte.

La poesía era una historia de solitarios y de silenciosos ejercicios frente al mar, con pasos implacables y repletos de sentido:

un drill sin aspas y sin viento hecho para permanecer al sol, como avispas

mágicamente detenidas sobre la cubierta de los lagos.

Algo distinta al mundo, como una hija apegada al padre, se
yergue frente a mí
la verde ola vertebrada que termina por varar a una playa una
ballena
o un jonás recién nacido, un benjamín, y también un bergantín
completamente desvelado por los corredores de una noche,
como si todas estas maravillas pudieran salvar al mundo de su
año
inevitable. Más escépticamente también hubo quienes acabaron
escribiendo
bajo el alfombrado paso de los gobernantes. Y el mundo otorgó
las condecoraciones,
y la celebridad de tener acceso a la celebridad y al canto de oro
entre los dientes.

Y ahora el silencio entre los muertos podría ser la marca de un
compás que desespera lentamente
y cuya mirada hacia la aurora descubre que la cordillera
es como una hilera de fósforos que arden bajo el sol,
y que la sola evocación sin ruido de algún nombre
traería abajo la helada punta de su Huascarán y su turbamulta
de objetos y personas desaparecidas,
amigos y parientes, y parientes sin amigos, cuyos cuerpos son
llevados
por el huayco amargo de la soledad y entre los que una señora
hurta
relojes y condecoraciones, postales y billeteras, sobre la planicie
inquieta de Yungay.
Como a la entrada misma del infierno, las costillas de las tropas
invisibles del rey Wu, están ancladas en el humo de un desierto
que tiritita. Tu Fu:
versos descalzos que viajan sobre un río,
veinte mil li de un sueño submarino
de dragones que planean hacia el fondo, peces que se elevan
como telas estampadas
con rostros del emperador enjuagados en lejía. Un
estrabismo japonés

te sume en el odio de las máscaras que te vigilan
los auquénidos pasitos,
como si cayeras al abismo con la mula: una cascada de versos
te acompaña:

son los reinos de un momento que parte con la noche y de
espera inútilmente una mañana. Paf.

La cordillera de los Andes encierra los secretos de los
profundos

precipicios que hunden sus gargantas entre aullidos
como lobos cazados a balazos desde unos ligeros helicópteros,
que viajan frágilmente despeinando cereales.

Entonces como un lobo aullaré estos versos,
entonces las palabras desaparecerán de estas líneas rectas,
que son como horizontes que se parten como el alba
o trópicos que me hacen bajar o subir con incertidumbre
hacia nortes sin opuestos, celestialmente endurecidos
como cataratas en estalagmita; este verso

que camina es el ecuador y éste que empieza, el capricornio,
que galopa por el bajo vientre
cruzando espléndidos sures.

Entonces partiré horizontes con el alba; como un lobo aullaré
estos versos.

Dostoievsky, F: si tuviera que escribir de pie sobre la punta
aguda

de un alfiler en el espacio

lo seguiría haciendo.

Veo la vía láctea estallar en gotas infinitas

y en el desierto blanco un caserío sin servicios

podría ser la huella dolorosa por la que respira un cachalote.

Tras el zaguán ilimitado de la muerte

ahora los muertos creen que su conversación podría conducir-
los

hacia la fosa del lugar común.

Una sombra sobrevuela el cielo para detenerse

como un insecto sobre mi pared: es el oscuro ceño de Vallejo

que me advierte que seguirlo es imposible. Y las palabras
vuelan.

Los muertos mueren
en una mirada confabulatoria, presas de un momento incan-
descente, igual
que una constelación que se hunde en el espacio, llevándose la
luz
del universo.

Mientras que los dientes de los cerros vuelan, sin sentido, sobre
los parientes
y los poemas son montañas que se derrumban sin palabras
en la historia y en los planes de gobierno.

Una ola reventando contra el mundo me recordará toda la vida
la vida,

y un lejano aullido de unos lobos lentamente
volando sobre los lúcidos abismos.

(En Lienzo Nº 10, junio 1990)

XII: Corazones y diamantes: Puruchuco primero de enero de 1991

para Gilda

1. Ahora bien, imagina que eres una bala
y eres los manifestantes, que huyen todos
en distintas direcciones.

Imagina que la bala es un misil
cargado de habitantes
que gritan todos su desconcierto
mientras se hacen un lugar
entre las venas, y tu corazón
y tu cuerpo se estremecen por completo.
Piensa que eres el corazón
que muestra emblemático una brillante bala de plata
y que la bala es el oro viejo
de una muela rota entre los gritos
de los grillos de una noche por la pampa
seguido por la policía.

Hay una cámara que especulada
busca la noticia y sabe
que toda imagen puede ser una denuncia
si el agujero es un visor por donde ingresas a la piel
a destruir todo lo que encuentras a tu paso,
como un niño suelto en una sala de jarrones
que explotan con su rojo contenido.
Bajo él vuelan los planetas,
con más saturnos que auténticos milagros,
una madrugada echado sobre el pasto
ya cadáver y ya desenfocado.

2. Ahora imagina que tu cuerpo explota de cansancio
perforado por la balacera.

Imagina que en el inicio
no eran las palabras sino sólo el inicio,
el hecho mismo —helechos—, y flores
que bajan la frente en una balacera,
que arranca en una procesión
y tatúa los maduros cuerpos de los fieles
donde alguien ha perdido la dorada hebilla del makario
y no sabe detenerse.

Acaso porque de ese charco vuela un aroma acre
con el brillo de una bujía devota
y porque hoy las fresas son cabezas en la playa
y los enigmáticos frutos que cuelgan de los árboles
son los muertos que contaste anoche:

3. sea por el viento que acaba de soplar,
o por el corazón que es un diamante,
sea por su seco ojo de vidrio y su gruesa lágrima de acero;

imagina que lloramos juntos
al leer estas palabras.

(Inédito)

Sobre los larguísimos desiertos

1. No era ése el desierto que prefiguraba esta ciudad.
Y no era ésta la ciudad que prefiguraba este desierto.
La ciudad es entre todas esas cosas una isla en cuyo centro hay
una palma
abierta, por cuyas inolvidables huellas se desplazan algunas vidas
solitarias
a la sombra de unos pobres edificios.
¿Recuerdas? ¿No recuerdas? Yo sí te recuerdo mucho
mientras viajo por las carreteras.
Tú dices: Berlín posee las ventajas de la isla (ya que es
literalmente una) y el atractivo del laboratorio.
Berlín es una piscina
en cuyo fondo la gente camina lentamente, como en una ilusión
celeste, como es una solución artificial.
Y así es: Berlín es un inmenso Jesús María, con sus zonas que
tienden más a lo San Isidro
y sus zonas que tienden hacia insólitos Linces. No,
Berlín no tiene las aglomeradas carretillas de los ambulantes,
que son como mesas
en las que no hay comensales sino una atareada servidumbre
(siempre de pie, siempre de pie), cuyo rumor amplificado
es el verdadero espacio que ocupa Lima.
Y entonces es el rumor el verdadero espacio que prefiguraba
esta ciudad
también entonces el desierto el verdadero espacio que sobrevie-
ne a ese rumor
y ese rumor, el verdadero silencio tras el espasmo.
Así pues, Ferdi, los tatuados turcos que ves por las calles
marchan en silencio hacia sus fábricas como si realmente
caminaran bajo el agua, surcados de miradas que pesan
por su ligereza.
Embotados de este silencio denso como todos los sueños
podríamos gritar, cada uno a cada lado del plateado océano,
pero nadie nos oiría nunca.

2. Pero nadie nos oiría nunca.

Acaso el paso de aquellos extraños trabajadores siga las mismas huellas

de todos los inmigrantes. Y entonces sí nada nos diferenciaría.

3. Surcados en esas aguas, siempre aparentemente las mismas, aparecen esta vez los honestos plásticos de los ambulantes y en cada pedazo de ellos te espera quizás un momento de tu vida

o su contrario, cobertizos detenidos en su inmóvil vuelo de cúbito dorsal, parecen supermanes, te lo juro.

Pero todavía no encuentro el paralelo exacto.

Entre ellos y nosotros —y entre nosotros mismos, es claro—, Kreuzberg, “el gran Lince en sí” de esa ciudad y todos los Linces del mundo.

4. No está la ciudad que preferías, pero este es el desierto que la va cubriendo, cargado con su propia, congénita, historia

de huacas, observatorios y centros de peregrinaje.

El silencio es ese polvo que aterriza sobre las cornisas de todos los recuerdos, de todas las palabras, hasta taparlas quitándoles el ya raro «valor» que yo creía que tenían.

Y el movimiento, el único movimiento, que los lleva a trasladarse de un punto a otro en el coloreado mapamundi y el paso de la propia geografía a la historia ajena, donde entre cielos quemados y pastos crepusculares he oído decir: hemos estado aquí desde el principio, porque no habríamos de estar aquí al final?

Pero a esta distancia y con todo este polvo, con todos estos años, quién los reconocería.

5. Verdes carretillas, entre naranjas y amarillos plátanos. Lúcumas atardeceres en la tersa piel porosa de unos mangos semiavergonzados que, bien vistos, tiene un polo tuerto y un Gauguin atravezando el hemisferio. Todas estas frutas, en el acalorado color de estas tardes parecen niños dispuestos en una maternidad

listos para la confusión y el intercambio de padres.
Aquí un limón debería ser un limón, o deberías
sentir el ácido color de su verdura.

Pero hasta ahora nada.

Ahora todo parece tan viejo, como si las aguas que cubrían estas
tierras

(donde tú y yo hubiéramos buceado, hablando de pescados y
anénomas y transparencias)

se hubieran ido ayer.

Pero acaso algo cambia si lo digo, ¿acaso algo cambia
si lo escribo? como si no supiéramos que este lapicero
no es capaz de modificación alguna, como si pudiéramos dar-
nos

la mano sentado cada uno sin moverse de su sitio.

Caes en una celeste piscina a refrescarte las sienes,
y un prado entero hecho de pura felpa requieren tus huesudos
pies.

Pero el espacio es inútil pues sobre él se escribe el poema.

Ahora podrían dismantelarse uno por uno los sueños
con la pasión imbécil del fanático, pequeño, comerciante
y el ruido ensordecedor con que se despliegan las alas de un
rugoso plano

en el recinto más tranquilo de una ciudad abandonada.

Pero la violencia es real y mi propuesta imaginaria,
mientras trato de abrazarte
como si la distancia fuera esquivable como un atajo
de pálidas palabras. Y aunque suene trágico, no lo es;
esa es la ley de este tipo de caricatura, ya que sólo eso es
verosímil frente a la diversidad.

6. Entonces trataremos de otro modo.

Un limón debe ser un limón

y esos miles de muertos maduros no deberían formar un bode-
gón

de hombres expulsados de este mundo,
sino un túmulo tangible,

capaz de hacer llorar hasta los mismos cerros
detenidos frente a esas quebradas
gargantas, amoratadas de besos, de cal,
de huesos.

Imaginando este osado osario levantándose para caminar
hacia las playas
la visión sería tan fuerte que nadie volvería a dormir.
Nadie volvería a mirarse a las caras.
Todos estos años.

7. Detenido entre el trampolín y las aguas de una ciudad en la
que
no terminas aún de zambullirte
puedo imaginar escenas
de siniestras naves sobrevolando miles de palmeras
como brazos alzados al cielo,
el sudor del piloto, demasiado camuflado para un día
de tanto sol, brillando en los cromos de su casco
al interior del cual se pregunta casi con honestidad
si no estará matando hormigas;
y mientras tú vuelas hacia 4 paredes de mayólica cúbica
los fantásticos faros de los automóviles se muestran el complejo,
denso camino
apuntándome directamente al cuerpo
pues esta mañana me he mirado largamente al espejo
mientras el tiempo pasaba por la radio:
un policía borracho
mato a su mejor amigo.

para Fernando Bryce V.
para Gilda Mantilla
para Rodrigo Quijano

GUÍAME SR. DE MURUHUAY

(Inédito)

Jorge Frisancho

Jorge Frisancho Hidalgo nació en Barcelona (España) en 1967. Periodista, ensayista y narrador, Frisancho cursó los Estudios Generales Letras entre 1984 y 1986.

Actualmente reside en los Estados Unidos

OBRA POÉTICA PUBLICADA:

Reino de la necesidad, Lima, ASALTOALCIELO/Editores, 1988.

Estudios sobre un cuerpo, Lima, Editorial Colmillo Blanco, 1991.

Jorge Pizarro

Este libro es el resultado de un trabajo de investigación que se realizó en el marco del proyecto de investigación "El arte y la cultura en el Ecuador contemporáneo", financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) durante el período 1984 y 1985.

Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la cita en libros.

© 1985 FONDECYT

Reproducido de la obra "ARTES Y CULTURA EN EL ECUADOR CONTEMPORÁNEO", editada por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) en 1985.

Falsa poética (recitativo)

*Para escapar a las más intensas realidades del día, he bailado
mientras bajo mi cuerpo herméticos espejos
crecían de su barroco sonambulismo, libros
como espadas llameantes, imágenes sin furia, estudios de la
quietud.*

*He bailado
sobre sombras de quimérica armonía, por todo conocimiento.*

*(Abre entonces sus puertas un universo atravesado por el pavor,
temiéndole a la fijeza,
y lleva sus ceremonias hasta una apocalíptica desolación.
Inmóvil permanece ante sus falsa ideas
la víctima propiciatoria, y las immaculadas artes
hieren su propio paisaje, músicas que alza como silencios
recitativos
que infinitamente vuelven sobre sí, permaneciendo).*

*Mis ojos ignoran, digo,
pero esta desnudez me pertenece
y la contemplo.*

(De Estudios sobre un cuerpo)

Primera migración / las aves

Conozco la historia de estas aves. Aves
que llegaron de muy lejos a poblar una cálida costa
y no encontraron sino la arena sucia, el mar que muere
y ese largo silencio delineando sus sombras.
Conozco la historia de estas aves vencidas por un tiempo
que no puede soportar tanta belleza, es decir, aquel tiempo
del ardor y la fatiga, nuestro sueño,
el sol que cae sobre la arena sucia
y un horizonte que se curva más allá de los ojos: sí, conozco la
historia de estas aves tranquilas
que me miran, estas aves que miro: esperaron el retorno sin
poder olvidar
y la vida fue entre ellas el oficio de los desesperados y los mansos,
nada notable para quienes aprendieron
con dolor que los deseos son un círculo debajo de las olas,
que las olas van perdiéndose al caer la tarde.
Se alzaron contra un cielo demasiado oscuro, prendieron de él
sus suaves sueños
y tampoco en su solitaria permanencia encontraron la ciudad.
Esa ciudad
donde ahora suponen un cuerpo que retenga sus presentimientos,
la sabiduría y la paz, una vida finalmente dedicada a olvidar.
Pero esperaron el retorno sin poder olvidar. Y nada han visto
sino la arena sucia. Y nada han encontrado salvo el mar que
muere.

Sí, conozco la historia de estas aves.
Su primera migración ha sido en vano.

I.M. Juan Ojeda

*hurtas voces
para el día que amarás, y cuando lo puro te anuncia
no hallas en tu paso sino un camino mondo.*

No hay para nosotros un tiempo más puro que éste.
Este tiempo ruinoso descubierto
al final de cada viaje, el anuncio de la tranquilidad
con que hemos vivido entre los hombres, los límites del reino:
*"En un puñado de polvo juzgarás el reino, y caminaremos
sin pregunta posible que aplaque nuestro desconcierto"*.
Nuestros ojos no soportan tan hermosa quietud, le temen a lo
oscuro,
aguardan todavía
un encuentro fugaz con su propia verdad.
Y su propia verdad es una bella mentira.

Al igual que el poema, una bella mentira.

Porque es nuestro oficio la supervivencia, y viajar
es nuestra sabiduría.
El vano estrépito de las voces que huyen, las palabras
que amamos habitando estas tierras, las palabras, nuestra inutilidad.
El húmedo sueño es siempre menos cierto,
aún alzándose por encima del cansancio para encontrar en él
el correcto sentido de las cosas.

No, no hay para nosotros un tiempo más puro que éste.
Y nada hay tampoco aquí que nos consuele.

(De Reino de la necesidad)

Plato vacío (algo está obligándonos a recomenzar)

Para Rodrigo Quijano

¿Cuántas veces deberé contemplar aquel plato vacío
para que suceda, exactamente, un atardecer frente a mis ojos
y éste sea el legítimo crepúsculo, entre afranelados ocre y amarillos,
que se desenrolla sobre un mito personal, como su relativo
apocalipsis?

No, nadie dijo que el poema sería la respuesta, pero no me
importa.

Nada cambia si me quedo a mirar el horizonte, la sombra del
pelicano en la arena,

las desfallecientes oleadas de un Pacífico sur —pero no tanto—
y luego escribo, parado en el mismísimo ecuador de toda una
experiencia

cuidadosas elegías, ordenados cuartetos sin fustán, desnudos
versos

ferozmente sonoros y expresivos.

Y sin embargo miro el horizonte como quien mira un espejo
y hago de las olas elevándose una simbólica ecuación, un estallido

y del pelicano y una imagen en el lugar exacto, y éste es un
poema

mas no un atardecer de dudosa geometría o un crepúsculo
coloreado

como una hoguera de delgadísimas flamas arañando mi corazón.

No, nada ha sucedido excepto las palabras, pero no me importa.

Contemplo otra vez aquel plato vacío, fracasando,

y bailo sobre un pie, clavándome en un suelo sin virtudes,
mientras a mis espaldas

cuarenta catedráticos se ríen sin emoción:

elaborados ayes, castísimos lamentos salen de mi laringe sin
convencer a nadie
y permanezco en vilo sobre mi propia sombra puntual, cubierto
de tensiones y ternuras
tratando de caer sin conseguirlo.
De alguna forma oscuro, herido por la miopía, aún estoy miran-
do el horizonte
como un molusco rudamente separado de las rocas.
Suma de minerales y líquidos amnióticos, bajo una piel que se
calcina pero insiste,
esto soy, un pedazo de sombra me define ante tus ojos,
mientras algo está obligándome a recomenzar.
Porque algo está obligándome a recomenzar:
bailo sobre un pie
como sobre los arcos de un sentido preciso pero incomunicable,
incomunicado yo mismo entre paredes de palabras, y el poema
es lo que he venido a recitar en un punto cualquiera del ajeno
litoral que se despuebla
de todos sus animalillos murmurantes, como tú, que ahora caen
graciosamente hacia el falsete.
A mis espaldas cuarenta catedráticos susurran, pero no los oigo.
Sus voces aflautadas pueden ser, ahora, un melodramático bo-
lero tropical
mientras de mí se desbanda un tropel de pasitos, y jergas, y
compases
melancólicamente disueltos en el absurdo de su perfección.
Guardo, como una paradoja, emotivos silencios mientras la
música vuelve,
pero la música no vuelve, y tú me estás mirando detenerme
en el instante previo a la caída que es, fingidamente, mi destino.
No, éste no es un atardecer, pero tampoco un mediodía,
y sigo contemplando aquel plato vacío como quien espera,
mientras un lapso de tiempo indefinible
hace con delicadeza un delta para rodearme, y no me toca.
Es el permanente lapsus del poema lo que oigo, aunque me
cantes,

y una hoguera de flamas delgadísimas nos una:
aún estoy mirando el horizonte, y el horizonte se mueve y
reverbera como un verso
sin retóricos meandros, acerado, o más bien acelerado
que se encamina sin lástima a su consumación.
Y nada cambia, incluso si me desapruebas
pues yo sigo bailando mi bolero y tú sigues allí, sutil como un
hermano de otros padres
entre gritos inaudibles y concéntricos
que se piensan a sí mismos como una razón, y son un hueco
en el paradisíaco paisaje inexistente que contempla. Como yo
mismo contemplo todavía
la sombra del pelícano flotar sobre mi propia sombra: el poema
se parece demasiado a esta equivocación
que dejo deslizar sobre las removidas aguas de mi memoria,
con la estructura de un trino
y la fugacidad del sol opaco que nos hace, tercamente, un her-
moso eclipse frente al mar.
A mis espaldas, cuarenta catedráticos se marchan sonriendo
y éste es el momento de saber que el crepúsculo no llega aun-
que la música vuelva
y yo siga bailando mi bolero mientras tú me cantas,
bajo los afranelados ocres y amarillos de una historia personal
tendida ciegamente en esta playa sin apocalipsis.
Y yo sigo bailando con los ojos puestos en el horizonte,
aunque un helado viento me cale el metatarso, y el poema
no tenga más respuesta, ni más intensidad, que ese plato vacío
que nos diferencia:
no, nada ha sucedido excepto las palabras
como una hoguera de flamas delgadísimas arañando mi cora-
zón
y también tu corazón, en el mismísimo ecuador de este poema
mientras algo, eternamente, está obligándonos a recomenzar.

mientras cada rincón de esta mañana de setiembre reproduce
sus gestos
en una cambiante metáfora del mar.

Una metáfora del mar es nuestra décima danza, un océano en
calma
si la contempláramos desde los imaginarios acantilados de la
memoria, como la noche anterior,
suspendidos e inmóviles en el instante del roce que la reclama
y la reconstruye, en la equívoca frontera del poema
para negar con su silencio los rumores y los ardores, sobre la
deslizante superficie del cristal
con la relativa perfección de ese mismo cuerpo que se adelgaza,
ahora,
al recordar la fuerza de sus deseos.

Y la fuerza de sus deseos es la esquivada permanencia de la noche
anterior
en el mismo corazón de este vacío sostenido por la claridad,
y nuestra décima danza es el hermético equilibrio de palabras
sobre cuerpos
que el poema imagina, como un acto de amor.

Y un acto de amor es la relativa perfección de la metáfora
que nos hace en los armónicos interminables de la mañana,
y la mañana misma puede ser nuestra décima danza, mientras
la veo dormir
tendiéndole una a una las palabras como quien la ama,
tocándola con el poema, exactamente como quien la ama.

Cuerpo abandonado (escena prima)

Es ajeno el cuerpo abandonado, ahora, entre las sábanas
y no mío, aunque la punta de mi pulgar, leve caricia,
se hunda en su más bella cavidad y reconozca sus calores
y sus pliegues dolorosos, y se hunda aún más en su interior sin
emociones,

completamente animal que se olfatea mientras gime.

¿Gime mi cuerpo

o es el cuerpo ajeno el que propone esta garganta apasionada
dejándose llevar por el recuerdo de sus movimientos, pero quieto
mientras se acaricia, exactamente, el centro de los deseos con un
dedo

y se prende de su propio olor como quien mira el abismo?

¿Es éste mi abismo

o es el suyo que se abre entre las sábanas

y deja deslizarse el lejano recuerdo del placer, como el de la
sabiduría

en el plástico ceremonial de su continua caricia?

Su caricia con manos que no pesan, sobre un cuerpo abandona-
do y sin palabras

es esta caricia sobre mi epidermis, que se finge desnuda
y es apenas una sombra alimentada por sombras que equivocan
repetidamente, su poema:

una sombra que equivoca su poema, otra sombra, el cuerpo
abandonado

y ajeno en que se hunde la punta de mi pulgar
arrastrando frases que le pertenecen sin tocarlo, ritmos
que me hacen bailar mientras permanece inmóvil, imágenes que
son recuerdos

del placer mientras él gime, delicadamente, en mi memoria.

Y me hundo, así, en el centro de sus deseos

y soy yo mismo este animal que se olfatea, con un leve dolor,
en el poema

y este cuerpo abandonado es entonces un recuerdo de su propio
placer
y su sabiduría, y esa tibia epidermis sin palabras
es mi propia sombra mientras huelo la punta de mi pulgar
y no me reconozco en su temperatura, y permanezco inmóvil
abandonado también, y ajeno, entre las sábanas.

(De *Estudios sobre un cuerpo*)

Infame Turba
Poesía en la Universidad Católica 1917-1992

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 1992, en los talleres de Servicio Copias Gráficas S.A. (R.I. 21587), Jorge Chávez 1059 Lima 5, Perú. Esta edición consta de mil ejemplares

PUBLICACIONES RECIENTES

MARIO CASTILLO

El bien materia del contrato de compraventa - Biblioteca Para leer el Código Civil Vol. XIII. 1992. 489 p.

ARMANDO NIETO VELEZ

Francisco del Castillo. El Apóstol de Lima. 1992. 338 p.

JUAN OSSIO

Parentesco, Reciprocidad y Jerarquía en los Andes. 1992. 406 p.

FRANKLIN PEASE G.Y.

Curacas, Reciprocidad y Riqueza. 1992. 212 p.

ELENA RAY

Identidad y resistencia cultural en las obras de José María Arguedas. 1992. 298 p.

LILIANA REGALADO DE HURTADO

Religión y evangelización en Vilcabamba (1572-1602). 1992. 232 p.

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

La Idea de Derecho en el Perú republicano del siglo XIX 2a. ed. 1992. 385 p.

ALBERTO VARILLAS MONTENEGRO

La literatura peruana del siglo XIX. 1992. 350 p.

MARCIAL RUBIO CORREA

El ser humano como persona natural. Biblioteca Para leer el Código Civil XII. 1992. 222 p.

DE PROXIMA APARICION

PEDRO DE CIEZA DE LEÓN
Crónica del Perú . Cuarta Parte
Las Guerras Civiles:
Vol. II - Guerra de Chupas
Vol. III - Guerra de Quito

JORGE ARMANDO GUEVARA GIL
Propiedad Agraria y Derecho
Colonial

GUILLERMO LOHMANN VILLENA
Amarilis Indiana

ALEJANDRO ORTIZ R.
La Pareja y el Mito en los Andes

CARLOS RAMOS
Toribio Pacheco.
Civillista del Siglo XIX

JAVIER SOLOGUREN
El Rumor del Origen

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA
La Idea del Derecho en el Perú
Republicano del siglo XIX.
2da edición

CELIA WU BRADING
Generales y Diplomáticos

FONDO EDITORIAL

Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel,
Apartado 1761, Lima 1, Perú
Telfs. 626390 y 622540 ax.220
Fax 51-14-611785

